

Bianca

Juego cruel

Lucy Monroe

Juego cruel

Lucy Monroe

Bianca, 1792

Argumento:

De inocente esposa había pasado a ser una esposa comprada...

El millonario griego Sandor Christofides había luchado con uñas y dientes para llegar a donde se encontraba. Ahora que tenía poder y dinero, sólo le faltaba que la rica heredera Eleanor Wentworth accediese a convertirse en su esposa.

Todo estaba preparado para la gran noche: rosas, champán… y un increíble anillo de diamantes. Pero Ellie aún no sabía si él realmente quería cuidarla y quererla... o simplemente utilizarla en su despiadado juego.

Capítulo 1

Sintiendo su mano grande y cálida en la parte baja de la espalda, Ellie permitió que Sandor la guiara dentro del exclusivo restaurante de Boston. En verano Boston era una ciudad húmeda y calurosa, y el súbito frío del aire acondicionado hizo que se estremeciera y que sus pezones se tensaran bajo el corpiño de seda negra de su vestido.

Más que incomodidad, sintió el placer sensual que siempre la dominaba en compañía de ese hombre.

Había marcado su primer encuentro y no había disminuido desde entonces, haciéndola desear explorar una parte de su personalidad que solía ignorar: su sexualidad femenina. Utilizaba ropa más sexy que en el pasado y disfrutaba con cada breve y posesivo roce de sus dedos sobre la piel.

Esa noche llevaba un vestido de Armani que le encantaba porque era elegante y sexy al mismo tiempo. El diseño sin mangas y el cuello caído dejaba sus brazos y una buena porción de escote y espalda al descubierto, pero la falda le llegaba discretamente por debajo de las rodillas. La seda negra se pegaba a sus curvas y el fino material no suponía ninguna barrera para sentir la mano de él en la espalda. Ese mínimo contacto hacía que sus nervios se desataran.

Se concentró en mantener una fachada de indiferencia ante él y el resto de los clientes, pero no pudo evitar desear que estuvieran en un lugar más privado. Un sitio donde pudiera atreverse a preguntarle por qué nunca había buscado más intimidad, cuando sus besos de buenas noches rezumaban pasión a duras penas contenida. Una pasión que deseaba explorar.

Reconoció varios rostros mientras el maître los conducía a su mesa. Aunque sólo fuera una vez, le habría gustado ir a un restaurante que no fuese de los aceptados por la gente de su clase. Pero Sandor Christofides exigía lo mejor. En todo.

Por eso, a veces se preguntaba qué hacía con ella.

Había nacido en un mundo al que él había llegado trabajando sin descanso, pero era lo único que podía ofrecerle. Con metro setenta y siete de estatura, curvas pequeñas, rasgos normales y pelo rubio oscuro, no era especialmente bella; no se esforzaba por cultivar los contactos que otros se matarían por tener; aborrecía los estándares propios de la riqueza y solía negarse a mantenerlos. Su trabajo como asesora laboral del estado no era en absoluto glamuroso. Sus clientes nunca estarían en ninguna lista de Quién es quién y, a decir verdad, ella tampoco. Ya no.

Su padre consideraba su carrera un desperdicio de su exclusiva educación, pero le daba igual. Ella también pensaba que la obsesión

de su padre por su empresa era un desperdicio. Y odiaba que ocupara el primer lugar en su vida, la empresa ante todo.

El maître los llevó a la mesa habitual de Sandor. Su ubicación era índice de la importancia de Sandor, algo que su padre habría dado por hecho, pero que él aún no. Sus ojos marrón oscuro chispeaban satisfechos un instante con detalles como ése, como si realmente le importaran.

Ésa era otra razón por la que no encajaban. A ella esas cosas le daban igual. Quizá porque había crecido en ese ambiente, pero la emocionaba mucho más conseguir un empleo, una recomendación o educación adicional para uno de sus clientes.

Aceptaba cada una de las invitaciones de Sandor porque el hombre la cautivaba, pero no entendía por qué seguía invitándola. Sobre todo si no quería acostarse con ella. No daba la impresión de ser un hombre célibe, pero tal vez ella se engañaba.

Sandor la ayudó a sentarse, aunque solía ser responsabilidad del maître. Ella no sabía si actuaba así porque era griego o por su instinto de posesión, pero sabía que no sería ella quien pusiera término a la relación. Esos pequeños detalles, como ayudarla a sentarse, hacían que se sintiera especial.

También exhibían una parte de su carácter que la atraía. Él no se doblegaba a los dictados del mundo en el que vivía, hacía las cosas a su manera. A su lado se sentía realmente viva por primera vez en veinticuatro años.

Observó, con intensidad voraz que intentó disimular, cómo él acomodaba su metro noventa de envergadura en la silla. El cabello negro y rizado enmarcaba unos rasgos cincelados que podría haber admirado toda la noche. Su musculoso cuerpo llenaba la chaqueta de forma poco habitual en los ejecutivos.

Lucía unas uñas cuidadas e impecables, pero sus manos eran grandes y marcadas por pequeñas cicatrices que denotaban un origen muy distinto al de ella.

El maître se marchó sin dejarles la carta, pero Sandor no hizo ningún comentario. Estaba demasiado ocupado mirándola, captando el deseo que ella se esforzaba por ocultar.

—Yo no estoy en el menú, pethi mou —sus dientes blancos resplandecieron y su sonrisa se tornó depredadora—. Pero podría estarlo.

—Promesas, promesas… —bromeó ella con descaro, aunque notó que el rubor teñía sus mejillas.

Sin embargo, su cuerpo no sentía vergüenza. Estaba demasiado ocupado reaccionando a su broma como si fuera una caricia. Sintió

calor en el bajo vientre y sus senos se tensaron con la necesidad de ser tocados. Los pezones, ya tensos, se agrandaron.

No era precisamente virgen, pero nunca había respondido físicamente como lo hacía ante él.

Él se rió, pero no negó que no tenía planes de cumplir su amenaza. Aunque llevaban saliendo tres meses, nunca había querido que llegaran al acto final y había ignorado los sutiles comentarios de ella.

—¿Cómo fue la negociación con los grandes almacenes? —preguntó ella, conteniendo su decepción.

Su padre y él se habían unido para intentar que uno de los mayores minoristas del mundo utilizara los recursos de sus empresas navieras y la red de importación—exportación de Sandor.

—Es pan comido.

A ella le gustaba oírle utilizar frases hechas con su leve acento griego. A diferencia de otros empresarios extranjeros, Sandor no hablaba con el perfecto acento británico adquirido a base de estudio. Él le había contado que había aprendido inglés después de instalarse en Estados Unidos, cuando era niño. Su madre aún tenía un acento muy marcado, que a veces dificultaba la comprensión.

—Me alegro, y seguro que papá esta encantado.

—Sí, pero no estamos aquí para hablar de negocios.

—¿No?

—Sabes que no.

—No discutiré —ella rió suavemente—. Desde que empezamos a salir, sé más del negocio de mi padre que nunca, y todo gracias a ti. No suelo ser la mejor candidata para ese tipo de conversaciones.

—Pero eres la mejor candidata para otras cosas.

Ella se preguntó si bromeaba de nuevo sobre el tema sexual, que estaba segura que no pondría en práctica, o si se refería a otra cosa. Lo miró confusa, pero él sonrió enigmáticamente y calló.

El camarero llegó a la mesa y sirvió dos copas del vino favorito de Sandor. A ella también le gustaba y eso no la sorprendió, pero sí que Sandor dijera que podían servir la cena, sin preguntarle qué quería. Nunca antes había hecho eso. Por lo visto, había encargado los platos antes de llegar al restaurante.

Esa impresión se confirmó cuando el camarero llegó unos segundos después con el aperitivo.

—Mi favorito —dijo ella, olisqueando con gusto las gambas acompañadas de mantequilla al ajo y tres quesos al gratén.

—Lo sé —él puso una gamba en un trocito de pan, le puso mantequilla, comprobó que tenía la cantidad justa de queso fundido

y se lo ofreció—. Te conozco muy bien, Eleanor.

—¿Tú crees?

—Después de tres meses, ¿lo dudas?

—Depende de lo que quieras decir. Creo que sabes mucho sobre mí, pero no estoy segura de que me conozcas —su padre habría pedido la misma entrada para ella, pero eso no implicaba que la conociera. Desde el punto de vista de Ellie, su padre no deseaba conocerla más que superficialmente. Deseó que Sandor fuera distinto.

—¿Hay diferencia entre las dos cosas?

—Sí.

—Si la noche de hoy va como espero, tendré mucho tiempo para comprender qué quieres decir.

—¿Y cómo esperas que vaya la noche? —se preguntó si él por fin iba a hacerle el amor. Y si estaba preparada para ello. Rió internamente. Más que preparada, estaba desesperada. La posibilidad de acostarse con él por fin le creaba un caos mental que resultaba ridículo. Deseaba a ese hombre, y aunque no iba a decírselo, tampoco iba a engañarse a sí misma.

—Permíteme que desvele mis planes paso a paso.

Ella debería haber adivinado que tenía algún plan. Era típico de él. En eso le recordaba a su padre. Sin llegar a disgustarla, la preocupaba un poco que sus planes fueran tan fríos y calculadores como los de él.

—Desde luego. No se me ocurriría interponerme a tu agenda.

—¿Estás burlándote de mí? —tomó un sorbo de vino y sus ojos oscuros chispearon amenazadores.

—Puede, un poco. Lo tuyo no es la espontaneidad.

—Me conoces bien.

—Lo normal después de salir tres meses.

—Lo suficiente.

—¿No vas a probar las gambas? —preguntó ella, pensando que había un significado oculto en las palabras de él, pero sin saber cuál era.

—Supongo que sí, pero el verdadero placer es verte a ti comerlas.

—Como quieras —ella acababa de tomar un bocado y había cerrado los ojos con placer. Era divino.

—Te aseguro que estoy disfrutando mucho de mi aperitivo.

Sólo había gambas en la mesa, que él no comía, así que tardó un segundo en entenderlo. Cuando lo hizo, abrió los ojos. La estaba mirando con un brillo depredador en los ojos, muy oscuro.

Ella tomó aire, intentando calmar el latido acelerado de su pulso. Cuando ese hombre se lanzaba, no ocultaba nada. Deseó que el tiempo volara. Esa noche no la dejaría con un beso apasionado que la volvería loca de deseo. No con esa mirada en los ojos.

—El chef debe estar probando cosas nuevas —dijo, cuando llegó una crema de calabaza y nueces que ella nunca había tomado allí.

—Por petición mía.

—Has encargado todo con antelación. ¿Por qué?

—Esta noche es especial, quiero que cada detalle sea perfecto.

—¿Especial?

—Sí.

—Me gusta cómo suena eso —probó la crema preparada especialmente para ella—. Está deliciosa.

—No esperaba menos.

—Me sorprende que hayas convencido al chef de probar algo nuevo para ti.

—El dinero lo mueve casi todo.

—¿Incluso al chef más temperamental de Boston?

—Como ves —señaló los dos cuencos de sopa naranja—. Pero no la hizo para mí. La hizo para ti.

—Por petición tuya.

—Sí.

—Porque esta noche es especial.

—Mucho.

Ella no tuvo tiempo de decir nada. Un trío de violinistas se situó cerca de ellos y empezaron a tocar una pieza que siempre había considerado evocadora y relajante al mismo tiempo.

Acto seguido, el maître le ofreció dos docenas de rojas rosas. Ella las aceptó e inhaló su aroma.

—Son preciosas —miró a Sandor.

—¿Tan segura estás de que las envío yo?

—Claro —ella rió, pero su voz sonó ronca. Alzó la tarjeta para leerla. Era pequeña y blanca. Sandor, decía, nada más. Pero la había firmado él mismo, reconocía su letra inclinada.

—Gracias —dijo, con el rostro oculto en las flores. Necesitaba esconderse un momento.

La escena era mucho más romántica de lo que había esperado de él, dada su restringida relación física, y se preguntó si tendría sentimientos por ella que no había detectado. La idea hizo que sintiera un aleteo de excitación en el estómago.

—Es un placer.

El maître se llevó las flores y volvió con ellas en un bello jarrón

de cristal. Ella lo miró de reojo varias veces, mientras comía, preguntándose qué significaban. La esperanza y el deseo la convencieron de que esa noche no se dormiría deseando las caricias de Sandor.

Pero cuando retiraron el plato principal, otro de sus favoritos, en la mesa apareció una caja de terciopelo negro y ella se quedó sin aire. No podía ser lo que estaba pensando. Las rosas, los violinistas… De repente, llegó a una conclusión que no se había planteado. Podía ser el preludio de una declaración.

Aunque le costaba creerlo, no se le ocurría otra razón. Un hombre no regalaba un anillo a una mujer sólo para iniciar una aventura.

Él se inclinó sobre la mesa y tomó su mano. Ella se obligó a mirar su fuerte barbilla partida, la nariz recta y los ojos, penetrantes como un rayo láser.

—Eleanor Wentworth, ¿me harías el gran honor de convertirte en mi esposa?

Aunque casi esperaba la pregunta, su aplomo habitual la abandonó y lo miró boquiabierta. Le había pedido que se casara con él, pero no sabía qué sentía por ella. Si la amaba, lo habría dicho antes. O ella lo habría percibido.

Él ladeó la cabeza hacia un lado y enarcó una ceja, animándola a contestar.

—No lo sé —barbotó ella, con un nudo en la garganta. Las palabras sonaron muy fuertes en sus oídos. Le costaba creer que había dicho eso, así. Y por la expresión de Sandor, a él también. Había esperado una respuesta muy distinta.

—Vamos, debes haber estado esperando esto.

—Eh…, no. En serio —se mordió el labio. Quizá había pecado de ingenuidad, pero nunca se le habría ocurrido que un hombre tan dinámico y sensual como él, propondría matrimonio a una mujer con la que no se había acostado—. Esto ha sido toda una sorpresa.

Sonó más torpe que en toda su vida. Llevaba manejando situaciones difíciles desde los seis años, pero nunca se le había declarado un hombre al que deseaba, pero que no sabía que la deseara a ella. Había tenido esa esperanza…, pero ninguna seguridad.

—¿Una sorpresa desagradable? —preguntó él. sin asomo de vulnerabilidad. Sonó más bien exigente, como si quisiera respuestas, y las quisiera ya.

—No desagradable —movió la cabeza para despejarse—. Sólo muy inesperada.

—Llevamos saliendo tres meses.

—Sí —eso ya había quedado claro.

—¿Con exclusividad?

—Sí… es decir, suponía que tú…

—Para mí ha sido con exclusividad.

—Para mí también —reconoció ella, relajándose un poco al oír su respuesta.

—¿Adónde pensabas que se encaminaba esta relación, sino al matrimonio?

—Había pensado que quizá antes… a la cama —replicó ella honestamente. Ni siquiera estaba segura de que fuera una relación. Habían salido, pero…

Él maldijo en griego. Ella reconoció la palabrota por un verano que había pasado estudiando la historia de otras civilizaciones.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

—¿Por qué? —lo miró atónita. Para ella era una conclusión perfectamente lógica.

—No cuadra contigo.

—Puede que no me conozcas tan bien como crees —aunque quizá no fuera apropiado discutir esos temas en público, ella no daba tanto valor a las costumbres como la gente creía. O al menos su padre. Para ella la sinceridad era mucho más importante.

Y era obvio que él no la conocía tan bien si lo asombraba que tuviera la temeridad de hablar de sexo. Casarse con un hombre que sabía tan poco de su per sona real no era atractivo. Si no hubiera sido él no habría tenido ningún interés.

—Sí te conozco —insistió él.

—No sexualmente —protestó ella, exasperada.

—Lo bastante para saber que somos compatibles.

—¿Sólo porque hemos compartido algunos besos?

—Hemos compartido más que besos —su mirada ardiente le recordó cuánto más.

Pero aunque habían llegado lejos, él siempre se había detenido. Excepto una vez. La primera que se besaron las cosas casi se les habían ido de las manos. Asustada por una emoción que no estaba acostumbrada a sentir, fue ella quien se detuvo. Desde entonces él había hecho más que besarla, pero nunca había dejado que la pasión se desatara tanto y nunca le había hecho el amor hasta el final.

—Es cierto, pero el hecho de que no hayamos llegado hasta el final me hace preguntarme si somos tan compatibles en ese sentido como crees.

—¿Por qué te preguntas eso? Es obvio que me deseas —el acento griego se intensificaba cuando estaba molesto. Ella lo había notado cuando le había oído discutir sobre negocios, pero nunca había ocurrido entre ellos dos.

En realidad, le gustó saber que podía enfadarlo. Necesitaba saber que podía afectarlo, porque él sin duda la afectaba a ella. Pero habría preferido que reaccionara con otra clase de emoción.

—Sí —admitió—. Te deseo, pero no estoy segura de que tú me desees a mí. Y no viviré con un hombre que calme sus pasiones fuera del lecho matrimonial.

—¿Quién dice que yo haría eso? —exigió él, con un acento tan marcado que ella tuvo que concentrarse para entenderlo.

—¿Quién dice que no lo harías?

—Lo digo yo.

—Quiero creerte, pero…

—No hay pero. Mi honor no se cuestiona.

—No hablaba de honor. Hablaba de hacer el amor.

—Has sugerido la posibilidad de que violara los votos matrimoniales… eso es una cuestión de honor personal que yo no me tomo a la ligera.

A ella le alegró oír eso, pero no solventaba la duda que la atenazaba. Él estaba asociado con su padre y se preguntó cuánto tenía eso que ver con la propuesta matrimonial. No creía que Sandor no le confesara su amor por timidez. Era un hombre demasiado seguro de sí mismo… si sentía algo por ella, lo habría dicho. Decidió que la única forma de saber si la declaración era parte de un acuerdo empresarial o estrictamente personal era preguntar sin tapujos. Sandor no era un hombre que respondiera a sutilezas.

—¿Me deseas por mí misma, y no porque sea la hija de mi padre?

—Yo diría que eso es obvio —él arrugó la frente.

Tal vez lo fuera para él, pero no para ella. Cuando la besaba no ocultaba la pasión que sentía, pero nunca se dejaba llevar. Eso la confundía una barbaridad.

—Si fuera obvio, no lo preguntaría.

—Sí que te deseo —su voz bajó una octava, convirtiéndose en un ronroneo sexual—. Mucho.

—Eso… eso está bien —ella se lamió los labios.

—Pero para mí el compromiso está antes…, después hacer el amor.

Ella dudaba que él fuera virgen, pero por lo visto seguía el

estándar de algunos hombres con respecto a la mujer que querían convertir en su esposa.

—Tienes unas ideas muy anticuadas.

—Sí. No me avergüenzo de ellas. Nací en un pueblo griego tradicional. Puede que no acepte todas las normas de mi abuelo, pero su influencia persiste.

—Sandor —dijo ella, buscando un tema menos volátil para sus emociones—. Nunca hablas de tu pasado. No sé si tu padre ha muerto, o si tus padres se divorciaron, ni por qué nunca hablas de él, pero tu abuelo surge en algunas conversaciones. Sé que falleció… al menos —farfulló—, pero no sé por qué tu madre y tú vivís en América. No sé mucho de ti.

—Y, sobre todo, no sabes cómo soy en la cama.

—Sandor —siseó ella, sonrojándose.

—Puedo ser vulgar, sí. Es por ese pasado del que tampoco sabes. Pero de ese pasado también recibí la creencia de que un hombre no se acuesta con una virgen a no ser que esté comprometido, y preferiblemente casado, con ella.

—¿Eso te lo enseñó su abuelo?

—Me lo repitió cada día mientras vivió. Sólo un hombre carente de honor haría algo así.

—Entiendo —tuvo la sensación de que había mucho más trasfondo que debería explorar, pero antes era fundamental dejar algo muy claro—. Sin embargo, entre nosotros eso no tiene cabida, porque no soy virgen.

—Claro que lo eres.

Capítulo 2

—¿Y qué te ha hecho llegar a esa brillante conclusión? —exigió ella con un tono de voz que su padre habría reconocido con temor.

Ellie no solía enfadarse, pero cuando lo hacía…

—Te sonrojas cuando hablamos de sexo.

—Las mujeres casadas se sonrojan. Si te basas en eso, necesitas refinar tus estrategias de deducción.

—No juegues conmigo en ese tema —estrechó los ojos—. Sé lo que sé.

—Lo que crees que sabes.

—Deja esa tontería. Lo siento si mi comentario a aguijoneado tu orgullo femenino, pero nunca permitiré que me mientas.

—¿Te preocupa la honestidad?

—Sí.

—Sorprendente. La mayoría de los hombres de negocios de tu nivel son muy inventivos con la verdad.

—Pero no tolero la mentira en mi vida personal.

—En ese caso, deja que lo repita… No soy virgen.

Él tensó la mandíbula y unas finas líneas blancas aparecieron en las comisuras de su boca. Lo molestaba en serio esa declaración de experiencia sexual.

—Nunca has tenido una relación seria —afirmó.

—¿Es eso lo que te ha dicho mi padre?

—Sí —aceptó él. No parecía incomodarlo que lo acusara de hablar con su padre de algo tan privado.

—Bueno, es obvio que no lo sabe todo sobre mí, lo que no debería sorprenderme —dijo. Él debía haber notado desde que salían que George Wentworth y ella distaban de estar unidos.

—Tiene motivos para saber ciertas cosas.

—¿Te refieres a los guardaespaldas que se supone que ya no tengo?

—¿Sabes lo del servicio de seguridad? —Sandor pareció levemente avergonzado.

—Desde luego —ella puso los ojos en blanco—. ¡Por favor! Decirle a mi padre que no quiero guardaespaldas no implica que él me haga caso. Al menos ahora, en silencio y a distancia, tengo más intimidad que cuando los tenía respirando en mi nuca.

—No tanta intimidad.

—No tengo que pasar la noche con un hombre para practicar el sexo con él —replicó ella. Sabía que él se refería a que su padre sabía dónde dormía y si alguien la acompañaba.

—Pero habrías tenido que tener una relación de más de unas

cuantas citas, porque no eres el tipo de mujer que se acuesta con un hombre por capricho.

—¿Tan seguro estás de eso?

—Sí.

Ella no pudo negarlo, era verdad. Y no mentía. Al igual que él, odiaba las mentiras. Por ejemplo que alguien alegara amarla cuando no era así.

—He tenido más de una relación de varios meses. Tengo veinticuatro años.

—Pero ninguna de ellas fue profunda.

—¿Cómo lo sabes? Te lo ha dicho mi padre —adivinó—. No puedes fiarte del juicio de un hombre que piensa que un balance es más comprensible que una persona. Él no me conoce.

—¿Igual que yo no te conozco?

—Eso me temo, sí.

—Te equivocas —negó Sandor, con impaciencia.

Pero ella sabía que Sandor no la conocía mejor que su padre y por tanto que no podía importarle más que a su padre. Aunque le dolía saberlo, la llevaba de nuevo a preguntarse por qué quería casarse con ella.

Él la miraba como si esperase otro argumento, pero ella no tenía por qué convencerlo de su punto de vista. En ese caso lo importante era su opinión y que Sandor insistiera no iba a cambiarla.

—No me baso sólo en su palabra —dijo Sandor—. Hice que te investigaran —su expresión no mostró el más mínimo arrepentimiento.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Cuando empecé a considerarte como posible esposa. Me pareció prudente.

—Estás de broma.

—No.

—Creía que eras demasiado arrogante para pensar que necesitabas algo más que tu propia opinión sobre una persona, en una situación como ésta.

—Ya me habías llamado arrogante antes.

—¿Sí?

—Sí, cuando te dije quién ganaría la liga.

—Estabas convencido de tener razón y ni siquiera eres aficionado al fútbol americano.

—Sin embargo, tenía razón —encogió los hombros.

—Pues te equivocas respecto a mi virginidad —aunque le dolía recordar la razón por la que no lo era, sintió cierta satisfacción

llevándole la contraria.

Quizá debería sentirse ofendida porque la hubiera investigado, pero no era así. Pero estaba molestaba. Si Sandor deseaba una relación con ella debería haberse esforzado por conocerla mejor, en vez de investigarla. O al menos, haber hecho ambas cosas.

Las similitudes con su padre empezaban a acumularse de mala manera. Había sido educada por un hombre que habría hecho exactamente lo mismo en esa situación, y que la tenía bajo vigilancia constante con la excusa de su seguridad. Al fin y al cabo, era la hija de un hombre muy rico e influyente. Pero también utilizaba esa vigilancia para supervisar más que su seguridad. Ella no entendía con qué fin lo hacía.

Si quería mejorar su relación con ella, no lo conseguiría con informes detallados de sus actividades. Pero tal vez él lo prefería así: cumplía con su obligación paternal sin involucrarse emocional mente.

—Mi detective es muy concienzudo —Sandor interrumpió sus caóticos pensamientos.

—Hasta los mejores detectives cometen errores.

—Puede.

Pero ella supo que no la creía y eso, en vez de enfadarla le hizo reír.

—Si quieres, iremos a mi piso y te lo demostraré.

—¿Intentas provocarme, pethi mou ? —no parecía nada divertido. Sus ojos oscuros brillaban con una advertencia que ella no pensaba tener en cuenta.

—Retarte, creo —se sentía temeraria. No sabía si por la inesperada declaración que no había incluido una sola palabra de amor, por recuerdos que prefería olvidar, o por la renovada evidencia de que su padre no quería tener ningún vínculo emocional con ella.

No era una mujer que se tomase el sexo a la ligera, pero no era virgen y de ningún modo iba a casarse con un hombre que podía desvincularse de ella con tanta facilidad. No quería que Sandor fuera como su padre, ni soportaría una relación fría y distante.

—¿Por qué sientes la necesidad de retarme? —preguntó él, con voz de asombro.

A ella casi le hizo gracia esa reacción casi machista a un tema que debería poder hablar con claridad.

—¿Por qué no me deseas lo suficiente para haberme seducido? —dijo, pensando que tampoco había aceptado sus indirectas, que no siempre eran sutiles.

—Ya te lo he dicho.

—Crees que soy virgen y por eso soy intocable hasta la noche de bodas.

—En esencia…, sí. Tal vez no hasta la noche de bodas, pero sin duda hasta que fijemos una fecha.

—No estamos en la Edad Media.

—La integridad no tiene épocas.

—¿Eso era un dicho de tu abuelo?

—De hecho, sí —dijo él, aunque sus ojos chispearon doloridos durante un segundo.

—No entiendo por qué quieres casarte conmigo. No me amas.

—¿Todas tus amistades se han casado por una emoción efímera que en la mayoría de los casos no dura más allá de que se enfríen las sábanas?

—No —no podía decir que todas sus amistades se hubieran casado por amor—. Pero no son yo, y resulta que yo creo en esa «emoción efímera». Quiero más de un matrimonio que la fusión empresarial de dos vidas —quería más que eso de la vida en sí, pero no sabía cómo conseguirlo.

Otras personas encontraban el amor con facilidad, ella no. Pero no por eso había perdido la esperanza.

—Y tendrás más. Somos compatibles, en todos los sentidos. Tendremos familia. Incluso disfrutas con la compañía de mi madre.

—Es fácil llevarse bien con ella, pero lo dices como si eso fuera un hecho fundamental.

—Dado que, como buen hijo griego, he elegido que mi madre viva cerca de mí, lo es.

—No me importaría vivir con tu madre, pero no estoy tan segura respecto a su hijo.

—Entonces, ¿estás considerando mi propuesta?

Ella reflexionó, con el corazón acelerado y el dolor de la incertidumbre en el pecho. Creyera lo creyera sobre el amor, temía que ya estaba irrevocablemente enamorada de él. La idea la aterrorizaba.

—Sí, pero no puedo contestarte ahora.

—Debías estar esperando esto.

—Por extraño que te parezca, no. Ya te lo he dicho.

—Sí —suspiró él—. Pero esperaba que al menos habrías considerado la posibilidad.

Ellie se encogió de hombros, sin saber qué decir. Ella había creído que él no buscaba una relación más seria porque no había querido intimidad sexual; él había supuesto que ella entendería que

no buscaría el sexo antes de que hubiera un compromiso.

—¿Y no puedes tomar la decisión ahora, sabiendo lo que sabes de mí y de ti misma?

—No —si lo hacía, tendría que ser «no». Y su corazón, a un tiempo, exigía y rechazaba esa respuesta.

—¿Es por mi pasado?

—No sé bastante de tu pasado para considerarlo siquiera —lo miró—. Y espero que no estés sugiriendo que soy una esnob que sólo se casaría con alguien nacido en el mismo mundo privilegiado que yo.

—No estoy diciendo eso, no. De hecho una de las cosas que me atrae de ti es que te niegues a juzgar a las personas basándote en su origen.

—Me alegro, porque en eso no quiero cambiar.

—¿Pero estás dispuesta a cambiar en otras cosas?

—La gente madura… el cambio es inevitable, pero ese aspecto de mí seguirá conmigo.

—Me alegro.

—Pero estás molesto porque no he aceptado tu propuesta ahora mismo.

—Molesto, no… decepcionado. Pensé que verías las ventajas de un matrimonio entre nosotros.

Estaba decepcionado, pero no dolido. Eso implicaba que sus sentimientos no estaban involucrados. Y era mala señal. Ella se mordió el labio.

—Lo siento. No soy como mi padre y como tú. No tomo decisiones personales basándome en la lógica empresarial.

—¿En qué las basas?

—Sentimientos.

Los labios de él se curvaron con disgusto, como ella esperaba. Su padre y él tenían mucho en común, quizá demasiado. Supuso que su compromiso emocional le importaría tan poco como a su padre.

—Lo sé —bebió agua—. Es una palabra sucia para hombres como tú y como mi padre, pero así vivo mi vida. Tendrás que darme tiempo para pensarlo.

Siguieron unos minutos de silencio.

—Guárdalo en tu bolso —empujó la cajita hacia ella—. Hablaremos de la proposición más adelante.

Ella se preguntó por qué quería que se quedara con el anillo. Tal vez creía que si lo aceptaba le resultaría más difícil decirle que no y devolvérselo. Era lo bastante astuto para considerar todos los ángulos.

—Por favor, quédatelo hasta que te responda.

—Prefiero que te lo quedes tú.

—¿Incluso si te rechazo?

—Pedí que hicieran el anillo para ti. Contestes lo que contestes, es tuyo.

Tras esa frase, incapaz de contener la curiosidad, ella abrió la caja. Era una piedra tallada en cuadrado del mismo color que sus ojos. Azul aguamarina. Había dos diamantes perfectos, uno a cada lado, un poco más pequeños que la piedra central.

—Una belleza —musitó, embargada por la emoción.

—Igual que tú.

—Yo no lo soy —rechazó esas palabras vacías.

—Después de todo lo que hemos dicho sobre la honestidad, ¿crees que mentiría sobre algo así?

—Creo que quieres halagarme, pero tengo espejos. Soy pasable. Deberías ver fotos de mi madre. Ella era una belleza —no dijo que, además, se había llevado el corazón de George Wentworth a la tumba consigo.

—Ya conoces el dicho, la belleza depende del ojo que la mire. Para mí eres muy bella, Eleanor.

—Los falsos halagos no conseguirán que acepte tu propuesta de matrimonio.

—No son falsos —casi gruñó él. Había conseguido enojarlo de nuevo.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. Tu belleza es intemporal y muy atractiva para un hombre con mis orígenes.

—No entiendo —se preguntó qué tenían que ver sus orígenes con el tema.

—Eres bondadosa. Compasiva de verdad. Intentas mejorar la vida de aquéllos que han nacido sin tus ventajas. Llevas la preocupación por los demás grabada en el alma. En eso me recuerdas mucho a mi madre. Físicamente eres perfecta. Tus rasgos son suaves y femeninos, tu cuerpo un deleite para mis sentidos, en especial para la vista. Aunque enciendes mi deseo, eres elegante y refinada, incluso con vaqueros y camiseta. Estas cosas son bellas para mí.

Ella no supo qué decir. Era obvio que hablaba con sinceridad y eso hizo que su corazón, que ya estaba junto al abismo del precipicio del amor se lanzara en picado al dulce abismo. Acababa de demostrarle que sí sabía algo sobre la mujer que era bajo la piel, independientemente de la imagen de hija de hombre rico.

—La educación privada y las clases de conducta social hacen maravillas —dijo, intentando quitarle importancia, aunque su corazón se expandía y contraía a tal velocidad que casi se sentía mareada.

—Naciste con esas características, no son algo que se pueda aprender.

—Tú las aprendiste —refutó ella.

—Estoy lejos de ser compasivo y bondadoso.

—No estoy de acuerdo —ella había visto cómo trataba a su madre—, pero no me refería a eso .

—¿A qué entonces?

—A encajar en la sociedad que nos rodea —indicó el restaurante con un gesto de la mano.

—Yo no encajo.

—Sí que lo haces.

Pero, en cierto sentido, él tenía razón. Llevaba el traje hecho a medida como si hubiera nacido en él, pero lo rodeaba un aura de poder que provenía del trabajo duro y el empeño, no de haber nacido rico. Estaba su leve acento griego y su forma directa de hablar. Eran indicios de un hombre hecho a sí mismo, no nacido en ese mundo.

Pero ella tampoco encajaba perfectamente. Todas sus idiosincrasias nacían en su interior y sólo se notaban tras un examen detallado. En eso se parecían.

—Háblame de tu infancia.

—¿Por qué? —los ojos de él se agrandaron.

—Quiero saber.

—¿Y si no quiero hablar? —tensó la mandíbula.

—Haré que te investiguen —sonrió al ver su expresión de asombro. Después él se echó a reír y rió con él, enamorándose aún más.

—Nací en Grecia.

—Eso lo sabía —se burló ella.

—Vivimos allí, con mi abuelo, hasta que cumplí diez años.

—¿Vivimos?

—Mi madre, su única hija, y yo

—¿Dónde estaba tu padre?

—Desaparecido.

—¿Qué quiere decir desaparecido? —un día antes ella habría respetado las barreras que percibía en él, pero un día antes no le había propuesto matrimonio.

—Era un turista americano. Sólo estuvo en la isla un par de días.

Cuando mi madre descubrió que estaba embarazada, hacía tiempo que se había ido. Ni siquiera conocía su apellido —Sandor no sonó condenatorio, al menos respecto a su madre.

—Eso debe haber sido muy difícil para ella.

—Sí. Pero podría haber sido peor. Mi abuelo no la echó de casa, a pesar de la vergüenza que le acarreó su embarazo. Nos apoyó a ambos los años siguientes.

Ella se preguntó a qué precio. Era obvio que Sandor no había salido de aquel hogar sin cicatrices.

—¿Y tu abuela?

—Había muerto el año anterior. El abuelo solía decir que era una suerte, porque la vergüenza la habría matado.

—Suena como un hombre duro.

—Lo era. En ciertos sentidos. Pero quería a mi madre y se ocupó de ella aunque lo sucedido iba en contra de todos sus principios.

—Era muy joven —Hera Christofides debía haber sido una adolescente cuando tuvo a Sandor, pues apenas aparentaba cuarenta años. Debía tener algunos más, pero Ellie no podía aventurar cuántos.

—Tenía dieciséis años. El abuelo la perdonó, pero nunca perdonó al hombre que la dejó embarazada.

—¿Eso de: «Sólo un hombre sin honor tomaría la virginidad de una mujer con la que no está casado»?

—Sí. Y la sangre de ese hombre corre por mis venas.

Ella se preguntó si su abuelo también le había repetido eso. pero no lo dijo.

—No puedes saber que no la habría apoyado, si hubiera sabido lo del embarazo, quiero decir.

—Sabía que era virgen, pero la dejó. Nunca volvió. No le importaba.

—Tal vez. Seguramente no era mucho mayor que ella. Podría haber razones por las que no volvió.

—Sí. Que era un adolescente irresponsable que no debería haberse abierto la bragueta si no estaba dispuesto a afrontar las consecuencias.

—Como has dicho, era un adolescente. Probablemente ni se le ocurrió que hubiera consecuencias.

—La ignorancia no cambia el resultado final.

—No. Pero me cuesta creer que el hombre que te engendró careciera de sentido de la responsabilidad.

—Eso lo he heredado de mi abuelo y de mi madre.

—No sabes lo que heredaste de tu padre…, porque no lo conoces

—discutió ella. Le parecía importante hacerle comprender que no todo en la vida era blanco o negro como le había inculcado su abuelo.

—¿Qué? ¿Temes que transmita mi mala sangre?

—Odio ese dicho. Es injusto. Incluso si él hubiera sido un desalmado, no influiría en quién eres tú hoy.

—No todo el mundo ve las cosas así.

—Lo sé, pero yo tengo razón.

—Veo que no soy la única persona arrogante sentada a la mesa.

—Saber cuándo tengo razón no es arrogancia —arguyó ella.

—Tendré que recordar esa defensa —él sonrió.

—Por cierto, me alegro de que tu padre se abriera la bragueta, y seguro que tu madre también.

—¿Por qué dices eso? —su sonrisa se convirtió en una mueca tallada en granito.

—Porque si no lo hubiera hecho, tú no existirías.

—¿Y crees que es bueno que exista?

—Sí, y seguro que tu madre está de acuerdo.

—Pero dudas respecto a casarte conmigo.

—Entre mis razones no incluyo que no seas una persona fantástica de cuya existencia me alegro.

—¿Cuáles son tus razones? —él enarcó una ceja.

—Es más pertinente preguntar: ¿cuáles son las tuyas?

Capítulo 3

—Ya las he explicado… Te veo bella por dentro y por fuera. Estoy listo para casarme y formar una familia. Quiero hacerlo contigo —Sandor sabía que si mencionaba el trato de negocios con su padre, Eleanor daría marcha atrás.

Aunque no era la razón principal para haberla elegido como esposa, había jugado su papel. A él no le importaba, pero sospechaba que ella reaccionaría de otro modo. Como había dicho, ella no tomaba decisiones basándose en las consideraciones que dominaban a los hombres de negocios.

Quería una razón emocional para casarse con él. Quería ser amada. Lo había captado, pero no era algo que pudiera o quisiera ofrecerle. El amor era una emoción sobrevalorada que prefería obviar. Había querido a su abuelo y quería a su madre, y ese amor había tenido un precio. Lo había pagado con una vulnerabilidad que nada ni nadie más le provocaba.

La infelicidad de su madre le había dolido cuando nada más lo afectaba. La desaprobación de su abuelo había abierto heridas que se había jurado que nadie volvería a causar. Tendría que convencer a Eleanor de que tenían bastante sin necesidad de ese amor que él no deseaba.

—Mi madre dice que se enamoró de mi padre a primera vista —arguyó él— Ese sentimiento que consideras una panacea es el mayor instigador de sufrimiento que conozco. Su amor la llevó a entregarse a él. El amor de mi abuelo lo llevó a ayudarla, aunque nunca pudo olvidar su indiscreción. Su amor por mí lo llevó a presionarme, a exigirme más de lo que habría exigido a su propio hijo. No iba a permitir que fuera como el hombre que me engendró: irresponsable y sin honor. Pero sus lecciones fueron dolorosas, aunque sabía que las dictaba su amor.

—El amor no siempre conlleva dolor.

—Sí que lo hace. Y yo no quiero el dolor que inevitablemente surge del amor en mi matrimonio.

Ella soltó una exclamación y él hizo una mueca. Había dicho más de lo que pretendía, pero si eso servía para convencerla, no le ahorraría la verdad.

—¿Qué quieres? —sus ojos azul mar reflejaban una bondad que a él le llegó al alma.

Le había ocurrido lo mismo la primera vez que la vio en un baile de beneficencia. A Sandor lo había intrigado esa mujer que, siendo parte del mundo que él deseaba conquistar, era distinta de todos.

—Quiero tener hijos, herederos legítimos que reciban lo que he

construido y lo amplíen. Quiero hacer feliz a la mujer que tanto se sacrificó para darme la vida. Hace treinta años incluso en Grecia se podía encontrar la manera de poner fin a un embarazo no deseado, pero ella ni siquiera se lo planteó.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo pregunté.

La compasión que tanto admiraba brilló en los ojos de Eleanor. Era exactamente el tipo de mujer con el que deseaba pasar el resto de su vida. Una mujer que lo ayudaría a calmar sus demonios.

—¿Tu madre quiere que te cases?

—Sabes que sí.

—Bueno… no es muy sutil —Eleanor sonrió—, pero supuse que le decía lo mismo a todas tus citas.

—Lo cierto es que no.

—¿Es que soy especial? —preguntó, irónica.

—Sí. A mí me lo había insinuado, pero nunca a una de mis citas. Sólo a ti.

—Tiene ganas de tener nietos. Muchas ganas.

—Sí. ¿Y tú?

—Soy demasiado joven para ser abuela.

Ésa era una de las cosas que le encantaban de su pequeña Eleanor. Bromeaba con él. Le hacía sonreír y siempre estaba dispuesta a hacerlo ella también.

—Me refería a si quieres tener hijos —no dudaba de su respuesta. Estaba destinada a ser la madre perfecta, pero quería oírlo de su boca.

—Sí. Claro que sí.

—Eso creía.

—Crees que lo sabes todo —ella hizo una mueca.

—Por lo visto no. Pensé que aceptarías mi propuesta sin tantos problemas.

—¿Problemas? —repitió ella con delicadeza. Él comprendió que pisaba arenas movedizas.

—Creí que no costaría tomar la decisión —corrigió.

—Habría sido más fácil si hubieras dicho que me amabas.

—¿Quieres que te lo diga? —él no pudo evitar admirar su coraje y su honestidad.

—¿Una mentira para conseguir el resultado que deseas? ¿Y qué hay de tu insistencia en que sea honesta contigo? Ya te he dicho que no aceptaré menos.

Él tenía la inquietante sospecha de que definían la honestidad de formas distintas, pero la desechó.

—Te daré tanta felicidad y lealtad como un hombre que profesara esos sentimientos. No habría mentira en esas palabras si las necesitas para sentirte más cómoda con respecto a nuestro matrimonio.

—Excepto porque no sientes eso y no quieres sentirlo. Seguirían siendo una mentira, Sandor.

—Pero la intención al decirlas, mi empeño en tu bienestar, no es ninguna mentira.

—Vemos las cosas de forma muy diferente. No sólo no quieres amar, ni siquiera estoy segura de que creas en el amor romántico, o no hablarías de decir las palabras como si no fueran más que eso: palabras.

—Personalmente, no he conocido el amor romántico —calló al ver una súbita chispa de dolor en los ojos azules, sólo duró un instante—. ¿Serviría de algo prometerte que nunca diré esas palabras a otra mujer?

—¿Puedes prometer eso? ¿Y si te enamoras? Que no me ames a mí no implica que seas incapaz de amar a otra persona.

—No quiero amar a ninguna otra persona.

—Eso no siempre se elige.

—Cumplo mis promesas —afirmó él—. Eres tú quien ha de decidir si confías en mí o no.

—Sí, confío en ti.

Él sonrió, triunfal, y ella frunció el ceño.

—No he dicho que vaya a casarme contigo, pero al menos empiezo a entender por qué me lo has pedido.

—Yo habría creído que eso era obvio.

—Vuelves a equivocarte. Aunque le disguste a tu ego, tus razones para elegirme para compartir el resto de tu vida distan mucho de ser obvias.

—Un día llegarás a pincharme demasiado —advirtió él, simulando un gruñido.

—¿Y qué harás?

—Puede que te haga el amor y al menos acabe con ese dragón de duda.

—¿Crees que una seducción planeada disminuirá mi preocupación por lo fácil que te resulta controlar tu libido cuando estás conmigo?

—Creo, pequeña, que hay profundidades en ti que aún debo explorar —lo sorprendía y excitaba a un tiempo que le echara eso en cara—. Créeme, no me resulta fácil controlar mi deseo, pero es necesario.

—Porque no quieres ser como tu padre.

—Ésa es una razón.

—Dime otra.

—Si me rechazas, no pasaré el resto de mi vida siendo adicto a un cuerpo al que no tengo acceso.

Ella se echó a reír, tal y como él había pretendido, pero había cierta verdad en sus palabras. Si le hacía el amor, sabía que le sería difícil renunciar a ella.

Por otro lado, hacer el amor podría solucionar el dilema. Demostraría su pasión por ella y, dijera ella lo que dijera, sabía que sólo lo aceptaría dentro de su cuerpo si estaba dispuesta a un compromiso serio.

Él ya había declarado sus intenciones y, aunque habría preferido un compromiso oficial y una fecha de boda antes de llevarla a la cama, no dudaba del resultado final. No iba a aprovecharse de ella. Se casarían. No era un hombre que permitiera que nadie ni nada se interpusiera entre él y lo que quería.

Y quería a Eleanor Wentworth como esposa.

Cuando llegaron al piso de Ellie, Sandor le pidió la tarjeta de entrada al aparcamiento de visitantes.

—¿Piensas subir un rato? —preguntó ella.

—¿Vas a invitarme a subir?

Solía invitarlo, pero esa noche en concreto le apetecía tener tiempo para pensar.

—Invítame a subir, pethi mou. No me apetece acabar aún la velada —acarició su nuca.

Igual que otras veces, el leve contacto impactó sus sentidos con la fuerza de un terremoto de grado diez.

—¿A pesar de no haber conseguido tu objetivo? —preguntó ella, sin aliento, sabiéndose incapaz de rechazarlo si insistía.

—No me rechazaste. Es suficiente.

—¿En serio?

—Aprendí desde muy joven a ser paciente para conseguir mis objetivos. Precipitar la conclusión suele funcionar peor que enfrentarse a la oposición.

Ella se preguntó por qué ese símil empresarial le parecía embriagador y atractivo. Debía ser esa voz grave y sensual que alteraba su equilibrio desde la primera vez que la oyó. De hecho, él hablaba de convencerla para que se casara con él, y eso la llevaría a su cama. Aunque no lo hubiera conseguido la pasión.

—Entiendo. Así que soy como una fusión de empresas que te gustaría concretar, ¿no? —dijo con ligereza, para paliar su deseo de

sucumbir a la tentación.

—Eres la mujer con quien me gustaría casarme, no una empresa que quiera comprar, pero existe cierta similitud, sí.

Ella sonrió para sí. Era lógico que viera la vida en términos empresariales, era lo que conocía. Eso y las lecciones de integridad aprendidas de su abuelo. Se estremeció al pensar cómo habría sido crecer junto a un hombre que lo quería pero no aceptaba su ilegitimidad. Un hombre empeñado en que en su nieto no aflorase lo que él consideraba «mala sangre».

Si el anciano Christofides estuviera vivo, le diría unas cuantas cosas. Pero si viviera, Hera no habría abandonado Grecia con su hijo. Ellie y Sandor no se habrían conocido. Esa idea le produjo escalofríos.

—Sube —invitó, con un suspiro de rendición.

Sandor no había anulado su deseo de estar sola y pensar, lo había hecho su conflicto interior. Quería pasar tiempo con él; anhelaba su presencia como si fuera una droga. Siempre había creído que tenía mucho autocontrol, pero cuando se trataba de Sandor se desvanecía, junto con su instinto de supervivencia.

Y ésa era una de las mejores razones para no responder a su propuesta esa noche.

Él bajó del coche y fue a abrirle la puerta. Siempre un caballero, mucho más que muchos hombres nacidos entre dinero, posición y modales. La ayudó a salir y puso la mano en su espalda. Hacía eso mucho, guiándola hacia donde quería, con un contacto físico posesivo y protector.

Ni en el ascensor apartó la mano. También era habitual… tocarla porque sí, no por necesidad. La tocaba como si ya fuera suya. Otro motivo para que le extrañara que no hubiera intentado hacerle el amor.

Empezaba a entenderlo mejor, pero no estaba segura de que esa comprensión la llevara a aceptarlo.

Subieron en silencio y solos hasta la quinta planta. Ella estaba ensimismada con sus pensamientos y percibía que a Sandor no le molestaba eso.

Él esperó con paciencia a que abriera la puerta del piso y desactivara la alarma. Los cerrojos de la sólida puerta de acero forrada de madera se abrieron con un ruido suave. Entraron.

—Me gusta la seguridad de este lugar.

Ella se rió. A veces tenía la impresión de que Sandor, como su padre veía la seguridad de Denver Mint como mera rutina.

—Elegí el piso en un edificio vigilado para que a papá no le

costara tanto la transición cuando me fui de casa. Pero no le pareció suficiente. Su regalo fue instalar un sistema de seguridad de Vitale Security.

—He utilizado esa empresa. Son muy buenos.

—Seguro, y el instalador era guapo para morirse.

—¿Ah, sí? —preguntó Sandor con voz brusca.

—Delicioso —se pasó la lengua por los labios—. Pero demasiado bajo para mí. Vino desde la central de Sicilia. Papá exigió lo mejor.

—Menos mal que he heredado mi altura de algún gen perdido, ¿no?

—Apuesto que ese don lo recibiste de tu padre —dijo ella mirando su metro noventa de altura.

Sandor arrugó la frente, pero no lo negó. Teniendo en cuenta que su madre no pasaba de un metro cincuenta, quizá no pudiera.

—Todos heredamos cosas de nuestros padres, y esperamos que sean las mejores —dijo ella, entrando a la sala—. Mi testarudez viene de mi padre. Pregúntale.

—No necesito hacerlo, he visto la evidencia suficiente —dijo Sandor, sentándose a su lado, en el sofá de cuero amarillo.

Ella rió, encantada de estar con Sandor allí, en ese momento. Se quitó las sandalias, recogió las piernas y ladeó el cuerpo para mirarlo.

Él no sonreía, la observaba como si intentara resolver el rompecabezas de sus gustos.

—Eres muy comprensiva con la necesidad que tiene George de protegerte.

—Lo quiero —suspiró—. Entiendo que como única heredera de un hombre tan rico, soy la candidata típica para un secuestro.

—Pero insistes en vivir sola.

—¡No vivo exactamente sola! —contuvo el deseo de resoplar—. Su equipo de vigilancia tiene el piso contiguo. Me vigilan y vigilan mi piso cuando no estoy.

—¿No sería más sencillo vivir en casa de tu padre?

—Puede, pero aquí tengo más independencia que si viviera en su casa —no lo dijo, pero también era más fácil convencerse de que apenas veía a su padre porque vivían separados, y no porque él no estaba lo bastante interesado como para dedicarle su tiempo—. Además, no quiero que el dinero de mi padre dicte todos los aspectos de mi vida.

—Preferirías vivir sin vigilancia.

—Sí.

—Pero hace concesiones a los sentimientos de George, a su

miedo por ti.

—También es una cuestión práctica. ¿No haces tú lo mismo por tu madre?

—Touché —aceptó él, sonriendo. Puso un brazo en el respaldo del sofá y ella percibió que su sutil aroma especiado y varonil la envolvía. Había leído que el sentido olfativo de la mujer estaba más desarrollado que el del hombre, pero era la primera vez que se fijaba en un olor individual. Quizá porque para ella Sandor era único. En todos los sentidos.

Su virilidad y calidez la atraían tanto que se obligó a hablar para no acercarse más a él.

—Apuesto a que te resulta tan difícil encontrar un hueco en tu agenda para las comidas familiares y las excursiones que Hera desea como a mí permitir que mi padre tenga a un grupo de hombres vigilándome.

—Creo que tienes razón, aunque nunca lo había visto así. Sólo sé que desde que era niño decidí darle a mi madre la vida que debería haberle dado mi padre —su expresión denotó que lo sorprendía haber confesado eso tanto como a ella oírlo.

Era un hombre muy privado y ella pensó que compartir tanto de sí mismo había sido muy especial. Rozó su brazo con la mano y le sonrió.

—Debes haber superado tu objetivo con creces.

—¿Eso crees?

A ella la emocionó que sonara dubitativo, cuando era algo tan obvio que no cabía duda alguna.

—Dudo que tu padre sea un rico magnate y estoy segura de que no lo fue en su adolescencia. Has superado todo lo que él podría haber hecho, incluso si se hubiera quedado con ella.

—Es posible que tengas razón —la satisfacción de su voz hizo que Ellie comprendiera algo más sobre el enigmático hombre que quería casarse con ella.

Tenía cosas que probarse a sí mismo… a su abuelo… y al padre que nunca había conocido.

—¿Quieres café, o una copa? —preguntó, recordando sus obligaciones como anfitriona.

—No, gracias.

—Ha sido idea tuya subir —le recordó ella, que había sentido un escalofrío al escuchar su negativa.

—Para poner fin a una de tus dudas con respecto al matrimonio, no porque quisiera beber nada.

—¿Vas a poner fin a una duda? ¿De qué manera?

Él se inclinó hacia delante, invadiendo su espacio personal, quemándola con su calor e hipnotizándola con sus ojos oscuros como la noche.

—Adivínalo.

—¿Y lo de la integridad y evitar el sexo antes de la boda? —había pretendido sonar sarcástica, pero sonó jadeante y deseosa. Se maldijo por ello.

—Pretendo casarme contigo. Sólo tienes que fijar la fecha —lo dijo de tal modo que igual le habría dado encogerse de hombros. Y ella comprendió que pensaba casarse con ella. No tenía la esperanza ni el deseo de… Tenía un plan y sabía que ganaría.

—¿Está bien seducir a una virgen si piensas casarte con ella? —de nuevo, su voz sonó demasiado deseosa.

—Has dicho que no eras virgen —su tono no indicó que eso le importara.

—Y no me creíste.

—No tienes razón para mentir.

—No, no la tengo —pero aun así había dudado de ella. Por los informes de los vigilantes de su padre y de su propio detective. Y debería haberla creído.

Sus pensamientos se desataron como un torbellino, pero la cercanía de él empezó a ganar la batalla.

—Si fuera virgen, ¿estarías planeando seducirme fríamente?

Eso hizo que él sonriera como un depredador, lo que no la tranquilizó en absoluto.

—Te aseguro que no habrá nada de frío en ello.

—Espera, verás, me cuesta entender cómo vas a… —su cerebro tuvo un cortocircuito cuando él posó la mano en su hombro.

—¿Decías? —acarició su clavícula con el pulgar.

—¿Decía? —musitó ella.

—¿Decías? —acercó los labios a su boca.

—Estaba diciendo… —intentó aferrarse a la realidad—. Tú…, yo…

—Tú, yo, ¿qué? —repitió él, con voz teñida de risueña y triunfal masculinidad. Eso aguijoneó el orgullo y la memoria de Ellie, que se alejó de su boca.

—Sigo sin ver cómo vas a convencerme de tu pasión acariciándome como lo haces. Se parece mucho a ofrecerle a un posible cliente una garantía adicional —pensó que había dicho algo brillante, dado el estado caótico de su mente. Pero a él no pareció impresionarlo su argumento.

—Te prometo que no te veo como a un cliente.

Ella no estaba tan segura. Una vez expresada, la idea había echado raíces en su mente.

—Te deseo —él se acercó un poco—. Cuando te haya tenido, será imposible que ignores la verdad de ese deseo, pethi mou.

—Estás demasiado seguro de ti mismo —cruzó los brazos sobre el pecho e hizo algo que no iba con ella: frunció los labios en un mohín. Y se sintió bien.

Él sonrió como si esa reacción le pareciera encantadora y deslizó un dedo por su brazo hasta llegar al otro. Ella sintió una oleada de calor y placer.

—Creo que lo que realmente te molesta es que esté tan seguro de ti —dijo él, deteniendo el dedo peligrosamente cerca de uno de sus senos.

Ella intuyó que tenía razón. No pudo pensarlo mucho, porque él capturó su boca posesivamente. No fue un beso tentativo, ni un preludio de seducción. Fue pura pasión desatada, que estalló en una lluvia de estrellas de colores que desdibujó su cerebro.

Y cayó en picado tal y como había previsto; sin un quejido de protesta. Sin intentar siquiera apartarlo. Y no podía alegar que sus manos estaban atrapadas porque él le descruzó los brazos para acercarse más.

Se habría avergonzado si no estuviera disfrutando tanto del beso. Nunca se había sentido tan bien como cuando él la besaba. Desde la primera vez. Su sitio estaba entre sus brazos. No sabía si él sentía lo mismo, pero anhelaba el contacto.

Quizá él lo percibía y por eso estaba tan seguro de sí mismo. Pero eso no explicaba por qué quería casarse con ella.

Capítulo 4

Hasta ese pensamiento se borró cuando la lengua de él invadió su boca. Su sabor la intoxicó. Dejó que la apretara contra su cuerpo, disfrutando intensamente cuando sus senos se aplastaron contra su pecho.

Tiró de su camisa y empezó a desabrochar los botones, ansiosa por sentir el ardor de su piel. Cuando lo consiguió, sus dedos se perdieron en los sedosos rizos oscuros de su pecho. Era tan masculino… todo en él era la viva imagen del macho de la especie.

Sus músculos eran duros como el granito bajo la yema de sus dedos. Su tamaño la intimidaba y al mismo tiempo provocaba a su sensualidad femenina.

Él emitió un gruñido ronco y la colocó sobre su regazo. Su deseo por ella resultó tan obvio como él había prometido. Era imposible negar la realidad de su erección oprimiéndole el muslo, o cómo las manos que la sujetaban temblaban sobre su piel.

Pero era mucho más que una sensación física. Ella amaba a ese hombre y su corazón anhelaba el contacto íntimo con tanto fervor como su cuerpo.

Él deslizó las manos por la seda del vestido, acariciando sus curvas y provocando sensaciones que no dejaban de asombrarla. Así debía ser la pasión, no algo forzado ni oculto, sino completo, tan real que cada átomo de su cuerpo brillara con deleite. Él subió una mano pantorrilla arriba, arrastrando el vestido. Se detuvo cuando sus dedos rozaron el vértice de sus muslos a través del encaje de su braguitas.

—Muy sexy —gruñó, apartando los labios de los suyos para mirar lo que había tocado.

Ella, incapaz de hablar, se miró. Estaba sobre sus muslos con las piernas entreabiertas. Olía el aroma almizclado de su propio cuerpo y, en vez de avergonzarse, la excitó su respuesta a un beso de ese hombre.

El pecho bronceado de él brillaba bajo la luz difusa de la lámpara que había dejado encendida antes de salir. Su cuerpo oscuro contrastaba tanto con el de ella que se perdió en el placer visual de mirarlo.

—Me gustaría verte ante una chimenea, desnudo sobre una alfombra. Excitado —dijo, asombrándose de confesar una de sus fantasías sexuales favoritas.

A él no pareció incomodarlo; la miró con interés.

—Hay chimenea en mi dormitorio. Cuando estemos casados me encantará cumplir ese deseo.

—No he dicho que vaya a casarme contigo —asombrada por su cordura, supuso que el instinto de supervivencia era tan fuerte como el sexual.

—Lo harás.

—Puede.

Él eligió ese momento para deslizar el dedo por el borde del tejido que cubría el centro de su feminidad. Ella gimió y se arqueó hacia él, deseando que moviera el dedo hacia la izquierda, un poco.

—Te convenceré —dijo él con expresión gatuna, repitiendo la caricia.

—Puedes intentarlo —lo invitó. Deslizó una mano hacia la dureza que demostraba que su deseo era tan real como el que sentía ella.

No era una amante atrevida, pero necesitaba hacerle reconocer, aunque fuera tácitamente, que no era una necesidad unilateral. Él gimió y maldijo.

Le tocó a ella sonreír por su respuesta. Quizá no había sido atrevida en el pasado porque su única relación sexual había ocurrido cuando apenas tenía diecinueve años. Su amante había sido mayor y más experto que ella.

Mientras las caricias de Sandor encendían llamas de pasión en su interior, Ellie comprendió que su anterior amante podía haber sabido más, pero no era especialmente bueno haciendo el amor. Y eso la libró de parte de la amargura que le provocaba el recuerdo. Si ese hombre le hubiera hecho reaccionar como hacía Sandor. no habría salido relativamente incólume de la relación. Tal vez no habría escapado nunca, a pesar de lo que aprendió en aquella época.

Entonces había pensado que su corazón había sido diezmado por su traición; cinco años después comprendía que podía haber sido mucho peor. Esa verdad la hizo volver al presente de golpe. Estaba con Sandor. Lo amaba, y su potencial para herirla estaba muy por encima de lo que nunca habría creído posible. Sintió una mezcla de terror y deseo.

Había aprendido a esperar poco de su padre, pero no sabía si podría mantener la distancia emocional necesaria para aceptar una relación así de Sandor. No quería hacerlo. No quería vivir su matrimonio a medias. Quería vibrar. Pero quizá eso fuera un sueño.

—¿Qué ocurre? —él la miraba con el ceño levemente fruncido.

—Nada —parpadeó y comprendió que había dejado de acariciarla.

Pero era mentira. Las dudas asaltaban su mente con dolorosa

regularidad y fuerza. Él podía herirla. Mucho. Quizá dejar que le hiciera el amor no fuese inteligente. Sería como entregarle una porción aún mayor de su corazón.

La parte de su cerebro que alojaba su libido le recordaba «quiere casarse contigo». No iba a dejarla en la estacada. Pero su primer amante también había querido casarse con ella. Y sus razones no habían sido las que alegaba, ni las que ella necesitaba. El amor no había sido siquiera una variable de importancia en la ecuación.

—Estabas pensando en otra cosa —insistió Sandor.

—¿Y eso te molesta?

—Teniendo en cuenta lo que estamos haciendo, sí.

—Ah, el ego masculino. El tuyo no tiene por qué sufrir. Pensaba en ti —sus palabras sonaron más sarcásticas de lo que deseaba, pero no pudo evitarlo.

—Ahora mismo te quiero conmigo —las cejas de él se juntaron, formando una línea, pero no se apartó—, pensando sólo en esto.

Ella no esperaba otro asalto a sus sentidos tan repentino. Quizá porque sus emociones estaban en conflicto, esperaba que las de él también lo estuvieran. Pero Sandor sabía lo que quería y lo buscaba.

El beso fue tan carnal que acabó con sus miedos y su capacidad de pensar, dejándola flotando en un mar de necesidad. Sus caricias le provocaban una incoherencia tal que no se dio cuenta de que la desvestía hasta que estuvo desnuda y en brazos de Sandor, que la llevaba al dormitorio. Ella también debía haber participado, porque él estaba desnudo de cintura para arriba y descalzo. Su cuerpo ardía con la necesidad de fundirse con el de él y buscó un contacto mayor.

—Sí, vuélvete loca por mí, Eleanor. Eres cuanto podría desear un hombre.

—Ellie —gimió ella, necesitando que la llamara por el nombre que prefería, el que mejor encajaba con la mujer que era en realidad. La situación era demasiado íntima para un nombre que sólo su padre utilizaba.

—Ellie —clavó los ojos oscuros en ella. Después dijo una palabra griega con mucho significado: Mía.

En ese momento la reclamaba y no podía negarse. Lo necesitaba más que el aire que respiraba… le pertenecía. Al menos por esa noche.

Besó su cuello y su mandíbula, negándose a pensar. Sólo quería sentir. Emociones profundas, placer físico en cada terminación nerviosa, júbilo y la intención que percibía en Sandor. Todo junto

era como un explosivo. Había nacido para vivir ese momento y disfrutaría de todo su esplendor.

—Sandor… —lo lamió bajo la barbilla.

Él gruñó y cayó sobre la cama con ella. Tomó su boca y ella abrió los labios, invitando a su lengua a penetrarla. Cuando Sandor frotó el cuerpo contra ella se tensó de placer. Él se había quitado los pantalones y los calzoncillos y sentía su erección en un lugar que nadie había tocado en cinco años. Era maravilloso. Estaba duro como una piedra y sin embargo su piel era suave y deliciosa al clavarse en su zona íntima.

—Estás lista para mí —él echó la cabeza hacia atrás.

—¡Sí! —se retorció, incitándolo.

—¿Protección? —masculló él.

Aunque tenía el cerebro embotado por el deseo sexual, comprendió lo que él quería.

—En el cajón, junto a la cama —había comprado los preservativos cuando empezaron a salir, suponiendo que él le pediría sexo. Se alegró de que él hubiera tenido la entereza de preguntar.

Quería casarse con ella, pero no iba a intentar atraparla con un embarazo. Eso le gustó. Su anterior amante no había sido tan noble. Dio gracias a Dios porque sus malévolas intenciones no hubieran dado fruto; nunca había olvidado lo traicionada que se sintió cuando comprendió lo que él pretendía.

Sandor se levantó y fue a la mesilla. Abrió el cajón y sacó un preservativo con la velocidad del rayo. Se lo puso y volvió a la cama, acercándose a ella de rodillas. Era como un depredador a punto de saltar sobre su presa. Ella se estremeció de placer al darse cuenta de que era su objetivo.

Él puso la mano sobre uno de sus senos y lo masajeó, provocándole una oleada de placer.

—Tu deseo por mí es real, tanto como el mío por ti —le susurró él al oído.

—Sí.

—La pasión vibra aquí, entre nosotros —masculló él, con acento griego—. Es real.

—Sí —repitió ella.

—Confía —dijo y volvió a besarla.

No supo qué quería decir, pero aceptó su boca y sus caricias, devolviéndoselas. Cuando se situó sobre ella, abrió los muslos invitándolo instintivamente. Él colocó su miembro en la sedosa y húmeda apertura.

Se detuvo. Dejó de moverse. Dejó de besarla. Incluso su garganta dejó de emitir sensuales gruñidos de placer. Ella abrió los ojos; él la miraba.

—¿Me aceptas en tu cuerpo? —preguntó.

Él debía saber que lo deseaba y su pregunta debía significar algo más, pero no estaba segura de qué. Pero no le importó.

—Sí —contestó.

Él asintió como si sellara un pacto y empezó a penetrarla

Los sedosos músculos se abrieron y su cuerpo lo absorbió como si hubieran sido creados para encajar perfectamente. Se sentía completamente llena, pero no era doloroso… se sentía bien. Muy bien.

Sintió cierto temor femenino, pero eso no disminuyó su excitación.

—Te quiero entero —dijo.

—¿Crees que podrás?

—Nací para eso —balbució ella sin ser consciente de sus palabras.

Él echó la pelvis hacia delante y se introdujo más en la húmeda cavidad. Lentamente, centímetro a centímetro, tomó su cuerpo hasta que sus huesos pélvicos estuvieron juntos. Ella gimió y él dijo algo en griego que ella no entendió.

—Te dije que encajaríamos —dijo ella disfrutando de la sensación de unidad.

—Normalmente es el hombre quien reconforta a la mujer con esa frase.

—¿Ah, sí? —a ella le importaba poco el protocolo. Se arqueó hacia él—. Necesito que te muevas.

Y él lo hizo. Con tanta perfección que a ella se le saltaron las lágrimas. Él las lamió y siguió haciéndole el amor, llevándola hacia un cataclismo de placer desconocido para ella.

Después ocurrió algo que debió ser un milagro porque el cuerpo de él se tensó sobre el suyo al mismo tiempo que ella explotaba. Ambos gritaron. Y sus cuerpos se estremecieron juntos. Él siguió moviéndose lentamente, alargando el placer.

Ella se convulsionó con espasmos hasta que él se desplomó sobre su cuerpo con un gruñido satisfecho.

—Ha sido increíble —susurró ella.

—Sí que lo ha sido —dijo él contra su cuello.

—Gracias —ella volvió la cabeza y besó su mejilla.

—El placer ha sido tanto o más mío.

—Me alegro de que no hayas dicho que sólo tuyo.

—No sería verdad.

Ella rió suavemente por su arrogancia, pero él tenía razón. No sería verdad. Nunca había sentido nada tan maravilloso. Y quería volver a sentirlo una y otra vez.

Por eso debía haberle hecho el amor. Para convencerla de que estaban hechos el uno para el otro. Si no en el amor, al menos en el sexo.

—Voy a adorar tenerte como esposa en mi cama —dijo él, confirmando que estaba pensando lo mismo que ella en contenido, aunque no en intención.

—Eso no está claro aún, Sandor.

Él se echó hacia atrás para dedicarle una de sus miradas «serias». A ella le pareció gracioso verla en la situación en la que estaban y se rió.

—No me parece divertido. Te casarás conmigo, Ellie.

—Hacer el amor contigo ha sido increíble, pero aún necesito tiempo para pensar —acarició su mejilla; al menos esa vez había usado el nombre correcto.

—Después de lo que acabamos de experimentar juntos, ¿cómo puedes necesitar tiempo para pensar?

—Porque no nos pasaremos la vida en la cama, Sandor.

—Merecería la pena considerarlo.

—Típico comentario de hombre.

—Es lo que soy —se levantó y fue desnudo hacia el cuarto de baño—. Te serviría de poco en estas circunstancias si no lo fuera —dijo por encima del hombro.

Ella no podía discutir eso y no lo intentó.

Sandor se quedó a dormir y volvió a hacerle el amor al amanecer y de nuevo cuando sonó el despertador. Las dos veces fueron maravillosas. Pero él no volvió a presionarla para que le diera una respuesta. Tal vez se sentía tan seguro de ella que no le importaba esperar, pero Ellie lo agradeció igualmente.

Él se dio una ducha y se fue a casa a cambiarse para ir al trabajo. Ella se apresuró en sus rutinas matinales para no llegar tarde.

No tenía tiempo de pensar o intentar decidir qué había significado la noche anterior.

Sandor la llamó durante la mañana, pero estaba con un cliente y no tuvo oportunidad de llamarlo hasta la hora del almuerzo.

—Había esperado que pudiéramos comer juntos, pethi mou, pero imagino que va a ser imposible.

—Por desgracia, sí —dijo ella mirando el montón de carpetas

que había dejado sobre su escritorio un asesor antes de irse a casa, enfermo.

—¿Cenamos esta noche? A mamá le gustaría verte.

Si no lo hubiera expuesto así, tal vez habría dicho que no. Necesitaba tiempo para aclararse la cabeza y no podría hacerlo con un montón de expedientes que resolver. Pero le gustaba Hera Christofides. Mucho. No quería herir sus sentimientos.

—Me encantaría. ¿A qué hora quieres que vaya?

—Te recogeré a las seis.

—Prefiero conducir yo.

—Y yo prefiero ocuparme de ti y de tu seguridad.

—Sabes que siempre estoy vigilada. Estaré a salvo conduciendo a tu casa y de vuelta a la mía.

—Aun así, preferiría llevarte yo. Es la prerrogativa masculina.

—En una década anterior, quizá.

—Es mejor mantener ciertas tradiciones. Además, me he dado cuenta de que no te gusta conducir.

Tenía razón. No le gustaba. Odiaba el tráfico de la ciudad y habría preferido ir al trabajo en el transporte público, pero con el equipo de seguridad «secreto» que seguía cada uno de sus movimientos, no era posible. Podría haber aceptado la oferta de su padre de un coche con chófer, pero le parecía mal ir a desempeñar su trabajo de servicio social de esa manera.

Sabía conducir, simplemente no le gustaba. Y Sandor se había dado cuenta.

—Vas a ponerte cabezota con esto, ¿verdad? —dijo, pero su voz no denotó enfado. Estaba demasiado ocupada sintiéndose mimada.

—¿Lo dudas?

—No, ser cabezota es lo que mejor se te da —rió ella.

—Yo diría que después de anoche deberías considerar que tengo al menos uno o dos atributos más.

—¡Sandor! —a pesar de que nadie podía oír sus palabras, se puso roja como la grana.

Él se rió, un sonido grave y sexy, que la excitó a su pesar. Esperó a que terminase de reír.

—Te veré a las seis —dijo a modo de despedida.

—Estaré deseándolo.

Colgó él teléfono sintiéndose un poco manipulada, pero no le importó. Uno de los problemas que había tenido con sus citas era que después de haber crecido con su padre y haber tenido que luchar con uñas y dientes para conseguir la más mínima independencia, la mayoría de los hombres parecían demasiado

fáciles de convencer. Al principio había pensado que eso era lo que quería.

No quería volver a ser usada ni dominada, así que salía con hombres de su mundo, que no buscaban los millones de su padre, y claramente poco agresivos. Hombres sensibles y que defendían los ideales feministas mejor que ella. Hombres que no tenía el poder personal ni la vitalidad de Sandor.

Se había cansado de las citas y no se había dado cuenta de por qué hasta que Sandor apareció en su vida y comprendió lo que echaba en falta. Quería un hombre con integridad, pero no uno que se dejara llevar del collar como un perro. No toleraría que la dominaran y si Sandor no lo sabía aún, pronto lo descubriría, pero se alegraba de que fuera tan fuerte.

Había descubierto que un hombre podía ser agresivo, poderoso y sensible a sus sentimientos. Al menos a algunos de ellos. Era más de lo que había tenido nunca, pero no era lo mismo que tener su amor. Sin embargo, Sandor estaba pendiente de ella. Que se hubiera dado cuenta de que no le gustaba conducir no era un incidente aislado.

En eso era muy distinto a su padre, por suerte.

Además, no tenía miedo de herir su frágil ego masculino porque no era sensible hasta el exceso. El que su padre lo aprobara era un arma de doble filo. Se rebelaba contra todo lo que él representaba pero, aun así, una parte de ella seguía deseando su aprobación. Tenía la esperanza oculta de que si lo satisfacía lo bastante, él la querría como se supone que un padre debería amar a su hijita.

A su padre le gustaría que se casara con Sandor, pero a ella la preocupaba que se pareciera tanto al hombre que durante veinticuatro años había lacerado su corazón una y otra vez con su indiferencia. No podría vivir el resto de su vida en ese vacío emocional con un marido. Incluso si lo amaba.

Una llamada telefónica interrumpió sus inquietantes pensamientos y no tuvo ni un minuto más libre en todo el día. Salió tarde del trabajo y tuvo que apresurarse para arreglarse para la cena.

Sandor le preguntó por su día cuando la recogió, y la escuchó todo el camino hasta su casa. Era una experiencia embriagadora ser el centro de su atención. Ella puso una marca mental en su lista, en la columna de «No es un calco de George Wentworth».

La ayudó a bajar del coche y ella se puso de puntillas para besar la esquina de su boca.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué? —el alzó una ceja.

—Por escucharme. No creo que mis intentos de mejorar la vida de mis clientes sean nada fascinantes, pero nunca me dices que me calle.

—Te equivocas —inclinó la cabeza y besó su boca.

—¿En qué? —se agarró a él para equilibrarse tras el breve pero devastador beso.

—Todo lo tuyo me interesa, pero tu deseo de ayudar a los demás es admirable y, sí, fascinante.

—Eres un hombre especial, Sandor —dijo, pero se preguntó si decía la verdad. Si todo lo suyo le interesaba, debería conocer los rasgos básicos de su naturaleza, sobre todo su necesidad de tener un vínculo emocional con él.

—Recuerda eso.

—No es algo que podría olvidar.

Él sonrió y la condujo hacia la casa.

Capítulo 5

Hera Christofides estuvo tan encantada de ver a Ellie como Sandor había predicho. y la recibió con cálida efusividad.

—Eres muy buena por venir Sandor, últimamente es como un león enjaulado, pero cuando estás aquí… es mejor —apretó la mano de Ellie y se sentó en el gran sofá blanco, indicándole que la acompañara.

—Mamá, no me importa que me compares con un león, pero estoy lejos de estar enjaulado.

—Hay muchos tipos de jaulas, hijo —apuntó Hera con sabiduría —. Aunque estoy de acuerdo, eres como un león dentro o fuera de la jaula… porque ves al mundo como tu presa —suspiró y sus ojos se llenaron de preocupación—. Siempre los negocios. Quieres ganar, ganar, ganar.

—Mejor eso que ser un vago, ¿no? —dijo Sandor.

Hera frunció los labios y pidió la ayuda de Ellie.

—No puedo imaginármelo vago. ¿Puedes tú?

—No —Ellie negó con solemnidad aunque una sonrisa le cosquilleaba los labios—. La verdad es que no.

—¿Lo ves? —dijo Hera, como si eso confirmara su punto de vista.

—¿Qué se supone que debo ver, mamá?

—Que trabajar todo el tiempo es una jaula —dijo la mujer, como si fuera algo obvio.

—Mejor esa jaula que otras que se me ocurren.

—Puede, pero sería mejor no estar enjaulado. ¿No estás de acuerdo, Eleanor?

—Sí. La libertad es algo muy bello y a veces hay que sacrificar otras cosas para obtenerla.

—Ella sí que es lista. No la dejes escapar, hijo —Hera dio una palmadita en el brazo de Ellie.

—No pienso hacerlo —Sandor sonrió.

—Bien —dijo Hera.

Por fortuna, dejaron el tema y Ellie agradeció que Sandor no le hubiera dicho a su madre que le había propuesto matrimonio. Tenía la sensación de que Hera intentaría convencerla para que aceptara.

La extrañó que Sandor no hubiera avisado a su madre para que hablara a su favor. Por otro lado, le había pedido tiempo para pensar y quizá estaba respetando sus deseos. Eso sería otro punto a su favor.

Que Hera estuviera presente hizo que la velada fuese más relajada, pero aun así la mente de Ellie no podía dejar de

rememorar la noche anterior una y otra vez. El exceso de trabajo en la oficina la había ayudado a controlar sus pensamientos, pero no podía hacerlo teniéndolo a él delante.

De vez en cuando Sandor la miraba como un tiburón a punto de engullirla y eso hacía que tartamudease, se ruborizara y actuase con menos aplomo del habitual. La madre de Sandor lo regañaba por avergonzarla y él se limitaba a sonreír, alegando inocencia.

Mientras tomaban el postre, Sandor recibió una llamada de negocios y fue a atenderla a su despacho.

—Le da demasiada importancia a los negocios —Hera movió la cabeza—. Pensé que traerlo a América le daría una vida mejor. No es fácil ser un niño sin padre en un pueblecito, pero ahora me pregunto si hice bien. Si hubiéramos seguido allí, tal vez no estaría tan dominado por el trabajo.

—No creo que Sandor sea el tipo de hombre al que influya su entorno. Sería quien es, independientemente de donde pasara los últimos años de su infancia. En un pueblo griego, o en Boston, tu hijo habría escalado hasta la cima. Tal vez allí habría tardado más y habría sido mis difícil. Pero sin duda habría conseguido su objetivo.

—Gracias, Eleanor. Eres una joven muy amable y perceptiva.

El halago hizo que Ellie se sintiera bien, como si perteneciera allí. Sonrió.

—Además, si hubiera tenido que trabajar más para llegar tan alto, habría tardado más en empezar a plantearse asuntos no relacionados con los negocios.

Aunque no iba a hablarle de la proposición, suponía que Hera se había dado cuenta de que su hijo empezaba a plantearse el matrimonio.

—¿Crees que me habría hecho esperar más aún para tener nietos? —Hera la miró horrorizada.

—Eso me temo —Ellie se rió.

—Sigue preocupándome —Hera movió la cabeza—. Nunca deja de querer más. ¿Cuándo será suficiente?

—Por lo visto, tiene que demostrarse cosas a sí mismo —dijo Ellie con cautela.

—Sí —Hera suspiró con tristeza—. Quiere probar que no heredó nada malo de su padre. Mi padre era un buen hombre, pero muy duro. Hizo que Sandor se creyera responsable de cosas sobre las que no tenía ningún control. Mi padre no decía nada bueno sobre el joven al que amé, pero lo era. Demasiado joven para tener la fuerza necesaria, pero era bueno.

—¿Le dijiste eso a Sandor alguna vez?

—Lo intenté, pero mientras mi padre vivió habría sido una falta de respeto contradecirlo. Cuando murió, sus opiniones habían arraigado en Sandor y no pude cambiarlas. Parte de mí… culpaba a Jimmy por no haber vuelto. Había cosas que no sabía. Ahora me arrepiento de no haber contradicho nunca a mi padre.

—Debe haber sido muy duro para ti.

—Lo fue. Me educaron para ser una buena chica y guardar mi inocencia hasta el matrimonio; pero mi amor por el padre de Sandor era inconmensurable. Nunca había sentido algo así. Pensarás que soy tonta, pero siempre ha sido el hombre de mi corazón.

—No me parece ninguna tontería. He oído hablar de amores como ése —por primera vez, se preguntó si quería sentir algo tan profundo por un hombre.

Ese amor era lo idílico pero, viendo el dolor en los bellos ojos marrones de Hera fresco como si todo hubiera ocurrido días antes, el corazón de Ellie se retorció de compasión y miedo. Compasión por la otra mujer y terror por haber expuesto sus sentimientos a un riesgo del mismo calibre.

Aunque ella no era una adolescente con su primer amor, pero sospechaba que el amor del que hablaba Hera trascendía la edad e incluso la experiencia.

La sonrisa de Hera borró el dolor de sus ojos, que brillaron con el recuerdo de su breve felicidad.

—Sentir amor es la mayor riqueza que el mundo puede ofrecer. Que el sentimiento sea compartido es un regalo divino. Los dos lo sentíamos. Él me amaba tanto como yo lo amaba.

—Pero se fue —Ellie no lo dijo porque dudara de Hera, sino porque no podía entender que alguien se alejara de algo tan especial. Pero no era un comentario oportuno—. Disculpa. No debería haber dicho eso.

—¿Por qué no? Es la verdad. Pero sólo en parte. Mi padre nos vio juntos y golpeó a mi amor hasta que fue incapaz de levantarse del suelo —las lágrimas llenaron sus ojos—. Intenté detenerlo, pero mi padre me abofeteó y Jimmy me pidió que me marchase. No podía soportar que me hicieran daño y además hería su orgullo que viera cómo recibía una paliza. Se negaba a levantarle la mano a mi padre, así que no podía defenderse. Mi padre pensó que tenía derecho a golpearlo, y echó a Jimmy de la isla.

—Entonces, ¿no se fue por su voluntad?

—No. No tenía forma de saber que me había quedado embarazada. También era un adolescente. Un chico de vacaciones

con sus amigos. Más adelante intentó verme una vez.

Ellie, tensándose, se preguntó si Sandor sabía eso.

—No lo supe hasta después de la muerte de mi padre. Encontré la carta en su escritorio. Al principio no se lo dije a Sandor porque estaba llorando la muerte de su abuelo, y después… pensé que no serviría de nada. Había pasado mucho tiempo y me había convencido de que Jimmy estaría casado y tendría otros hijos. Sandor ya sufría mucho y pensé que decírselo lo heriría aún más. Sentía amargura hacia su padre y decidí que sería mejor esperar.

—Probablemente tenías razón.

—No sé —Hera la miró dubitativa—. Nunca me casé. Tuve oportunidades, pero no lo deseaba. ¿Le ocurriría lo mismo a mi Jimmy? Tuve que elegir entre utilizar el dinero de vender la casa y las posesiones familiares para la educación de Sandor o para buscar a su padre. Elegí, pero me pregunto con frecuencia si mi elección fue la correcta.

—Pero ahora que tienes dinero, podrías buscarlo.

—Se lo sugerí a Sandor una vez. Y me arrepentí. Si no se lo hubiera dicho, podría haberlo buscado sin consecuencias. Pero lo hice y él me pidió que no utilizara el dinero que había ganado con el sudor de su frente para buscar a un hombre que nos había abandonado. No pude convencerlo de lo contrario.

—¿Le dijiste que su padre te había escrito?

—Le dio igual.

—Sandor es muy testarudo.

—Sí.

El testarudo regresó del despacho minutos después, y tuvieron que cambiar de tema.

Cuando Sandor la llevó a casa, aparcó y pidió que le dejara subir. Ella aceptó; quería comentarle su conversación con Hera y, si era sincera consigo misma, además, quería lo mismo que él. Intensamente.

Fue directa a la cocina y puso el hervidor de agua.

—No tengo sed —dijo él, a su espalda.

—Quiero té —ella pensó que también quería hablar.

—Entonces tomaremos té —dijo él, haciendo una leve reverencia.

—Te estás riendo de mí.

—Te estoy siguiendo la corriente. No es lo mismo.

—Ya veo. ¿Por qué me sigues la corriente?

—Por obvias razones masculinas. Espero suavizar tu temperamento para poder aprovecharme de ti.

—Creo que sabes que puedes seducirme sin necesidad de una taza de té previa —rió ella.

—Pero prefiero no seducirte.

—¿Quieres que me ofrezca yo?

—¿Sería eso tan malo?

Ella encogió los hombros. Suponía que no.

—¿Crees que una taza de té antes de dormir me llevará a invitarte a compartir mi cama?

—Haré cuanto pueda por convencerte.

—Pensé que no querías seducirme.

—Recordarte el placer que compartimos anoche no puede considerarse una seducción.

—¿Y tu plan es recordármelo?

—Y tentarte con lo que podría ser esta noche.

Por suerte para su libido, ya desbocada, el hervidor de agua silbó y ella se concentró en preparar un té de hierbas que no les quitaría el sueño. Tenía la sensación de que Sandor se ocuparía de eso.

—¿Has pensado alguna vez en buscar a tu padre? —preguntó ella, cuando estuvieron sentados a la mesa de la cocina.

—Supongo que habría sido mucho esperar que mi madre no aprovechara la oportunidad para sacar el tema mientras estaba en el despacho —dijo Sandor, tenso—. ¿Te contó la triste historia de cómo mi abuelo dio una paliza a James Foster y lo echó de la isla?

—Eres muy agudo —dijo ella con una sonrisa, aunque temía por su expresión que no sería fácil mantener una conversación relajada —. Supongo que no estarías escuchando a escondidas, ¿verdad?

—No —él suspiró y tomó un sorbo de té—. Pero es una historia que ha intentado contarme varias veces.

—No es una historia. Ella no se inventaría algo así.

—No dudo que mi abuelo hiciera lo que dice, pero ¿qué cambias eso? Mi padre fue demasiado débil para volver por ella. Punto y final.

—Lo intentó.

—¿También te habló de la carta? —él sonó dolido.

—Sí.

—Mira, leí esa carta y no era la misiva de un amor que se muriera por ella. Había finalizado su carrera universitaria y proponía que se vieran… por los viejos tiempos. No mencionaba el amor que ella insiste en que ambos sentían. Decía algo de suponer que se habría casado porque las chicas griegas se casaban antes que las americanas, o una tontería similar.

—¿Creías que iba a abrir su corazón en una carta a una mujer que ni siquiera sabía que seguía soltera?

—Si su amor era tan grande como mi madre alega, lo habría hecho —dijo Sandor con voz dura.

—¿Lo habrías hecho tú? —insistió ella.

—No creo en esa clase de amor.

—Lo sé, pero incluso si creyeras, dudo que ofrecieras tu corazón sin saber qué posibilidades tenías.

Eso pareció darle algo que pensar.

—¿Qué sentido tiene esta conversación?

—Creo que deberías buscar a tu padre, si no por ti, por ella.

—¿Crees que no tengo en cuenta sus sentimientos cuando me niego a buscarlo? —Sandor apartó el té y se recostó en la silla. Se pasó la mano por el rostro, como si estuviera cansado—. Dime, ¿qué crees que sentiría mi dulce madre si descubriera que mi padre se casó poco después de graduarse y tiene una esposa e hijos a los que adora?

—¿Es así? —ella se preguntó si Sandor lo había investigado ya, sin airear el resultado.

—No lo sé, de eso se trata. En este caso, la ignorancia es lo mejor. Al menos para mi madre.

—Si está casado, no tendrías por qué decírselo.

—Yo no… no podría mentirle a mi madre.

—¿Pero sería tan grave mentir por omisión para protegerla? ¿No sería mejor para ti saber la verdad?

—Quiero a mi madre. Ocultarle esa información estaría mal. Y no quiero arriesgarme a que sufra más.

Ellie se dijo que era imposible no querer a un hombre como ése.

—¿Y si te equivocas?

—Él la habría buscado. Han pasado mucho años.

—¿Qué me dices de ti? ¿No quieres conocerlo?

—Abandonó a mi madre, y a mí aunque desconocía mi existencia. No quiero a ese hombre en mi vida.

—Tu abuelo los separó.

—Sólo hubo una carta, Ellie, no diez, cinco o dos. Una. Se rindió tras un solo intento.

—Creo que te equivocas.

—Y yo creo que preferiría hablar del sabor de tus pezones y de cómo se endurecen bajo mi lengua.

Atónita, lo miró boquiabierta. Él le lanzó una mirada ardiente y malvada. Parecía un poco fuera de lugar en la cocina, pero… no. La terrenal sensualidad de ese hombre encajaba con ella.

Sus sorprendentes y descaradas palabras la habían excitado. Se lamió los labios, que sabían a miel y té.

—La gente no suele mencionar esas cosas.

—Pero a mí me gusta decirte lo dulce que sabes, y lo agradable que es sentirte dentro de mi boca.

—A veces eres muy… básico —casi gimió ella.

Él se inclinó y pasó los nudillos por encima de un pezón, muy erecto. Ellie jadeó. Él sonrió; obviamente disfrutaba de la reacción que provocaba en ella.

—Creo que a pesar de tu decorosa imagen pública, lo primitivo te excita. Te gusta que diga esas cosas.

Tenía razón, pero ningún otro hombre de los que conocía se habría atrevido a decirle algo así. Sandor era diferente. Tal vez por eso la atraía tanto. Se rebelaba contra los moldes que le imponía su vida… igual que intentaba hacer ella. O creía intentar hacer.

—¿Te parezco decorosa? —miró el sencillo traje de seda color crudo que había elegido para cenar con su madre. Era ajustado, pero no sexy. La chaqueta ocultaba su escote y la falda le llegaba a las rodillas—. ¿Crees que soy demasiado conservadora al vestir?

—Tu estilo es perfecto para ti. Ellie. Me gusta saber que el resto del mundo te mira y ve a una mujer elegante, mientras yo sé que bajo la fachada hay un cuerpo hecho para mí, que responde al mío con una pasión desinhibida que me enloquece —siguió acariciando su pezón—. Y a veces te vistes de forma más provocativa de lo que pretendes.

—¿No crees que lo hago para provocarte? —apenas podía respirar, y menos pensar, sintiendo sus caricias y el tono sensual y erótico de su voz.

—Dudo que tengas la más mínima idea de lo sexy que me parecen tus trajes, o prendas como el vestido que llevabas anoche.

—¿Por qué lo dices? —la noche anterior había elegido un vestido sexy a propósito. Y él no lo sabía.

—Si lo supieras, nunca habrías cuestionado la pasión que existe entre nosotros.

—¿Tenía que leerte la mente? —pensó que el cerebro masculino era un misterio, y más el de Sandor.

—Espero que ahora tengas mejor base para sacar tus conclusiones —encogió los hombros y sonrió.

—Supongo que así es —agarró su muñeca para detener la caricia que la estaba derritiendo—. Noté tu pasión antes… contenida —farfulló—, pero pensé que me equivocaba cuando no actuaste.

—¿Y ahora?

Ella tomó aire. Sentía los senos tensos contra el encaje del sujetador e inspirar provocó un roce que la excitó aun más. Contuvo un gemido y cerró los ojos.

—Admito que en ese sentido encajamos muy bien.

Se preguntó si era tan bueno con todas las mujeres con las que había estado. Para ella la noche anterior había sido una experiencia única, pero quizá él siempre disfrutaba igual cuando hacía el amor. Deseaba creer lo contrario, pero darle importancia al sexo ya le había roto el corazón una vez. No lo repetiría.

Él se levantó, rodeó la mesa y fue a ponerla en pie. Estaban tan cerca que sentía el calor de su cuerpo, pero él único punto de contacto eran sus manos en sus codos.

—Vamos a encajar bien otra vez, ¿quieres? —sugirió él, acariciando la zona interior de sus codos con los pulgares.

—¿Hemos terminado de hablar de tu padre?

—Sí —tomó su rostro entre las manos—. Creo que hemos terminado de hablar, punto.

—Supongo que podré soportarlo —musitó ella. Su cuerpo clamaba por sus caricias, pero luchó un poco. No quería entregarse tan fácilmente.

Pero su intención se desintegró con el primer contacto de sus labios. Fue como si una corriente eléctrica la recorriera de arriba abajo, haciendo que su boca se abriera, pidiendo más.

Él no dudó en capturar y poseer su boca, invitándola a compartir la sensación, a hacerla mutua. Y ella también quería eso; necesitaba saber que lo marcaba como suyo, igual que le hacía él.

Se preguntó cómo había aprendido a hacer el amor utilizando simplemente los labios. Se dijo que quizá fuera un don de nacimiento, Sandor era especial. Pero sabía que era para no sentir celos de las mujeres que habían estado allí antes que ella.

—¿Sandor?

—¿Hum? —mordisqueó su cuello y ella se estremeció de placer.

—¿Eso que piensas de no practicar el sexo con vírgenes hasta casarte o estar a punto de hacerlo? —no sabía cómo era capaz de hablar con coherencia.

—Ellie mou —rió contra su cuello—. ¿Puedes hacer preguntas ahora? Debo estar haciendo algo mal.

—No —jadeó ella, sintiendo su lengua entre las clavículas—. De eso se trata. Lo haces muy bien. Me preguntaba cómo aprendiste todo esto.

—Sabes de maravilla —capturó su boca con los labios—. Me cuesta creer que me preguntes algo así.

—Es que… No sé si tu abuelo y tú pensabais que estaba bien practicar el sexo con mujeres experimentadas. Me parece un doble juego y además, está el tema de tu virginidad.

—Puedo asegurarte que no soy virgen.

—¿Pero no te preocupó practicar el sexo cuando lo eras? La primera vez. ¿O ibas a casarte con la mujer y algo fue mal? —no le gustó pensar en él comprometido con otra persona.

—Tocado —rió él—. Soy culpable de doble juego.

—Explícamelo.

—Hay mujeres abiertas al sexo sin compromiso.

—Sí —sabía que era verdad.

—Tu no eres una de ellas.

—Pero no soy virgen.

—Aun así, sigues siendo muy inocente.

—Entonces, ¿te has acostado con muchas mujeres?

—No muchas —suspiró y la miró a los ojos—. No soy un playboy.

—Pero sabes mucho… y te gusta —la noche anterior había sido exquisito con ella—. No te imagino practicando el celibato.

—Te falla la imaginación. Ten en cuenta que durante años trabajé veinte horas al día, descansando sólo cuando mi madre me lo exigía. Eso no da lugar a muchos encuentros sexuales.

—Pero has tenido otras amantes.

—He tenido compañeras sexuales. Incluso cuando estaba con la misma mujer varias noches, la relación no puede describirse como de amantes. O como relación, siquiera. Ambos satisfacíamos una necesidad.

—Eso suena muy frío —también era casi grosero, pero ella empezaba a acostumbrarse a su forma terrenal de discutir ciertos temas.

No había crecido en el entorno refinado, y a veces agobiante, que la había rodeado a ella.

—Lo era. No me había dado cuenta de cómo de frío hasta que me quemó el fuego de tu pasión sincera la primera vez que nos besamos.

Capítulo 6

Las lágrimas le quemaron los ojos. Tal vez él no creyera en el amor, pero daba la impresión de que la veía como algo muy especial. Y lo dijo.

—Claro que eres especial —contestó él—. Quiero casarme contigo. Eres mi amante y serás mi esposa.

Ella no tuvo fuerzas para contradecirlo en ese momento, evitó una respuesta besándolo. Él gruñó y la apretó contra él, exigiendo y reclamando. Una exigencia a la que ella no tenía intención de negarse, ni esperanza de hacerlo si hubiera querido.

Él la alzó en brazos, la llevó al dormitorio y la depositó en la cama con cuidado, como si fuera un bien frágil y precioso. Ella lo miró con el corazón en los ojos y los dientes apretados para contener las palabras de amor que pugnaban por escapar de sus labios.

—Esta noche quiero ir muy despacio —dijo él empezando a desvestirse.

—No creo que aguante despacio —ella ya estaba acalorada y deseosa, sin apenas hacer nada.

—Harás más que aguantar, disfrutarás —rió él—. Te lo garantizo.

—Estás muy seguro.

—Según tú, tengo razón para estarlo. Te gusta cómo hago el amor. Te parezco tan bueno que te preguntas cómo adquirí esa destreza —sonó arrogante pero complacido y ella no pudo evitar sonreír.

—Sí, bueno…

—¿Ves? —sonrió él, tomándose esas dos palabras como una afirmación categórica.

Ella no contestó. Él estaba quitándose la camisa y revelando su piel color bronce cubierta de sedoso vello negro y fuertes músculos y cintura estrecha. Era escultural y muy masculino. Tan delicioso que se sentía mareada. Tragó aire.

Cuando empezó a bajarse el pantalón, ella pensó que también debería hacer algo. Pero le resultaba difícil moverse, temblaba de deseo. Llevó la mano a los botones de su chaqueta de seda.

—No —dijo él—. Quiero desnudarte yo.

—Vas a torturarme, ¿verdad?

—Con placer… quizás.

—No sobreviviré.

—No pensé que fueras tan pesimista.

Ella rió, pero su risa se apagó cuando se quitó los calzoncillos y

su erección se alzó de un nido de vello rizado y oscuro. Aunque habían hecho el amor dos veces la noche anterior y otra esa mañana, se estremeció al pensar en algo tan grande dentro de ella.

—Me miras como si fuera una serpiente a punto de morder.

—Más bien un tronco de árbol erguido.

Él soltó una carcajada y su cuerpo se convulsionó.

—Eres increíble, Ellie —aún sonriendo, la miró—. Sabes que encajamos. Perfectamente.

—Sí.

—Pero pareces nerviosa.

—Lo estoy, un poco.

—Veamos qué puedo hacer al respecto —fue hacia la cama y a ella se le aceleró el corazón. Se detuvo al borde del colchón, alzó uno de sus pies y le quitó la sandalia—. ¿Sabías que hay muchos puntos de placer en los pies?

Ella negó con la cabeza. Tenía la garganta demasiado seca para hablar. Él sujetó su talón con la palma y utilizó la otra mano para masajearle el empeine, provocando una corriente de placer que le hizo gemir.

—Ahora sí —gimió, dejando caer la cabeza.

—¿Te gusta?

Contestó con un gemido, él había encontrado uno de esos puntos de placer. Le masajeó ambos pies, presionando entre los dedos y haciéndole retorcerse con sensaciones que no se parecían nada a las cosquillas. Resultaba extraño y maravilloso que un escultural griego desnudo le acariciara los pies mientras seguía vestida. Y muy erótico.

Ascendió lentamente por sus piernas buscando puntos sensibles en sus tobillos y detrás de sus rodillas. Ella gimió su nombre y se arqueó en la cama.

—Eres muy bella en tu pasión, Ellie.

—Nunca me había sentido así —jadeó.

—Me alegro.

Ella también se alegraba. De nuevo volvió a pensar en el amor, pero seguía sin saber si él sentía algo distinto de lo habitual.

—Tu piel es como satén, suave y sedosa —sus dedos temblaron al deslizarse bajo la falda—. Perfecta, Ellie mou.

Siguió masajeando hasta llegar a la parte interior de sus muslos. Nadie la había tocado nunca así, era como si cada milímetro de pie fuera tan importante como el centro de su feminidad.

Después acarició esa zona, sin introducir siquiera un dedo bajo el elástico de sus braguitas y su placer creció hasta que empezó a

emitir un suave ronroneo y abrió las piernas, invitándolo a más. Pero él volvió piernas abajo y ella soltó un quejido.

—Es hora de quitarte la falda, creo —sonrió él.

Más que deseosa, cooperó arqueándose para que él pudiera bajar la cremallera y deslizara la falda caderas abajo centímetro a centímetro. Era una falta suelta de forro sedoso que se deslizaba muy bien, pero él la desvelaba lentamente.

—Me haces sentir como si estuvieras desenvolviendo un regalo de Navidad. Pero sólo tienes uno y te tomas tu tiempo en hacerlo —susurró ella.

—Eres un regalo precioso para mí.

Esas palabras caldearon un punto muy profundo en ella que siempre había estado frío. Necesitaba ser preciada por alguien, saber que ocupaba un lugar único en el corazón y la vida de alguien. Siempre había pensado que si desaparecía de la vida de su padre, él no lo notaría. No demasiado.

Aunque no ocupara un lugar especial en el corazón de Sandor, le estaba demostrando que pretendía que lo ocupara en su vida. Era más de lo que había tenido nunca y estuvo a punto de aceptar la propuesta de matrimonio en ese momento. Pero un cierto instinto de preservación la detuvo.

Tomar una decisión como ésa mientras hacían el amor sería estúpido. Lo había hecho una vez antes y no volvería a cometer ese error.

Para cuando él acabó con la falda, estaba jadeando y dispuesta a arrancarse el resto de la ropa. Pero él sujetó sus manos cuando lo intentó.

—Aún no. Lo has prometido, pethi mou.

Ella no recordaba haber prometido nada, sólo se había dejado hacer. Pero el placer y él eran tan intensos que no se quejó.

—Muy bonitas —dijo él deslizando un dedo por el borde de las bragas bikini de encaje crema, a juego con el sujetador.

—No uso tangas —casi se disculpó ella. Pero se había puesto ese conjunto de ropa interior pensando que quizá él volviera a ocupar su cama esa noche.

—Éstas me parecen lo bastante sexys —introdujo un dedo bajo el elástico—. Pero quiero verte desnuda.

—Entonces, quítamelas.

—Aún no.

Ella hizo un mohín por segunda vez en su vida.

Él saltó sobre ella capturando su boca con una tormenta de pasión que la llevó a arquearse sobre él y frotar el triángulo de seda

contra su erección.

—Eres peligrosa, ¿lo sabías? —él interrumpió el beso, jadeando.

—Me gusta eso.

—No eres nada recatada, mi princesita de Boston.

—Mi lado salvaje sólo aparece contigo.

—Como debe ser.

—Tu arrogancia vuelve a aparecer —rió ella.

Él encogió los hombros y se situó sobre sus caderas mientras empezaba a desabrochar la prenda superior. Contempló atentamente la piel que desvelaba. Ella estiró la mano y rodeó su erección con los dedos.

—Es como satén sobre acero —dijo al sentir el increíble calor de su carne en la mano.

—A mí me parece acero —gruñó él.

Ella sonrió y lo acarició de arriba abajo.

Él gimió y ella hizo eco del sonido. Había algo muy excitante en la libertad de tocarlo así. Sentía cómo pulsaba contra sus dedos. Pero él no se detuvo en su misión.

Hizo que se sentara para quitarle la chaqueta y el sujetador. Ella se dio cuenta de que había sido mucho más rápido que con la falda. Tocarlo tenía su efecto.

Las pieles desnudas se encontraron y su calor se mezcló mientras corrientes de sensación se iniciaban en cada punto de contacto. Con un movimiento reflejo, ella apretó su miembro.

—Eres peligrosa —gruñó él.

—Ya lo has dicho.

—Es verdad.

—Creo que somos peligrosos juntos.

Él volvió a echarla sobre la cama. Ella lo miró con determinación.

—Te quiero ahora, Sandor. No más juegos.

—Esto no es un juego, pethi mou.

Y pareció muy serio cuando puso una mano sobre un seno y frotó el pezón con el pulgar. Con la otra mano sujetó su hombro contra la cama cuando ella se arqueó hacia él.

Ella gimió excitada por que la impidiera moverse. No sabía por qué, ni por qué él sentía la necesidad de hacerlo. Pero no importaba. La sensación era tan intensa que apenas podía soportarla.

Sus párpados se cerraron y se limitó a sentir. A sentir sus muslos duros sobre las caderas. Ambas manos en sus senos, acariciando sus pezones. No intentó moverse, como si hubieran llegado a un

silencioso acuerdo tácito. Él pellizcó y tironeó de sus pezones hasta que ella deseó gritar de placer.

—No pares, por favor —susurró sin abrir los ojos.

Siguió sintiendo. Sintiendo la tensión del placer crecer como una espiral. Sintiendo el calor que llameaba en su cuerpo y un deseo tan intenso que creyó que estallaría antes de que él la hiciera suya. Percibía el aroma de la excitación de ambos.

Oía sus propios jadeos y la respiración entrecortada de él, era como una música que la acariciaba y se unía al deseo que la atenazaba más y más. Él se movió y la oscuridad tras sus párpados se intensificó, como si estuviera a la sombra de su cuerpo. Después sintió su boca en la suya, devorando, jugando y volviendo a devorar.

Jugó con todos sus sentidos, llevándola al borde y haciéndola volver atrás. Repitiendo el proceso una y otra vez. Pero tenía razón, era demasiado intenso para considerarlo un juego.

Estaba empeñado en demostrarle que encajaban. Que sus cuerpos se complementaban perfectamente, o quizá que podía darle más placer que ningún otro hombre. Ella, retorciéndose bajo él, no lo dudaba.

—¡Sandor! Por favor… —no sabía qué le pedía. Si la culminación final o más placer enloquecedor.

El corazón de Sandor se contrajo al oír su nombre susurrado con tanta desesperación. Ellie era tan apasionada… Encajaba con él en todos los sentidos. Y pronto comprendería esa verdad.

—Eres perfecta para mí, pethi mou —dijo, lamiendo el hueco que había entre sus clavículas.

Ella retorció la cabeza en la almohada, pero Sandor sabía que no negaba. Estaba más allá de responder verbalmente. Y él la había llevado a ese estado.

Sintió una oleada de orgullo. No había sido virgen, pero su respuesta era demasiado abrumadora para que hubiera sentido lo mismo con otro hombre. Lo había dicho y él la creía.

En ese aspecto sabía que era el primero para ella y aunque no podía explicarlo lógicamente eso era muy importante para él. Nunca se había considerado posesivo respecto a sus compañeras, pero tampoco le había hecho el amor a ninguna mujer con la intención de compartir con ella el resto de su vida.

Se apartó de sus muslos y le quitó la última prenda que ocultaba su desnudez. No podía ni quería alargarlo más. Era hora de reclamarla. Se puso protección rápidamente.

Abría sus muslos para penetrarla cuando comprendió que

también quería ser reclamado. No servía que se limitara a aceptar el matrimonio. Quería que estuviera segura, que deseara más que su cuerpo.

Durante un instante, afloró el niño que había soportado las burlas de otros niños porque no tenía padre. Necesitaba saber que le pertenecía.

—¿Me quieres dentro de ti? —dejó de moverse, de tocarla y esperó. Mirándola.

—Sí, Sandor —los ojos verde azulado se abrieron y lo miraron, brillantes y húmedos de emoción—, sólo a ti… dentro de mí.

Él se preguntó cómo había sabido que necesitaba oír exactamente eso. Ese «sólo». El niño en él, que había decido demostrar a todos que era importante, poderoso y fuerte, sabía que Sandor necesitaba oír «sólo a ti». Ser importante para esa mujer era clave para cicatrizar las heridas que se había negado a admitir desde que se marchó de Grecia.

—Me perteneces, Ellie.

—Sí —aceptó ella mirándolo—. Sólo a ti.

La penetró, sintiendo como si fuera la primera vez, que entraba en su hogar. Ella se tensó alrededor de él y alcanzó el clímax con un grito tan primitivo como el de un animal salvaje. Él dejó que su cuerpo disfrutara del placer antes de empezar a moverse, creando y construyendo una nueva tensión con sus rítmicas embestidas.

—Sandor… no puedo… es demasiado.

—Sí puedes, Ellie —empezó a rotar la pelvis con cada embestida —. Dame el regalo de tu placer. Hazlo por mí.

Ella echó la cabeza hacia atrás, clavó los talones en el colchón y estalló al mismo tiempo que lo hacía él. Los brazos de él se quedaron sin fuerza para mantener su peso y casi se derrumbó sobre ella.

No pareció importarle, pues susurraba tonterías en su cuello, diciéndolo lo maravilloso, lo buen amante y lo perfecto que era. Incluso le dijo que era bello y, aunque no lo habría admitido en voz alta, le gustó oír esos halagos de su dulce boca.

—Tengo que ocuparme del preservativo —farfulló un rato después.

Ella asintió, sonrió y lo soltó.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no intentar atraparme.

Se preguntó si lo consideraba tan débil como para recurrir a un truco para ganar. No necesitaba trucos y, no los hubiera utilizado

en ningún caso.

Además, ella había admitido que le pertenecía.

Cuando regresó del baño ella estaba acurrucada bajo las sábanas, semiinconsciente.

—Me perteneces, Ellie —la rodeó con sus brazos.

—Sandor…

—No lo niegues —la tumbó de espaldas y la miró—. Lo admitiste cuando hicimos el amor.

Ella desvió su mirada aguamarina, después suspiró y volvió a mirarlo.

—No niego que mi cuerpo te pertenece, pero eso no implica que vaya a llevar tu anillo, Sandor.

Parecía a punto de quedarse dormida, pero aun así pensaba con la claridad suficiente para discutir. Él sintió una oleada de frustración al oírla.

—¿Qué implica entonces?

—Que dudo que acepte a otro hombre en mi cama, pero no sé si puedo pasar el resto de mi vida contigo.

Él se irguió y la miró confuso, casi con furia.

—Si no vas a entregarte a otro hombre, ¿cómo puedes rechazarme?

—No lo estoy haciendo. Por favor, créeme. Simplemente… no estoy aceptando.

—Cuestión de semántica.

—No… de verdad. Te dije que necesitaba tiempo.

—Pero después de lo que acabamos de hacer…

—Ha sido maravilloso, Sandor —puso un dedo sobre sus labios para silenciarlo—. La experiencia más especial de mi vida. Por favor, no la arruines discutiendo —sus ojos brillaron con una vulnerabilidad a la que él no podía enfrentarse.

Mordisqueó su dedo con gentileza y ella lo apartó.

—No soy yo el que discute aquí.

Se preguntó si todas las mujeres eran tan difíciles de entender o si se trataba sólo de ello. La única mujer que le había importado antes era su madre y esa relación no se parecía nada a la que tenía con Ellie.

—No estoy discutiendo —sus ojos de mar brillaron con emociones que él no podía identificar—. Tengo miedo, Sandor. No quiero que me hagan daño.

—Yo no te haré daño.

—Sí me lo harás. No puedes evitarlo —sus párpados cayeron, agotados, pero las palabras siguieron fluyendo, como si estuvieran

grabadas en su mente—. No me amas. Eso me causará dolor. Tengo que decidir si será un dolor peor que el de dejarte marchar.

—Por todos los cielos —él no creía lo que escuchaba—. No te haré daño.

—No podrás evitarlo —repitió ella con tristeza. Eso lo enfureció, no había necesidad de entristecerse.

— Dime lo que necesitas y me aseguraré de proporcionártelo — para él era así de sencillo y no comprendía que ella no lo viera claro.

—No puedes.

—Puedo hacerlo todo.

—Sé que lo crees, pero no es verdad —sus labios se curvaron con una sonrisa melancólica. No puedes darme lo más importante de todo.

—¿Qué es lo más importante?

—Tu amor.

Él se sintió como si le hubiera dado una patada en el pecho, sin saber por qué.

—Puedo darte todo lo que necesitas —sabía que era verdad—. Si quieres afecto, te lo daré. Si quieres compañía, también. No te negaré nada.

Ella cerró los ojos, pero vio la humedad en ellos y se sintió impotente, algo a lo que no estaba acostumbrado y que no le gustaba en absoluto.

—Todo menos lo que llevo toda la vida sin tener —se puso de costado, dándole la espalda—. Todo lo que me ofreces debería provenir del amor, pero me lo darás si lo pido. Hay una diferencia, aunque tú no la veas. Yo la conozco muy bien.

—Explícate —puso una mano en su hombro, intentando reconfortarle y apagar el dolor que percibía.

—Mi padre se siente responsable de mí, pero no me quiere. Lo comprendí muy pequeña. Nunca me ha querido. Todo lo ha hecho por obligación. Ahora tú me dices que harás lo mismo… me darás lo que necesite por tu responsabilidad como esposo mío —se volvió hacia él, que vio el dolor de su voz reflejado en sus ojos húmedos—. Nunca he tenido a nadie que me quisiera. Ningún pariente desde que mis abuelos murieron. Ninguna amistad de toda la vida. Vivir sin amor es muy solitario, Sandor. No quiero esa soledad en mi matrimonio.

Él no supo qué decir. Siempre había tenido el amor de su madre, y también el de su abuelo, a su manera, hasta que murió. Pero Sandor nunca había valorado el amor porque lo consideraba

causante de demasiado dolor.

Ellie decía que la carencia de él era igual de dolorosa, pero se equivocaba en lo relativo a la soledad.

—¿Te sientes sola ahora, Ellie?

Ella no contestó, pero sus ojos reflejaron soledad, en lo más profundo de su alma. Incluso después de haber hecho el amor de forma tan maravillosa. Él no lo entendía. Se sentía más conectado con ella que con ninguna otra persona, ¿cómo podía no sentirlo ella?

—No quiero pasar el resto de mi vida esperando que la gente que amo me devuelva ese amor.

—¿Estás diciendo que me amas, Ellie?

—Sí —susurró. Las lágrimas desbordaron sus ojos.

Dos días antes habría pensado que si se enamoraba sería más fácil convencerla para que se casara con él. Pero ahora sabía que eso la haría pensárselo más. Tenía miedo de sufrir. Porque él no la quería.

Sintió una opresión en el pecho que le quitó el aire. Conocía el dolor. En ese momento se sentía dolido. Por ella, pero también por sí mismo.

Su inseguridad abría sus antiguas heridas. Recuerdos que aún lo asaltaban. Toda su infancia había sido rechazado por ser el hijo bastardo de una griega y de su amante americano. A pesar de ser él mejor en deportes y estudios, sus compañeros e incluso sus profesores lo habían considerado inferior por no llevar el apellido de su padre.

Nunca había conseguido sentirse plenamente aceptado, ni siquiera por su abuelo. Y no podía forzar a Ellie a aceptarlo, ni siquiera quería hacer el esfuerzo. Necesitaba tomar la decisión por sí misma.

Se preguntó si su amor sería como el de su abuelo: atemperado por expectativas y necesidades que Sandor tenía pocas posibilidades de satisfacer. O si sería como el de su madre, incondicional y abierto a aceptarlo tal y como era. Tenía la consciencia suficiente para saber que aunque no necesitaba su amor, si lo tenía, quería que estuviera teñido de aceptación.

No dijo nada. No tenía palabras y no quería herirla aún más. No podía decirle que la amaba y le parecía erróneo agradecerle algo que no estaba seguro de que no fuera a herirlo, como solía hacer el amor.

En vez de hablar, la besó. Besos suaves y amables que duraron hasta que ella dejó de llorar y se dejó vencer por el sueño,

rodeándolo con sus brazos y con la cabeza apoyada en su hombro.

Capítulo 7

Ellie estaba sentada en la playa, mirando el océano mientras el sol se ponía a su espalda. Estaba cansada del vuelo y del viaje en coche desde Barcelona al pequeño pueblo costero que tenía su propio castillo y una playa de piedras, perfecta para tomar el sol.

Ya no había gente allí, todos disfrutaban de la vida nocturna del pueblo. Era extraño estar totalmente sola, no recordaba la última vez que había ido a algún sitio sin ser seguida por sus vigilantes.

Esa mañana se había despertado entre los cálidos brazos de Sandor. Acurrucada contra él y con los ojos cerrados, podía simular que la quería. Cuando él se había despertado, le había hecho el amor… y se había marchado tras decirle que tenía el fin de semana para pensarlo.

Era típico de él poner un límite de tiempo, pero en realidad la asombró que le concediera unos días sin discutir. No acababa de encajar con su carácter.

O tal vez sí. No sabía hasta qué punto lo conocía. Lo amaba, pero eso no implicaba que conociera cómo funcionaba su mente. Su padre nunca le habría dado tiempo a un contrincante para reagruparse. Sandor ni siquiera le había dicho que no tenía nada que temer, sino que esperaba que se diera cuenta ella sola.

—O me aceptas por lo que soy y lo que soy capaz de darte, o no —le había dicho en la puerta, con las manos en su rostro—. Te darás cuenta de que no tienes nada que temer de mí, o dejarás que tus miedos controlen tu futuro. La elección es tuya —la había besado y se había ido.

Ella dudaba que llegaría a la conclusión de que no tenía nada que temer, pero empezaba a darse cuenta de que una vida sin él sería mucho más árida que una vida con él y sin su amor. Aunque parte de su corazón sangraba por la eterna indiferencia de su padre, la parte que amaba a Sandor y creía en las posibilidades de la vida, le decía que la batalla era vivir y que era mejor luchar por el amor que en su contra.

Sandor era cuanto habría deseado en un amante, y mucho más. Amaba… a su madre. Era cariñoso… con ella. Era justo y honorable. Y fantástico. La había impactado muchísimo oírlo decir que nunca podría mentirle a su madre.

Las ideas sobre la integridad de su abuelo habían echado raíces muy profundas en Sandor Christofides y eso la impresionaba muchísimo.

A su padre no le costaba mentirle si creía que era por su bien. Pero él no la quería. Quizá nunca había querido a nadie. Tenía la

sensación de que perder a su esposa cuando Ellie nació le había destrozado el corazón. Pero tal vez se equivocaba. No podía saberlo.

Todos sus abuelos habían muerto para cuando ella tuvo seis años. Lo cierto era que la noche anterior no le había dicho a Sandor la verdad. Sí había sido amada una vez; aún recordaba los cálidos brazos de su abuela materna, cuando era muy pequeña. Y la sonrisa de su abuelo, mirándola como si fuera el sol de su vida. Pero hacía tanto tiempo de eso que lo había olvidado.

Sí recordaba la calidez que sentía cuando estaba con Hera. La mujer griega le hacía preguntarse cómo había sido tener una madre. Y parte de ella anhelaba casarse con Sandor porque sabía que su madre se convertiría en la suya y la amaría de verdad. Sandor, se negaba a aceptar ese sentimiento sin darse cuenta de lo afortunado que era por haber tenido no una, sino dos, personas que lo habían amado en su vida.

Ella lo amaba, pero no sabía si lo bastante como para entregarse al sentimiento libremente, sin esperar lo mismo a cambio. Si era incapaz de eso, quizá su matrimonio no funcionaría. No sabía si era lo bastante fuerte para no amargarse ante un amor no correspondido. Y si no lo era, quizá su amor no era real.

La respuesta a muchas de sus preguntas residía en cómo reaccionaba ante su padre. Escrutó su interior y sintió cierta paz. Porque aunque se sentía frustrada con su padre y a veces su falta de amor le dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir, nunca, nunca jamás lo había odiado. Nunca lo odiaría.

Aunque se parecían mucho, Sandor no era una copia de su padre. Le prestaba mucha más atención que él. Y en cuanto a relaciones familiares, su madre era una prioridad para él. Eso era importante porque Ellie no estaba dispuesta a criar a sus hijos sola. Tenía la sensación de que Sandor desearía ser un padre presente para sus hijos. Porque el suyo había faltado.

Se preguntó qué pensaría al comprender que ella se había dado más de un fin de semana para tomar una decisión. Había pedido una semana de vacaciones en el trabajo. había engañado a sus guardaespaldas y había volado a Barcelona. No había tenido ningún destino en mente; había tomado el primer vuelo internacional disponible.

Una vez en Barcelona se había montado en el primer autobús con un asiento libre y así había llegado al pequeño pueblo costero. Era la primera vez que hacía un viaje en autobús y le había gustado.

Había elegido un hotel antiguo, de los que aún tenían ventiladores de techo en vez de aire acondicionado. Era una

habitación pequeña, pero limpia y con un encanto que no solía encontrar en los elegantes hoteles que frecuentaba. Le gustaba.

Igual que estar sentada en la playa como si fuera cualquiera, no la hija de un magnate. Pero eso no podía durar. Antes o después tendría que volver.

Había huido de Boston. De Sandor. De sus propios sentimientos. De su decisión, a su pesar, ya inevitable. Sobre todo desde que había permitido a Sandor poseer su cuerpo. Él tenía razón. Una vez se hubo entregado a él, no había opción.

No podía pensar en un futuro sin él. Por estupidez o valentía, se había arriesgado… y rendido.

Sabía que el sexo no significaba lo mismo para los hombres que para las mujeres. Independientemente de su doloroso pasado, los medios de comunicación clamaban esa realidad. Saberlo no la había salvado. Si sólo hubiera sido su cuerpo lo que entraba en juego, habría dado igual. Pero una vez que se involucró su corazón, perdió la partida.

Iba a casarse con Sandor. La alternativa… una vida sin él y sin el amor de madre que le otorgaría Hera era impensable.

Su corazón latió esperanzado cuando aceptó la decisión. Sandor no era su padre. Amaba a su madre y eso significaba que conocía el sentimiento. Tenía miedo del amor, igual que ella temía el vacío de una vida sin él. Le enseñaría que el amor no siempre era doloroso, sino que podía ser una gran bendición. Lo había visto en la vida de otras personas y sabía que sería igual para ella cuando lo obtuviera.

Ambos podían justificar sus miedos, pero él podía aprender algo nuevo y estaba dispuesta a arriesgarse.

Dudaba que él tuviera menos coraje que ella.

Ellie pasó el resto de la semana en España, echando de menos a Sandor, pero disfrutando de su libertad. El equipo de seguridad no encontró su paradero hasta el jueves. Regresó a Barcelona en un coche con chófer y voló a casa el viernes, en primera clase.

—Christofides al habla —dijo Sandor, contestando al móvil.

—Sandor, soy Hawk.

—¿La has encontrado?

—Sí.

—¿Dónde? —preguntó, inquieto por algo que notó en la voz de su interlocutor.

—Está en España.

—Dijo que necesitaba tiempo para pensar. Por lo visto también necesitaba distancia.

—Y otras cosas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Mira tu máquina de fax.

Sandor se puso en pie de un salto y fue hacia la máquina. Había dos hojas en la bandeja. La primera tenía el logo de la empresa de Hawk.

La segunda era una foto de un periódico sensacionalista. Obviamente no una portada, sino un artículo de relleno. Mostraba a Ellie vestida mucho más provocativamente que de costumbre. Estaba con un atractivo hombre moreno junto a una mesa de casino. El hombre tenía un brazo sobre sus hombros y su mirada era posesiva. Sandor se quedó sin aire.

—Vuelve al ordenador. Te he enviado más fotos en un archivo encriptado.

Hawk debía haber adivinado que ya había visto la hoja que proclamaba que un conocido playboy tenía un nuevo juguete, una mujer «misteriosa». Evidentemente, desconocían la identidad de Ellie. Considerando que ella evitaba todo tipo de publicidad, no era extraño. Y si el playboy era tan rico como parecía, su nombre no saldría a la luz.

Sandor comprobó que tenía un correo electrónico de Hawk. Utilizó la contraseña que habían convenido y una foto apareció en pantalla. Ellie y el hombre besándose en la playa. Avanzó por la página y vio fotos cada vez más incriminatorias. La última había sido tomada a través de una ventana, y la pareja estaba en la cama… ambos desnudos.

—Destruye los originales —ladró.

—Eso está hecho.

—Gracias, Hawk.

—Lo siento, Sandor.

Sandor asintió y colgó él teléfono, comprendiendo de repente que Hawk no había visto el movimiento. El dolor de la traición lo taladró mientras intentaba aceptar la evidencia que tenía ante sí. Ellie se había acostado con otro hombre.

Masculló una fea palabrota en griego.

Había creído que era una mujer íntegra. La había creído cuando le dijo que lo amaba. Se preguntó si había decidido tener una última aventura antes del matrimonio. No podía aceptar eso. No quería casarse con una mujer infiel.

Pensó que el dolor que sentía provenía de su decepción. No tenía que ver con un corazón lacerado. Hacía tiempo que su corazón no sangraba.

George Wenlworth lo llamó una hora después.

—El equipo de seguridad la ha localizado.

—¿En España? —no sabía por qué lo preguntaba cuando tenía la evidencia antes sus narices.

—Sí. Hoy vuela de vuelta a casa.

—Gracias.

—Entonces, ¿sigue en pie lo de la fusión?

—Lo discutiremos después de que haya hablado con Ellie —no sabía por qué le parecía importante decirle a ella que su relación había acabado antes de decírselo a su padre.

Sandor permitió que George creyera que todo iba bien y colgó. Hablarían el lunes, pero no sería de la fusión completa de empresas que dependía del matrimonio entre Ellie y Sandor.

Ellie llamó a Sandor cuando llegó a su piso el viernes por la noche. Era tarde y estaba cansada, pero en paz con su decisión.

Él contestó su llamada con un largo silencio. Pensó que quizá había falta de cobertura.

—¿Sandor? —repitió, preguntándose si la oía.

—Estoy aquí.

—Me gustaría verte.

—Mañana.

—De acuerdo. ¿Quieres venir aquí?

—Sí, eso haré. Después del desayuno.

—Fantástico —ella pensó que quizá podrían pasar el día juntos. Lo había echado de menos.

Al día siguiente se levantó temprano. No sabía cuándo llegaría Sandor, pero estuvo lista a las siete y media. Él no llegó hasta las nueve.

Cuando le abrió la puerta, no sonrió ni la besó.

Ella no fue reticente. Quería que su relación fuera afectuosa. No tenía mucha experiencia, pero ambos podían aprender. Se puso de puntillas y lo besó.

—Te he echado de menos —le dijo.

—¿Ah, sí?

—Estás enfadado porque he estado fuera una semana —ella dio un paso atrás y se mordió el labio.

—Podría decirse eso —contestó, frío y distante.

Tuvo la impresión de que sus ojos la miraban con desagrado. Le pareció que eso sería una reacción demasiado fuerte a su leve brote de independencia.

—¿Estás enfadado porque decidí tomarme más días para llegar a una decisión? —le preguntó, guiándolo hacia la sala de estar. Se sentó en el sofá amarillo. Él eligió el sillón más distante de donde

estaba ella.

—¿Has tomado una decisión?

—Sí, y más vale que te acostumbres a que no me gusta que me den órdenes —intentó sonreír—. Nuestra vida será más fácil si aceptas eso. Tampoco me gusta nada que me trates con frialdad.

—Entonces, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí.

—Interesante. Tengo que preguntarme por qué.

La seguridad que la envolvía empezó a desvanecerse. No entendía el rumbo de la conversación.

—No habrás cambiado de opinión sólo porque he estado fuera una semana, ¿verdad?

—No, no he cambiado de opinión por eso.

—Me alegro.

—Sin embargo, otras cosas han salido a la luz —la miró casi con desprecio.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué otras cosas?

—No eras virgen cuando hicimos el amor.

—Te dije que no lo era.

—Pero no me di cuenta que eso implicaba una carencia más profunda en tu personalidad.

—¿Consideras que no fuera virgen una carencia? —preguntó ella con cautela.

Él se limitó a mirarla.

—Entonces, ¿debería yo pensar lo mismo de ti?

—Yo, al menos, entiendo el significado de la fidelidad a una pareja.

—¿Estás diciendo que yo no? —preguntó, incrédula. No entendía la conversación—. Porque hubo alguien antes que tú, ¿has decidido que no puedo ser fiel? No me lo puedo creer.

—No.

—Entonces, ¿qué estas diciendo?

—Que has sido muy lista escondiendo tu verdadera naturaleza, de tu padre, de mí y de mi detective. Al menos al principio. Está claro que se te da muy bien llevar una doble vida. Debería inclinarme ante ti. Ha debido ser difícil engañarnos a todos, pero lo hiciste.

—Sandor no sé de qué hablas. No te he ocultado nada —no le había contado los detalles de su única relación anterior, pero eso no podía considerarse una ocultación de su verdadera naturaleza.

—Al contrario, me has engañado muy bien. Mirando hacia atrás, veo las pistas que antes estaba demasiado cegado para notar.

—¿Qué pistas?

—Los preservativos. Si eras tan inocente, ¿por qué tenías una caja en tu mesilla?

—Supuse que antes o después querrías hacer el amor, y no quería arriesgarme a un embarazo.

—Es una excusa muy apropiada, pero no realista. Hasta la semana pasada ni siquiera había intentado llevarte a la cama.

—Lo sé, pero…

—No quiero discutir más contigo —cortó el aire con la mano.

—¿Qué es lo que quieres? —se sentía helada por dentro. Pero al mismo tiempo sentía dolor; el frío le calaba hasta los huesos.

—Decir lo que queda por decir y marcharme.

—Entonces, dilo —exigió ella, gélida.

—Tu padre quiere un heredero para su negocio —dijo él, tras titubear un instante—. Tú te negabas a serlo, así que buscó otro. Me encontró a mí.

—¿Qué? —ella sintió que espadas de hielo le taladraban el corazón. Había más, lo sabía.

—Me ofreció una dote imposible de rechazar. La mi tad de su empresa si me casaba contigo y un testamento dejando la otra mitad a nuestros hijos.

Ella movió la cabeza, negando la culpabilidad de su padre y de Sandor. Pensar que podían considerarla un objeto de trueque era demasiado duro. No significaba nada para ellos.

—Sí. Sin embargo, la mitad de la empresa de tu padre no hará que me case con una mujer que se acuesta con otro cuando las sábanas ni siquiera se han enfriado tras estar conmigo. Una mujer que estaba considerando mi propuesta de matrimonio.

Las palabras empezaron a tomar forma en la mente de Ellie. Primero, Sandor pensaba que se había acostado con otro mientras estaba fuera. Segundo, había hecho un trato de negocios con su padre y ella nunca se habría enterado si él no creyera lo primero.

—¿Crees que porque me fui del país y burlé al sistema de seguridad durante unos días, me acosté con otro hombre? —preguntó, asombrada de eso y de no haber sido más que un peón en el juego de los dos hombres a los que más quería en su vida.

Estaba acostumbrada a la indiferencia de su padre, no a esa brutalidad. Había esperado mucho más de Sandor. Era una idiota.

—No hago esos juicios sin tener datos.

—¿Insinúas que alguien dice que te he engañado?

—En cierto modo.

—Explícate —exigió ella, tan helada por dentro que un golpe la

habría roto en mil pedazos.

Él dejó un sobre marrón sobre la mesa. Ella lo recogió y sacó varias hojas de papel. La primera tenía el membrete de una agencia de detectives. Debajo había un artículo de revista del corazón. Una mujer y un hombre junto a una ruleta. La mujer se parecía tanto a ella que podría ser su hermana.

Pero era más delgada, por lo menos cinco kilos. Tenía las cejas depiladas y muy finas, a la moda, mientras que Ellie apenas tocaba las suyas. Llevaba un modelo muy revelador y tenía la pose de una modelo de portada, o una actriz.

Ellie siempre parecía tensa en fotos como ésa. No le gustaba que la fotografiaran. El fax era en blanco y negro y no se veía el color de los ojos de la mujer ni del pelo de su acompañante.

Pasó a la siguiente página y una de sus preguntas tuvo respuesta. Era una foto a color de la misma pareja, besándose en la playa. El hombre era de pelo castaño. Ella llevaba un bikini y un sarong. Estaba tan delgada que se le marcaban las costillas.

Mientras miraba las fotos se dio cuenta de que la mujer tenía los ojos del mismo color que ella. Se parecía más que una hermana. Si no fuera por el peso y otros detalles físicos, habría sido su doble.

La última foto era de las dos personas en la cama. Se quedó atónita. Ellie reconoció en el rostro de la mujer la misma mirada vulnerable que tenía ella después de hacer el amor con Sandor y supo que esa mujer era su hermana. Intentó convencerse de que su doble no era más que eso… una desconocida que compartía con ella suficiente material genético de un pasado remoto para parecer su gemela, aunque no las uniera ningún parentesco.

Pero su instinto le gritaba que era más. Algo primitivo de su alma sabía que esa mujer era su gemela.

Su padre le había dicho que su madre había muerto tras dar a luz. Nunca había mencionado a otro bebé. Su padre le había mentido. No sabía cómo su gemela y ella habían sido separadas, pero daba igual.

Sólo sabía que en el mundo había un ser humano que la habría querido, porque las hermanas se querían. Y el sentimiento habría sido recíproco.

—Sal de aquí —le dijo a Sandor.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme?

—No.

Él parecía tener la esperanza de que pudiera explicar las fotos, pero debía ser un truco de la luz. Le daba igual. Había querido casarse con ella para ampliar su negocio… Hasta su madre había

sido más perceptiva que ella. Sandor nunca tenía bastante y su empresa siempre sería lo primero. Era como su padre.

—Creo que eres despreciable.

—¿Qué acabas de decirme? —preguntó, atónito.

—Me mentiste. Dijiste que me deseabas, pero sólo te interesaba la empresa de mi padre.

—¿Vas usar eso para justificar tu comportamiento?

—No. No necesito justificar mi comportamiento y el tuyo es imperdonable. Sal de mi piso, Sandor, y no vuelvas. Nunca.

—Ellie… —él no se movió.

—Calla y vete —tenía demasiado en la cabeza. Demasiado dolor y demasiadas sorpresas. La aterrorizaba llevar toda la vida viviendo una gran mentira.

—Al menos dime por qué fuiste a él. ¿Era un antiguo amante? ¿Era tu despedida?

—No te debo ninguna explicación.

—Volviste a casa dispuesta a casarte conmigo.

—Sí, como una estúpida.

—Ellie, ayúdame a entender.

Ella lo miró. Parecía pedirlo de corazón, pero no tenía corazón. Sólo le importaba su empresa, no ella. El trato con su padre y el que no se lo hubiera contado lo demostraban sin duda posible.

—Dijiste que a tu madre no le ocultarías la verdad.

—No es lo mismo.

—Obviamente. A ella la quieres y yo no soy más que un peón que mi padre y tú habéis utilizado en vuestro juego. Podría odiarte, Sandor, en serio.

—Una de las cosas que más me intrigó de ti era cuánto teníamos en común —soltó una risa áspera—. Incluso en esto. Yo también podría odiarte, Ellie.

—Vete, Sandor —las lágrimas le quemaban los ojos, pero no las dejaría caer en su presencia—. No quiero que estés aquí. Nunca más.

Él se puso en pie. El súbito destello de dolor de sus ojos se convirtió en una mirada glacial.

—Ni yo quiero estarlo. Cometimos un error al pensar que podíamos confiar el uno en el otro.

—Sí — a ella se le cascó la voz. Sandor se detuvo.

Pero luego cuadró los hombros y se marchó.

Capítulo 8

Ellie deseó gritar de dolor. Se había sentido así una vez y se había prometido no permitir que volvieran a utilizarla. Había fallado y eso dolía. Dolía tanto que no sabía si podría contener el dolor como la última vez. Era demasiado intenso.

Pero el amor que sentía por Sandor era mucho más intenso que el que había sentido a los diecinueve años, la sensación no era comparable. Era como si una banda de acero le rodeara el pecho y la estrujara.

No podía soportarlo. Pero no había nadie que pudiera ayudarla… Nadie que limara la devastadora intensidad de su dolor.

Miró las fotos que había sobre la mesa. Tenía que descubrir la verdad. Agarró la primera página y fue hacia el teléfono. Parpadeando para librarse de las lágrimas leyó el número de teléfono de la agencia. Tenían sucursales por todo el mundo, pero el fax provenía de la de Nueva York. Temblorosa, marcó.

El remitente, alguien llamado Hawk, no estaba en la oficina. Dejó su nombre y el número del móvil y de su casa en el contestador, pidiendo que la llamara inmediatamente porque era una emergencia.

Para ella, lo era.

No iba a permitirse pensar en la traición de Sandor. Había oído decir que era imposible morir de un corazón roto, pero le costaba creerlo. Tenía que contener su herida, impedir que creciera, enterrarla con el dolor de otros rechazos sufridos en su vida.

La desesperación la atenazó. Agarró las fotos y fue al ordenador, dispuesta a investigar cuanto hiciera falta. Cualquier cosa para ocupar su cerebro con algo que no fuera su corazón sangrante.

Empezó con el artículo. Hawk daba el nombre de la publicación y el número de página. La encontró en Internet. Era una revista española, pero como hablaba la lengua con fluidez, no fue problema.

Lo malo era que no había información adicional. El nombre del hombre ya aparecía en el recorte. Ellie lo buscó en Internet y encontró varios artículos más sobre él. Pero eso sólo la deprimió.

Por lo visto su hermana y ella compartían el mal gusto en los hombres, porque el tipo había sido fotografiado con otra media docena de mujeres ese año, sólo Dios sabía con cuántas más había salido. Y no encontró ningún artículo de seguimiento sobre su gemela, la mujer misteriosa.

Decidió que había llegado el momento de ir a la fuente original. En su trabajo con desempleados había aprendido cómo investigar

los antecedentes de una persona para conseguir la documentación suficiente para proporcionarle educación adicional. Empezó por buscar su partida de nacimiento para después ver si había tenido alguna hermana.

Después de cuarenta y cinco minutos se detuvo, tan atónita que apenas podía enfocar los ojos para leer la pantalla. Tenía una gemela y, en el registro, no constaban datos de su fallecimiento.

Llamó a una amiga. La mujer había sido cliente de Ellie y, gracias a un curso nocturno, había conseguido su puesto como bibliotecaria en un pequeño pueblo al oeste de Boston. Le pidió que buscara artículos de publicaciones en los que apareciera el nombre de su familia, en la época de su nacimiento.

Dos horas después, su amiga la llamó con una noticia que hizo que el mundo de Ellie se tambaleara.

A Ellie no la sorprendió encontrar a su padre en la oficina un sábado por la tarde, pero a él sí que fuera a verlo. Se levantó y esbozó una sonrisa de bienvenida.

— Eleanor, ¿qué haces aquí?

—He venido a preguntarte por qué me mentiste.

—¿ Mentirte? —estrechó los ojos azul pálido — . ¿ Sobre qué?

—¿Qué pasa? ¿Las mentiras son tantas que no sabes cuál puede haberme enfadado? —escupió ella.

—Le dije a Sandor que no mencionara lo de la fusión. Sabía que no te gustaría nada.

—Me importa poco el pacto empresarial entre dos tiburones como vosotros.

—¿No te importa? Entonces, ¿vas a casarte con él de todas formas?

—¡Nunca!

—Pensé… —George Wentworth se encogió, pareciendo mucho mayor que sus cincuenta y cuatro años.

—Pensaras lo que pensaras, te equivocas. Pero no estoy aquí para hablar de Sandor, ni del desastre que he evitado al no casarme con él.

—¿No?

—Estoy aquí para hablar de ella —Ellie lanzó una foto en la mesa. Era una en la que era difícil reconocer al amante de su hermana.

Ellie no dudaba que su padre había buscado a su hermana, pero el que se hubiera rendido y hubiera archivado a su hija con otros asuntos no resueltos, la urgía a no ponérselo fácil. Ella era muy capaz de encontrarla sola, o al menos de contratar una agencia de

detectives tan buena como la que contrataría él.

Su padre miró la foto y adquirió un tono grisáceo.

—¿De dónde has sacado esto?

—Pregúntaselo a Sandor.

—¿Qué tiene Sandor que ver con esto?

—Cree que lo engañé.

—Pero yo le dije que estabas en España.

—¿Ah, sí? Hay leyes contra el acoso en este estado. Retira tu equipo de vigilancia o te denunciaré.

—Maldición, Eleanor, sabes que no puedo hacer eso. No es seguro.

—¿Igual que ella no estuvo segura?

—No pude hacer nada cuando desapareció —palideció aún más —. No había pistas que seguir.

—Te rendiste.

—Era la única manera de mantener la cordura —tragó saliva con dificultad—. ¿Cómo lo descubriste?

—No por ti, eso desde luego.

Él dio un respingo, pero no dijo nada.

—Hice una búsqueda de noticias cercanas a mi fecha de nacimiento. El secuestro salió en los periódicos.

—Para cuando se publicó, no había esperanza.

—¿Por qué no me hablaste de ella? Tenía derecho a saberlo.

—¿De qué habría servido? Cuando tuviste edad para entenderlo, sabía que no volveríamos a verla. Contártelo sólo te habría hecho daño.

—¿Desde cuándo te importa hacerme daño? No me contaste lo de mi hermana porque no querías que te pidiese que la buscaras. Sabes que habría insistido, soy muy testaruda respecto a la gente a la que quiero.

—No podía soportarlo. Me dolía demasiado —admitió él con voz atormentada.

—¿Qué te dolía? ¿Abandonar a tu hija como si fuera un mal negocio?

—No la abandoné. No había pistas —casi gritó él, poniéndose en pie.

—¿Quién ha dicho que me refería a ella? —Ellie giró sobre los talones y salió del despacho.

Él la llamó, pero ella ignoró la súplica que oyó en su voz, igual que él había ignorado sus súplicas de afecto durante veinticuatro años.

Cuando llegó a casa tenía un mensaje en el contestador. De

Hawk. Lo llamó de inmediato, irritada de nuevo por la ineptitud de los hombres.

—Dije que se trataba de una emergencia —espetó sin identificarse, cuando él contestó la llamada.

—¿Señorita Wentworth ?

— Sí.

—Sólo hace cinco horas que llamó.

—Una emergencia implica que hace falta una reacción inmediata, señor Hawk. Me sorprende que sus clientes toleren su dejadez.

—Usted no es cliente mía.

—Aun así…

—Admito que preferiría no tener esta conversación —soltó un suspiro—. Pero el fin de una relación debida a información proporcionada por mí no se encuentra en mi lista de prioridades de urgencia.

—Debería serlo cuando la información es errónea.

—Por favor, señorita Wentworth. He oído lo mismo muchas veces. Suplicar, llorar y chantajear no conseguirán resultados. Nadie me convencerá de que llame a mi cliente y diga que he cometido un error. No hay ningún error.

—¿Está seguro de eso?

—Totalmente.

—No me interesa que llame a la traicionera rata que lo contrató —dijo ella, molesta por su arrogancia.

—¿Qué quiere entonces? —preguntó él, escéptico.

—Quiero saber quién sacó esas fotos y dónde.

—No puedo contestar a esa pregunta. Mis detectives son muy discretos. Es lógico que no se diera cuenta de que uno la seguía.

—No me interesa desde dónde se sacaron las fotos, sino en qué lugar, geográficamente hablando.

—Estaba en España —contestó Hawk, con tono de estar siguiéndole la corriente.

—¿España? —exclamó ella, incrédula.

El artículo había aparecido en una revista española, pero había supuesto que era porque el playboy con el que salía su hermana era español y miembro de una renombrada y rica familia. Pero el artículo no mencionaba dónde se había tomado la foto.

—Eso ya lo sabía usted.

—No, señor Hawk, no lo sabía —se sintió fatal. Había estado en el mismo país, quizá incluso en la misma costa que su hermana—. ¿En qué ciudad?

—¿Es necesario este juego?

—Conteste a mis preguntas y lo dejaré en paz.

—Las fotos se tomaron en Barcelona y alrededores.

—Si me hubiera quedado en la ciudad, podría haberla visto —casi gimió ella. Se preguntó por qué había tomado el autobús que la llevó al pequeño pueblo costero. El dolor la traspasó—. ¿Siguieron a la pareja a algún sitio más?

—No. Mi cliente me pidió que suspendiera la vigilancia, así que retiré al detective.

Ella se dijo que al menos tenía un punto de partida. Y el nombre del playboy.

— Señor Hawk, ¿podría recomendarme una agencia de detectives que me ayude a encontrar a alguien?

—¿Me está pidiendo una recomendación?

—Sí —casi rió al escuchar su tono incrédulo—. Sandor lo utilizó a usted, así que debe ser el mejor. Debería poder informarme de a quién puedo utilizar si usted no es una opción.

—¿A quién quiere encontrar, señorita Wentworth?

—A la pareja que aparece en las fotos que sacó. Específicamente, a la mujer.

—Ninguna agencia que yo recomiende se inventará a una segunda mujer para sacarla del apuro.

—No estoy en ningún apuro. De hecho, gracias a usted… me he librado de lo peor. Así que tengo dos cosas que agradecerle señor Hawk.

— Llámame Hawk —gruñó él—. ¿Qué dos cosas?

—Si no te hubieras equivocado, Sandor nunca me habría contado que tenía un trato de negocios con mi padre y que iban a usarme como carta de cambio. Me habría casado con él. Ésa es la primera. Y porque conseguiste esas fotos ahora sé que tengo una hermana y dónde empezar a buscarla. Si no estuvieras en Nueva York y no estuviera segura de que todos los hombres son un desperdicio genético, hasta sentiría la tentación de besarte.

Sandor miró las fotos de Ellie y el otro hombre. Cuando las había recibido, sólo había echado un vistazo para asimilar lo que veía y después se había negado a estudiarlas. Había pretendido borrar las fotos del ordenador después de imprimirlas, pero no lo había hecho.

Había ido a decirle a Ellie que todo había terminado. Y en ese momento miraba las fotos como un perro apaleado, estudiando cada detalle. Ellie parecía mucho más delgada, y no debería. Supuestamente la cámara añadía kilos. Y tenía las cejas distintas.

Intentó recordar cómo estaba cuando la había visto. No le había parecido distinta. Pero había estado muy afectado.

No le gustaba admitirlo, igual que odiaba no poder dejar de mirar las fotos de su mujer con otro hombre. Era su mujer, Ellie le pertenecía. Pero si se había acostado con otro no era suya. Tal y como habían quedado las cosas cuando lo echó de su casa, no era suya. Él había estado de acuerdo.

Había sido su orgullo lo que le había hecho marcharse en vez de exigirle explicaciones que ella no parecía dispuesta a dar. Aunque ninguna explicación bastaría. Se daba asco por siquiera querer saber. Por querer entender lo ocurrido.

Pero no podía olvidar que ella había vuelto dispuesta a casarse con él. ¿Por qué? No tenía sentido que hubiera buscado sexo con otro hombre si quería casarse. No era por dinero, ni por su posición social. Eso a Ellie no le importaba, o eso había creído.

También la había creído incapaz de serle infiel.

No estaban casados, pero cuando ella lo había admitido en su cuerpo, se había convertido en suya. Arrugó una de las fotos; pensar en ella con otro hombre lo atormentaba en sentidos que se negaba a admitir. No debería sentirse así. Si ella quería a otro tenía que aceptarlo igual que aceptaba un negocio fallido.

Sin embargo, su relación no era un trato de negocios. Era mucho más, y se lo había dicho.

Volvió a mirar las fotos. Su instinto le decía que algo fallaba. Supuso que simplemente no quería ver a su mujer con otro hombre. Pero el cuerpo de Ellie, sobre todo en la foto de la playa, parecía distinto. Sonó el teléfono.

—Christofides —contestó.

—Sandor, soy Hawk.

— ¿Sí?

—Acabo de recibir una extraña llamada de tu prometida.

—No estamos comprometidos —decirlo en voz alta le hizo sentirse vacío.

—Eso dijo ella.

—¿Estaba enfadada contigo?

—No. Me dio las gracias.

—¿Eso no te pareció raro? —a él se lo parecía. No se imaginaba a Ellie agradeciéndole a Hawk haber expuesto su aventura con el playboy español.

—No cuando se explicó. Parece pensar que su padre y tú la habéis utilizado de mala manera.

Sandor emitió un sonido indiferente que sabía que Hawk

entendería sin más.

—Me pidió que le recomendara una agencia de detectives para ayudarla a encontrar a alguien.

—¿A quién?

—A la mujer de la foto.

—¿Alega que no es ella? —Sandor se quedó helado.

—Sí.

—¿Y quiere que encuentres a la otra mujer?

—Al principio, no. Me pidió que le recomendara a alguien. Pero si la mujer de las fotos no es tu prometida, mi detective cometió un error. Eso sería culpa de mi agencia. No me gustan los errores, Sandor.

—Lo sé. Por eso sólo os contrato a vosotros —hizo una pausa—. ¿Vas a buscar a la mujer?

—Sí, pero quería tener la cortesía de avisarte.

—Te lo agradezco.

—¿Sandor?

—¿Sí?

—Lo siento.

Sandor sabía que al otro hombre le costaba decirlo. Tanto Hawk como él odiaban equivocarse y tener que admitirlo. Pero las palabras significaban más. Hawk no le pediría disculpas si no estuviera convencido de que Ellie decía la verdad. Si la creía, ella había demostrado que no era la mujer de las fotos.

Sintió un alivio tan intenso que casi perdió la voz.

—¿Quién dice Ellie que es la mujer?

—Su hermana gemela, secuestrada en el hospital pocas horas después de su nacimiento. No había pistas y la bebé se esfumó. Nunca se pidió recompensa.

Sandor tardó varios segundos en asimilar esa información, tan inesperada.

—No sabía que Ellie tenía una hermana.

—Ella tampoco.

—¿Su padre no se lo dijo?

—No. Y me parece que ahora mismo él está en su lista negra.

—Junto conmigo.

—Eso me temo.

Sandor maldijo, pero aun así se sintió mucho más ligero. Ellie no había compartido la cama con otro hombre. Era suya.

—¿Cómo lo descubrió?

—Sabía que ella no era la mujer de las fotos.

—¿Y dedujo que tenía una gemela?

—No. Intentó convencerse de que era una especie de doble, pero como su instinto le decía lo contrario investigó su partida de nacimiento.

—¿Y descubrió que había nacido otro bebé?

—Sí. He comprobado los registros y los artículos de periódico sobre el secuestro, y también que la señorita Wentworth estaba alojada en un pequeño hotel en un pueblecito costero al sur de Barcelona cuando mi agente seguía a su gemela y a Menéndez.

—Entiendo. ¿Qué probabilidades había de que las dos estuvieran en España al mismo tiempo?

—Muy escasas; pero en este trabajo uno aprende a aceptar que esas cosas ocurren. Más de lo que la gente cree.

—Yo lo creo.

—A ella le dolió mucho.

—¿A Ellie? ¿Qué le dolió?

—Estar tan cerca de su hermana desconocida y no haberse encontrado con ella.

—No dudo que está dolida por muchas cosas.

El silencio de Hawk confirmó su opinión.

—¿Has hablado ya con Wentworth? —preguntó Sandor.

—Es la siguiente llamada de mi lista.

—Tenme al tanto de lo que descubras.

—No puedo. Te he llamado por cortesía, pero en este caso mi cliente es Eleanor Wentworth.

—Entendido.

Sandor marcó el numero de Ellie. No le sorprendió que no contestara. Su teléfono tenía identificador de llamadas. Lo intentó tres veces más hasta decir que su mejor alternativa era hacer lo que habían acordado que no volvería a suceder… ir a su casa.

Él había cambiado de opinión, pero dudaba que fuera el caso de ella. No iba a ser fácil. Le había dicho que no quería volver a verlo, y muy en serio.

Iba a su piso cuando sonó su móvil. Era Hawk.

— ¿Qué ocurre? —preguntó sin más preámbulo.

—Llamé a George Wentworth y descubrí que lo han llevado al hospital privado más cercano. Lo encontraron en el suelo de su despacho hace dos horas.

—¿Ha llamado alguien a Ellie?

—No contesta al teléfono.

—Voy de camino a su casa en este momento.

—Bien. Dile que estoy buscando a su hermana.

—Lo haré.

Volvió a llamar a Ellie, pero no hubo respuesta. Llamó a su madre; la conversación fue tan difícil como la que anticipaba con la mujer a quien quería volver a reclamar como suya.

Sandor llamó a la puerta de Ellie, habiendo conseguido entrar en el edificio por pura suerte. Ella no contestó. Se lo esperaba, pero no se rindió, siguió llamando. No se oía ruido al otro lado de la puerta.

—Ellie, soy Sandor. Tengo noticias sobre tu padre —casi gritó, sin dejar de llamar. Fue al piso donde se alojaban sus guardaespaldas y golpeó la puerta.

—¿Sí? —un hombre alto, de unos cincuenta años pero muy en forma, abrió de inmediato.

—Sabe quién soy, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Ha salido la señorita Wentworth del piso?

—No, señor, estoy seguro. Hemos doblado la guardia desde su escapada. No puede haber salido del edificio sin que lo sepamos.

Sandor asintió y volvió a la puerta de Ellie. La aporreó hasta que oyó una voz al otro lado.

—Por Dios, Sandor. Los vecinos van a quejarse —lo regañó—. Vete.

—No —dijo él, con un ojo en la mirilla.

—¡No voy a dejarte entrar!

—Tu padre tiene problemas, Ellie.

—Desde luego que sí—dijo ella, airada y dolida.

—Está en el hospital —dijo Sandor, odiando tener que ser él quien le diera la noticia. Siguió un silencio.

Recibió una llamada en el móvil. Era ella.

—Lo siento, pethi mou.

— ¿Cómo que está en el hospital?

— Hawk me dijo que lo encontraron inconsciente en el suelo de su despacho, hace dos horas.

Ella colgó y, de inmediato, oyó cómo corría los cerrojos y la puerta se abrió. En el umbral, con la mano en el pomo, sus ojos eran puro azul helado, sin sombra de verde. También estaban rojos e hinchados.

—Más vale que esto no sea un truco —dijo.

—No inventaría algo así.

—Eso dices.

Sandor no se ofendió. No podía, dadas las circunstancias. Él era culpable y ambos lo sabían. Pero no sabía cómo solucionar el daño hecho. Ella podría perdonar que hubiera pensado que le era infiel, la evidencia había parecido irrefutable. Pero no creía que le

perdonara haber planteado una fusión de empresas en la que casarse con ella era determinante.

—Como te he dicho, lo han encontrado en el suelo de su despacho —Sandor suspiró—. Han intentado localizarte, pero no contestabas el teléfono.

—No quiero hablar contigo ni con él.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiendes. No me quieres. No puedes entenderlo.

Capítulo 9

—Te llevaré al hospital —dijo él, por decir algo.

—Puedo conducir yo —ella negó con la cabeza, pero él notó que temblaba.

—No deberías conducir en tu estado.

—¿Qué estado es ése, Sandor? —lo miró con ira—. ¿Sangrar por dentro tras descubrir cuánto me habéis engañado mi padre y tú?

—No sabía nada de la existencia de tu hermana.

—Pero sí sabías lo de la fusión de empresas. Sabías que no era más que una garantía para firmar un contrato. Ibas a utilizarme hasta que encontraste la evidencia que me tachaba como indigna de ser tu peón.

—No fue así —dijo él, aunque sabía que ella lo interpretaría de esa manera. Los hombres y la mujeres no pensaban igual—. No pretendía utilizarte. Quería compartir mi vida contigo.

Ella movió la cabeza. Sandor no supo si negando sus palabras o negándose a sí misma. Tragó saliva convulsivamente y apretó la mandíbula para que no le temblara la barbilla. Él percibió que estaba al borde de una crisis emocional.

—No voy a hablar de eso ahora —sonó firme, pero se estremeció —. ¿De veras está en el hospital?

—Sí, pethi mou —la tomó entre sus brazos para evitar que se derrumbara—. He llamado mientras venía hacia aquí. Está estable, pero aun no saben qué provocó el colapso —agradeció que ella no lo apartara.

—Yo lo sé —murmuró ella contra su camisa. Su cuerpo se estremeció con un sollozo—. Es culpa mía.

—No. Eso no es verdad.

—Le dije lo de mi hermana. Sin prevenirle. Después lo acusé de haber tirado la toalla con respecto a ella y a mí. Y me marché. Me negué a escuchar sus palabras.

Si él hubiera notado que la mujer de las fotos no era Ellie, habría estado con ella cuando se enfrentó a su padre y habría suavizado las cosas entre ellos. Pero sus ojos lo habían engañado y todos tendrían que pagar el precio de su error.

—Shh… —acarició su espalda—. Estabas dolida. Yo debería haber estado allí contigo. Si no hubiéramos discutido, habría sido así. Lo siento.

Ella se apartó de él, consiguiendo apaciguar la tormenta de emociones que sentía. Se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—Tenemos que irnos. Tengo que verlo.

Sandor suspiró con alivio al comprender que iba a dejar que la

llevara. En ese momento lo necesitaba, aunque no fuera consciente de ello.

—¿Cómo te enteraste de lo de mi hermana? —preguntó Eleanor, ya en el coche.

— Hawk me llamó.

—Ah, es cierto. Dijiste que habías hablado con él. ¿Fue él quien te dijo lo de mi padre?

—Sí en una llamada posterior.

—Me impactó mucho saber que tenía una hermana.

—Lo imagino. Yo ya había empezado a sospechar algo raro en las fotos antes de hablar con Hawk.

—¿Qué…. porqué?

—Entre ella y tú hay diferencias sutiles.

—¿Por qué no te fijaste en ellas antes de acusarme de serte infiel?

—Estaba demasiado enfadado para mirar las fotos detenidamente —contestó él, sintiendo su mirada clavada en su perfil.

—¿Y después no? —ella sonó confusa.

—Cuando me echaste de tu piso fui al despacho. Las fotos estaban allí… —dejó que su voz se apagara, no quería admitir que necesitaba sentirse conectado con ella, aunque fuera viéndola en fotos con otro.

—¿Y las miraste?

—Sí.

—¿Tan en detalle como para notar las diferencias?

—Sí—admitió él.

—Habría esperado que las quemarías, sin más.

—Estaban en el disco duro de mi ordenador.

—Borrarlas, entonces.

—Me alegro de no haberlo hecho —las habría borrado, sin duda, si con eso hubiera borrado también lo que había sentido al verlas.

—¿Por qué?

—Porque vi la verdad.

—Pero apuesto a que no la aceptaste hasta que Hawk te llamó.

—Tienes razón.

—¿Y eso te reconfortó?

—Sí.

—No entiendo por qué. Si tu perro guardián estaba vigilando a la persona equivocada, no llenes pruebas de que no estuviera teniendo una aventura con un español al mismo tiempo. Quizá tras descubrir lo bueno que era el sexo contigo decidí experimentar.

Él intentó que sus palabras no lo afectaran. Se merecía su desdén pero una parte primitiva de él deseaba gruñirle que se callara. No le gustaba oír eso de ella.

—Volviste dispuesta a casarte conmigo, no sería así si quisieras experimentar sexualmente con otros.

—Quizá decidí que eras mejor en la cama que el resto de mis experimentos.

—No harías algo así —casi rugió él, apretando las manos sobre el volante.

—Eso no es lo que decías esta mañana.

—Creí la evidencia que veían mis ojos —él se dijo que tal vez se había precipitado al creer que entendería y perdonaría esa parte de la discusión más fácilmente que la otra.

—Da igual —volvió la cabeza hacia la ventanilla.

—No estoy de acuerdo. Te debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Por no confiar en ti. Por acusarte de infidelidad.

—No estamos casados, no puedo serte infiel. Incluso si me hubiera acostado con diez hombres, y no puedes saber que no lo hice, no sería infidelidad.

—No te acostaste con nadie. Deja de insinuar que podrías haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Me estás poniendo de mal humor.

—¿Y?

—Y no quiero tener otra discusión contigo.

—Puede que yo sí quiera.

—Después… cuando no te sientas tan frágil, discutiremos. De momento, por favor… te lo suplico, Ellie. Deja de provocarme.

Ella soltó una exclamación. Después de unos tensos minutos de silencio, suspiró.

—Da igual, pero no me acosté con nadie —admitió.

—Lo sé.

—Eso no cambia nada. No voy a casarme contigo, Sandor. Puede que hayas decidido que puedes confiar en mí, pero yo sé que ya no puedo confiar en ti. Eso no cambiará.

—¿Por lo de la fusión de empresas?

—Sí.

—Superaremos eso.

—No, no lo haremos.

Habían llegado al hospital y él aceptó que no era momento para esa conversación. Había perdido terreno con Ellie, pero ella había

vuelto dispuesta a casarse con él. Conseguiría convencerla de nuevo.

—Hablaremos de esto más tarde.

—No tiene sentido hacerlo.

En vez de discutir, aparcó y fue a abrirle la puerta. Estaba pálida y tenía los ojos rojos y húmedos. Se inclinó hacia ella y besó su sien.

—Se recuperará, pethi mou. Es un hombre fuerte.

—Lo sé —parpadeó para evitar las lágrimas.

Él la agarró del codo y le pareció buena señal que no lo rechazara. También lo inquietó. George no era el único Wentworth fuerte. Para que Ellie aceptara apoyarse en Sandor, sintiendo lo que sentía hacia él en ese momento, debía sentirse muy vulnerable.

Rodeó su cintura con un brazo y la apretó contra sí mientras entraban al hospital privado.

Ellie entró en la habitación hecha un hervidero de emociones. Seguía enfadada con su padre, pero también se sentía culpable. También sentía dolor por su traición y por la de Sandor. Y miedo. No quería que su padre muriese. Era lo único que tenía aunque no tuvieran una relación tan cálida como habría deseado.

Estaba despierto y sus ojos azul pálido se clavaron en ella. No sonrió ni habló. Ella se detuvo a un metro de la cama, sin saber qué hacer. Deseó que él, o Sandor, dijeran algo. Tenía la garganta seca.

Entonces George Wentworth hizo algo que no había hecho desde que era muy pequeña, y tan pocas veces que el recuerdo le parecía un sueño. Extendió los brazos hacia ella.

—Ven aquí, cariño. Por favor.

Corrió a sus brazos. La estrechó contra su pecho y ella empezó a llorar.

—Lo siento, papi. No quería que ocurriese esto —sollozó.

—Lo sé, cielo, lo sé —frotó su espalda—. No hiciste nada mal. Estoy aquí por mis propios errores, no por los tuyos.

—Pero te dije… —alzó la cabeza, intentando controlar sus lágrimas sin éxito.

—La verdad —acarició su mejilla— Escúchame, Eleanor. He cometido muchos errores contigo, pero nunca lamentaré lo que dijiste esta tarde. Tus palabras me despertaron. Por primera vez en veinte años tuve la esperanza de ver de nuevo a mi otra nenita. Y verte tan enfadada me hizo comprender que tengo una hija que me necesita ahora, aunque nunca encontremos a tu hermana.

—¿Cómo podías no saber que te necesitaba?

—Durante más de dos décadas e ignorado tus necesidades porque no soportaba los sentimientos —la tristeza oscureció sus

ojos—. Ni los tuyos. Ni los míos. He sido un padre terrible y me gustaría dar marcha atrás y cambiar el pasado, pero no puedo. Cuando tu madre murió me encerré en mí mismo. Ocurrió tan rápido que para cuando se publicó la desaparición de tu hermana, ya me había cerrado a vosotras. No intenté buscarla lo suficiente. Acepté sin cuestionar… —se le cascó la voz y tardó unos segundos en seguir—. Cuando los investigadores me dijeron que no había más pistas que seguir, no discutí. Un año después de que desapareciera del hospital, la policía archivó el caso como no resuelto. Yo también lo cerré con la agencia de detectives privada que había contratado.

Desvió el rostro y empezó a llorar.

—No tengo excusa. Cuando recuerdo tu infancia me siento como si te hubiera apartado de mí tanto como a ella. Os fallé a las dos en muchos aspectos.

El monitor que había junto a la cama empezó a pitar y llegó una enfermera seguida por un médico. Ellie intentó apartarse, pero su padre lo impidió.

—No. Es mi corazón. Mejorará. No está acostumbrado a sentir y le resulta dura esta nueva experiencia —su intento de reír concluyó con un resuello de dolor, pero no la soltó.

—Por favor, papi, deja que se ocupen de ti. Por favor, no quiero perderte otra vez.

—¿No te marcharás? —su voz sonó suplicante. Esa voz fuerte enronquecida por lágrimas que ella nunca le había visto derramar en toda su vida.

—No me alejaré del vestíbulo, lo prometo.

—Te quiero, Eleanor. Por favor, créeme. Sé que no lo he demostrado, pero te quiero más que a mi vida.

Ella no sabía si creerlo, pero ansiaba hacerlo. Se sentía mal, pero veinticuatro años de negligencia no se borraban con unas cuantas lágrimas y declaraciones de afecto. Por lo que ella sabía, sus palabras podían ser resultado del susto, y volvería a ser la persona distante que conocía cuando mejorase. Pero no dijo nada de eso, por supuesto. Sonrió.

—Yo también te quiero. Siempre te he querido.

La soltó y ella se apartó para que el médico lo atendiera. Luego se volvió hacia la puerta y Sandor, la rodeó con un brazo y la condujo afuera de la habitación. En el vestíbulo la apretó contra su pecho, protegiéndola de los ruidos que provenían de la habitación y de la desolación que la atenazaba.

De repente, otro par de brazos la rodearon. Hasta ella llegó un perfume cálido y reconfortante.

—¿Está Ellie bien, Sandor?

—Es fuerte, mamá.

—¿Hera? —Ellie alzó la cabeza.

—Sí, mi niña. Aquí estoy —sus ojos la miraron con compasión —. Vamos a la sala de espera.

—Le dije que no me movería del pasillo.

—La sala está aquí al lado, a diez pasos. Si te necesita lo sabrás de inmediato, Sandor se ocupará de eso. Pero tú necesitas sentarte.

Entre Sandor y su madre convencieron a Ellie para que fuera a la sala de espera. Los tres se sentaron en un sofá, con ella en el centro. Ellie se alegró de que no hubiera nadie más allí. Nunca se derrumbaba y no quería que desconocidos la vieran en ese estado.

Sandor tenía un brazo sobre su hombro y se apoyó en él, absorbiendo su fuerza.

—Has tenido un día muy difícil, ¿no? —Hera le dio una palmadita en la mano.

—Sí —Ellie suspiró temblorosa.

—Sandor me lo ha contado todo.

—¿Todo? —Eleanor miró de madre a hijo.

—Sí. Todo —los ojos oscuros de Hera, tan parecidos a los de su hijo se llenaron de compasión—. Mi hijo fue muy estúpido, pero intenta entenderlo. Él tampoco sabía nada de la existencia de tu hermana.

—¿Te contó lo de la fusión de empresas?

—Sí —Hera la miró con tristeza—. Tu padre y él no entienden el corazón de una mujer, ¿verdad?

—No. Creo que no.

—Estoy aquí sentado —se quejó Sandor.

—Y tienes suerte de estarlo. No te pases, hijo.

Ellie soltó una risita ahogada

—Ha cuidado de mí. Vino a buscarme. No contestaba al teléfono.

—Lo sé. Me llamó desde el coche.

—Podría no haberme enterado —las lágrimas afloraron—. Papá podría haber muerto y no lo sabría.

—No pienses eso. Todo irá bien.

El médico entró en la sala de espera.

—¿Señorita Wentworth?

—¿Sí? —Ellie lo miró.

—Hemos sedado a su padre. Necesita descanso.

—¿Qué le ha ocurrido?

—¿Conoce la frase «su corazón no pudo soportarlo»? Eso es

exactamente lo que ocurrió. Es poco común, pero el impacto de saber que su hermana está viva unido al dolor de comprender ciertas cosas sobre sí mismo, fue demasiado para él. Las buenas noticias son que el corazón apenas ha sufrido daño y debería recuperarse del todo, pero necesita descanso y el mínimo estrés.

—Dirige una multinacional… Vive del estrés.

—Tendrá que aprender a vivir de otra cosa durante un tiempo.

—¿Cómo? —Ellie miró a Sandor. Él entendió perfectamente la pregunta.

—Me reuniré con sus directores ejecutivos y haré que la empresa siga funcionando. Hawk encontrará a tu hermana y todo irá bien. Créeme, pethi mou.

— Eso quiero, pero tengo miedo.

—Debes tener fe —Hera apretó su mano—. Sandor te ayudará.

—Pero…

—A pesar de lo mal que ha manejado su relación contigo, es un hombre listo y capaz. Protegerá a tu padre del estrés del negocio hasta que se recupere.

—Me alegra oír eso —dijo el médico—. Puede irse a casa, señorita Wentworth. Su padre tardará varias horas en despertar.

—Le prometí que no me iría.

—Entonces, te quedarás —dijo Hera— Y yo me quedaré contigo. Sandor, tú vete a casa a descansar. Mañana será un día duro si vas a ocuparte de dos grandes empresas.

Sandor intentó discutir, pero no le sirvió de nada. Hera Christofides estaba a su altura en cuanto a testarudez. Sandor acordó con el médico que las dos mujeres compartieran una habitación cerca de la de George. Ser rico conllevaba ciertos privilegios, sobre todo en un hospital privado.

Ellie durmió a ratos y la mañana siguiente estaba junto a la cama de su padre antes del desayuno.

Él abrió los ojos y escrutó la habitación. La vio al otro extremo de la cama y sonrió con gratitud.

—Estás aquí.

—¿Dónde iba a estar si no?

—No te culparía si te hubieras ido a casa y no volvieras a visitarme.

—Ellie nunca haría algo así —dijo Hera desde el umbral.

—Señora Christofides, no sabía que estaba aquí.

—Ellie me necesita en estos momentos.

A Ellie las palabras le sonaron muy dulces. Nunca había habido nadie «allí por ella», como estaba Hera, o incluso Sandor el día

anterior y esa mañana, llamándola a las seis. Había intuido que ella no podía dormir y había querido comprobar que estaba bien.

Se había ofrecido a ir al hospital pero ella, sabiendo que estaba muy ocupado, le había dicho que no.

—Gracias por ser tan buena amiga para mi hija.

—Es un placer. Habría sido mi nuera si mi hijo y tú no lo hubierais hecho espectacularmente mal.

—Tomo nota —George hizo una mueca.

—No pensemos en eso ahora —Ellie tomó la mano de su padre y él apretó la suya convulsivamente, como si temiera que se marchase.

—Me gustaría hablar de ello, si no te importa.

—No quiero que vuelvas a ponerte nervioso —Ellie se mordisqueó el labio, nerviosa.

—He hablado con la enfermera. Traerán el desayuno en veinte minutos —dijo Hera, acercando una silla a la cama y sentándose. La sencilla frase diluyó la tensión que empezaba a aflorar en el ambiente.

—¿Cariño? —insistió el padre de Ellie.

—Prométeme que no te disgustarás de nuevo.

—Lo prometo —suspiró y alisó la manta antes de empezar a hablar—. Le sugerí a Sandor la idea de la fusión cuando vi cómo te miraba.

—¿Qué quieres decir? —¿Sandor la miraba? Clavó los ojos en los de su padre y vio que era sincero.

—No diré que fue algo altruista. Sé desde hace tiempo que no te interesa dirigir la empresa. Tener un socio que me proporcionara nietos que heredaran la empresa tenía mucho sentido.

—No podría darte esos nietos sin mi cooperación.

—Exacto.

—Así que le ofreciste la mitad de tu empresa si se casaba conmigo.

—Sí, pero Ellie, sabía que él te quería a ti. Personalmente.

Eso era algo que ella aún dudaba, pero no contradijo a su padre. Por lo visto él había creído que Sandor la deseaba y eso era lo relevante en la conversación. Pero había olvidado algo muy importante.

—¿Y crees que eso lo arregla todo? ¿Qué me dices de lo que podía querer yo?

—Mirabas a Sandor Christofides como tu madre me miraba a mí cuando nos conocimos.

—¿Cómo? —preguntó Ellie, más deseosa de saber de sus padres

y de su relación que de cómo se suponía que miraba ella a Sandor.

—Tu madre me miraba como una cazadora hambrienta. Era una mujer aventurera. Sus dulces ojos, del mismo color que los tuyos, me miraban con atracción e inquietud. Quería domar al león, pero no sabía si sería posible.

—¿Eras un playboy?

— No. Como Sandor, era un hombre de negocios. Un tiburón. Había heredado dinero, pero eso no me bastaba. Sólo tenía veintiocho años cuando conocí a tu madre pero casi había duplicado la fortuna de mi padre.

—¿La querías?

—Muchísimo.

Algo crujió en el interior de Ellie al oírlo. Su padre sí había amado una vez.

—¿Cómo murió? —siempre había sabido que falleció tras dar a luz, pero también hubo un accidente. Nunca había pedido detalles porque… no hablaba con su padre de esas cosas y no había nadie más a quien preguntar.

—Tuvo un accidente de coche. Muy grave. El parto se adelantó… os tuvo y entró en coma. Nunca recuperó la conciencia y murió una semana después.

—Lo siento.

—Yo también. Era una mujer maravillosa y habría sido fantástica para ti. No te crié como ella habría deseado. Os fallé a ambas… igual que le fallé a tu hermana. Batallo por cada negocio, pero fui demasiado débil para luchar contra el dolor de su pérdida.

—El fracaso no es una enfermedad terminal a no ser que uno lo permita —dijo Hera desde su silla.

—No voy a dejarme morir —George levantó la cabeza y la miró —. Voy a compensar a mis hijas. De alguna manera.

—Es un sentimiento admirable —asintió Hera—. Pero no será fácil.

—Lo sé.

—Si te resulta difícil y vuelves a encerrarte en tu trabajo no tendrás otra oportunidad. Tu hija es muy autosuficiente.

—Demasiado independiente.

—¿Preferirías que fuera débil?

—No.

—Bien.

A Ellie no le importó que la conversación se desarrollara sin ella. Tenía mucho que asimilar y, aunque deseaba volver a confiar en su padre, no sabía si podría. La había herido demasiadas veces, tanto

de niña como de mujer. Y también la habían herido otras personas… estaba descubriendo que el dolor pasado podía ser una enorme barrera para aceptar el amor y el afecto en el presente.

Capítulo 10

Desayunaron juntos, estableciendo el patrón de los días siguientes. Ellie iba al hospital por la mañana y desayunaba con su padre antes de irse a trabajar. Sabía que Hera pasaba un par de horas con él a media tarde y Ellie volvía por la noche, para verlo antes de dormir. Sandor le telefoneaba a diario.

Sandor llamaba a Ellie dos o tres veces al día, pero no se veían. Él trabajaba más de dieciséis horas diarias supliendo a su padre y ocupándose de su propia empresa.

En cierto sentido, Ellie agradecía el respiro. Sabía que aún quería casarse con ella. Y no se sentía capaz de discutir con él en esos momentos.

Hawk seguía buscando a su hermana, pero el hombre con quien la habían visto había desaparecido del mapa y a sus agentes les estaba costando encontrarlo. Nadie parecía saber quién era la mujer misteriosa de Menéndez.

Entretanto, Ellie estaba conociendo a su padre mejor que nunca. Le contaba cosas sobre su madre, sus abuelos y sobre él mismo que nunca había sabido. Día a día se acercaba más a creer que el cambio en él era permanente. Que tal vez la quería de verdad.

Pero no confiaría plenamente hasta que él volviera a la rutina y siguiera interesándose por su vida y por pasar tiempo con ella.

Salió del hospital el viernes siguiente. Ellie nunca lo había visto tomarse un descanso del trabajo tan largo. El sábado pasó unas horas en la oficina, pero Sandor se aseguró de que fueran pocas y lo llevó a casa a la hora de comer.

Había quedado en almorzar con ellos dos. Ellie los esperaba con mariposas en el estómago. No había visto a Sandor desde el sábado anterior.

Al verlo tuvo que luchar contra el deseo de abrazarlo. Parecía agotado, pero dirigir dos empresas multinacionales acabaría con cualquiera. No con Sandor. Parecía cansado, pero aún tan fuerte y masculino que a Ellie le temblaron las piernas.

Cuando se sentaron, les sirvió un zumo que había preparado antes.

—Gracias, cariño —dijo su padre.

—De nada. ¿Cómo te fue el trabajo?

—Sandor ha hecho un trabajo excelente y todo está en orden. No había mucho que hacer.

—Suficiente para pasar allí cuatro horas —dijo ella con una sonrisa irónica.

—Tuvo que comprobarlo todo —Sandor, sentado a su lado, le

guiñó un ojo—. Para asegurarse de que no había cometido ningún error terrible.

—Bobadas. Sabía que lo habías manejado todo a la perfección, Sandor, pero hay cosas que uno no puede delegar, por bueno que sea el sustituto.

—¿Cómo estás? —le preguntó Ellie a Sandor.

—Esa pregunta deberías hacérsela a tu padre, ¿no?

—Papá tiene mejor aspecto que en años, tú, en cambio, tienes aspecto de cansado.

—Ha sido una semana muy larga, pero he sobrevivido.

—Necesitas descansar más, Sandor.

Él encogió los hombros.

—No pensarás volver a la oficina después de comer, ¿verdad? — ella frunció el ceño.

—Hay algunas cosas pendientes.

—Que esperen.

Los ojos oscuros de él se ensancharon. El padre de Ellie soltó una carcajada.

—Se está poniendo mandona. Debe ser buena señal. En su madre indicaba que se sentía posesiva respecto a mí.

—Aunque ya no estemos saliendo juntos, sigo considerando a Sandor un amigo —Ellie se sonrojó—. No me siento posesiva, pero me importa. Como amigo.

Era mentira. Sí se sentía posesiva, pero admitirlo implicaría que él tenía derechos sobre ella. Lo amaba y se había dado cuenta de que el amor tardaba mucho en morir. El suyo estaba golpeado y sangrante, pero muy vivo. Ambos hombres la miraron con curiosidad.

—No volvería a la oficina si accedieras a pasar la tarde conmigo —dijo Sandor.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?—preguntó su padre.

—Espero una llamada de Hawk sobre la búsqueda de mi hermana. Tengo que hacer la colada y limpiar mi piso. No he estado mucho en casa últimamente.

—Podría ayudarte a hacer la colada.

—Me lo imagino —ella soltó una carcajada.

—Mi madre y yo no teníamos mucho dinero cuando llegamos a América. Sé separar y doblar ropa como un profesional, te lo aseguro.

—No creo que sea buena idea —pensar en tenerlo en su casa varias horas la aterrorizaba.

—Tenemos que hablar, Ellie —Sandor puso la mano sobre su muslo.

—No quiero hablar —admitió ella en voz baja, deseando que su padre no estuviera allí, oyendo la conversación.

—Por favor, Ellie… —suplicó él.

—No quiero que me hagan más daño, Sandor. Por favor, no me presiones.

Odió decirlo delante de su padre, pero ambos hombres sabían que la habían herido. Se preguntó si sabían hasta qué punto. Estaba retomando la relación con su padre, pero no sabía si podría darle a Sandor otra oportunidad. No tras saber que no era más que un peón en su negocio.

—No te presionaré ahora, pethi mou —suspiró él. Se preguntó si había notado el énfasis en el «ahora». Ella no podía saber lo frágil que parecía. Necesitaba descansar tanto como él. Pero pronto Ellie y él hablarían de su relación y ella le daría otra oportunidad. Era demasiado buena y generosa para no hacerlo.

Además, había dicho que lo amaba. Si fuera capaz de poner fin a sus emociones, habría dejado de querer a su padre muchos años antes. No lo había hecho y eso daba esperanzas a Sandor.

Hawk llamó la mañana siguiente. La hermana de Ellie se llamaba Amber Taylor y estaba con Miguel Menéndez, en su yate. Acababan de llegar a puerto tras pasar más de una semana en el mar.

Una vez obtenido el nombre. Hawk había descubierto muchas más cosas. Era modelo y aunque tenía éxito no era una supermodelo que saliera en portadas de revistas. Hacía sobre todo desfiles, pases de prendas para que las fotografiaran y algún que otro anuncio. El que Ellie no tuviera un perfil público había contribuido a que nadie se fijara en su parecido con una modelo de relativo éxito.

Amber había crecido en un pequeño pueblo del sur de California con su madre, Helen Taylor. Padre, o supuesto padre, fallecido. Se había incorporado hacía poco al círculo de modelos internacionales y, con veinticuatro años, pronto llegaría al punto de inflexión de su carrera profesional.

No salía con muchos hombres y parecía que Miguel Menéndez era el primer amante con el que vivía. No había evidencia de una adopción formal, pero eso era de esperar. Lo que nadie había esperado es que viviese con la identidad de la bebé a la que Helen Taylor había dado a luz.

Una bebé prematura que murió poco después de nacer, a pesar

de los esfuerzos de los médicos.

—No quiero que las autoridades intervengan de momento, Hawk.

— Eso había imaginado, señorita Wentworth.

—No le dirá a mi padre que la ha encontrado, ¿verdad? —no sabía cómo iba a manejar la información, pero no quería arriesgarse a que él sufriera otro infarto.

—Mi cliente es usted, señorita Wentworth. No su padre.

—Bien. De acuerdo. Deme la información de dónde está ahora —apuntó lo que Hawk le dictaba y colgó el teléfono. Teniendo en cuenta cómo vivía, Ellie dudaba que su Amber supiera nada de su verdadera familia, e incluso que conociera su existencia.

Hawk estaba investigando las circunstancias de su secuestro e intentando descubrir cómo Amber había acabado con Helen Taylor, que no encajaba de ningún modo con el perfil de secuestradora. Era una madre dedicada que se había sacrificado en todo para que su hija tuviera éxito en su profesión.

Sin saber por qué, Ellie llamó a Sandor.

—¿Ellie? —contestó al primer timbrazo.

—Acabo de hablar con Hawk.

— ¿Ha encontrado a tu hermana?

—Sí.

—¿Dónde?

—En España. Ha estado en el yate de su amante, pero regresaron a puerto ayer.

Él no dijo nada.

—No sé qué hacer, Sandor. ¿Aparezco sin avisarla? ¿La llamo antes y le digo que quiero verla? Es muy posible que su madre sea la secuestradora. ¿Cómo se sentirá al enterarse de eso?

—Cuéntame todo lo que te dijo Hawk.

Ellie lo hizo, sin olvidar ningún detalle.

—Su madre no suena como una criminal. De hecho, parece una mujer que adora a su hija.

—Eso mismo pensé yo.

—Debe haber circunstancias atenuantes.

—No quiero herir a Amber.

— Pero debe conocer la verdad de su nacimiento.

—Lo sé.

—Tal vez sería mejor esperar hasta que Hawk tenga más datos de cómo entró Amber en la vida de Helen Taylor.

Eso hicieron, pero día a día Ellie se sentía más estresada. Echaba de menos a Sandor, aunque la llamaba varias veces al día. Por la

noche, anhelaba el consuelo de sus brazos rodeándola. No se había dado cuenta de hasta qué punto era parte integral de su vida hasta que dejó de tenerlo a su lado.

Era ella quien se distanciaba. Él la invitaba a cenar, a comer, al teatro y rechazaba todas sus invitaciones. Sandor no se enfadaba. Se limitaba a recordarle que cuando llegara el momento adecuado la arrinconaría y no podría eludirlo. Lo que más la asustaba es que no estaba segura de querer hacerlo. De hecho, parte de ella quería que apareciese en su casa sin avisar, para no tener opción de negarse a verlo.

Pero él no lo hizo y ella no dormía, pasaba la noche y los ratos libres preocupándose. Quería decirle a su padre que habían encontrado a Amber, pero temía que lo afectara demasiado la noticia.

Hawk llamó para decirle que no había datos de cómo Amber había ido a vivir con Helen Taylor.

— Si no es la secuestradora, no tengo ni idea de cómo se convirtió en la madre de su hermana.

Según sus investigaciones, todo apuntaba a que Helen era tan buena madre como Hera. Dolía pensar que todo había empezado con un secuestro. No podía imaginarse lo que sentiría su hermana al descubrirlo. En cuanto colgó, marcó el número de Sandor. Él maldijo en griego al oír las noticias.

—Lo siento mucho, agape mou. No permitiremos que esta situación destroce sus vidas —lo dijo con tanta confianza que ella lo creyó.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Empezaremos contándoselo a tu padre.

—¿Nosotros?

—Por supuesto. No pensarás que voy a dejar que te ocupes de todo esto sola, ¿verdad?

Ella no tenía derecho a solicitar su ayuda, dado que había roto el compromiso, pero no lo rechazó.

—Gracias.

Sentado en su sillón favorito, su padre palideció al oír lo que había descubierto Hawk hasta el momento.

—Así que esta mujer… Helen Taylor… probablemente secuestró a mi hija y la crió como si fuera el bebé que había perdido dos meses antes.

—Sí, eso creemos —contestó Sandor, rodeando a Ellie con un brazo.

Ella aceptó su brazo y su respuesta. Temblaba de preocupación

por si su padre sufría otro infarto.

—Su esposo murió en el trágico accidente de coche que le provocó el parto prematuro. Hawk opina que la similitud de las circunstancias en nuestro nacimiento puede haber provocado el secuestro.

—¿Pero ha sido una buena madre? —preguntó su padre con voz ronca.

—Por lo que ha descubierto Hawk, ejemplar en todos lo sentidos. Adora a su hija. Vive para ella —Ellie intentó ocultar la añoranza de su voz.

Era incorrecto envidiarle a su hermana una vida llena de amor. Pero no podía evitar preguntarse cómo habría sido ser criada por una persona que la considerase más que un mero apéndice en su vida.

—Creo que primero deberíamos hablar con Helen Taylor —dijo Sandor.

—Estoy de acuerdo —su padre suspiró—. Sin duda lleva más de dos décadas viviendo con el miedo de ser descubierta. Tenemos que hablar con ella.

Ellie había llegado a la misma conclusión.

—Será horrible para todos. No conozco a la mujer, pero me da lástima. Aunque se llevara a Amber, parece una mujer decente que quiere a su hija —tomó aire y siguió—. No quiero que intervengan las autoridades. Esto ya será bastante difícil sin ellos.

—Descubriremos qué ocurrió… por qué se llevó a mi hija… y después ya veremos —asintió su padre.

—Estás siendo mucho más comprensivo de lo que esperaba —Ellie sentía un gran alivio por cómo se había tomado la noticia y por su tolerancia.

—No puedo olvidar que le dio a Amber el amor que yo te negué a ti —sus ojos se ensombrecieron con dolor y culpabilidad—. Quizá habrías estado mejor si se os hubiera llevado a las dos.

Ellie no supo qué decir. No podía negar que había pensado lo mismo. Hasta que su padre se había vuelto «humano», había dudado que perderla le hubiera dolido especialmente. Sabía que no debía pensar así, pero había pasado la mayor parte de su vida creyendo que si desaparecía su padre sólo sentiría que había fallado en el cumplimiento de sus responsabilidades. Empezaba a creer que era más que eso para él, pero veinticuatro años no desaparecían de un día para otro. Decidió guiarse por su corazón y lo abrazó.

—No lamento que me criaras tú —dijo.

Eso, al menos, no era mentira. Quería a su padre, siempre lo

había querido.

—Eres un alma gentil, Eleanor Wentworth. Te pareces mucho a tu madre —le devolvió el abrazo con firmeza—. No la merecía a ella ni te merezco a ti.

—Es posible —concedió ella con una sonrisa. Volvió junto a Sandor—. Pero no podrás librarte de mí.

—Mañana volaremos a California a ver a Helen Taylor —decidió su padre.

—Iré con vosotros —afirmó Sandor.

—Te lo agradezco —dijo Ellie, anhelaba su apoyo.

—Entonces, decidido —besó su mejilla con ternura.

Tomaron el avión privado de Sandor que los llevaría hasta un pequeño aeropuerto cercano al pueblo donde vivía Helen Taylor. Ellie le preguntó a su padre por qué utilizaban el avión de Sandor en vez del suyo, pero su padre dijo que Sandor lo prefería así. Mientras los dos hombres trabajaban, Ellie miraba una de las revistas de moda que tenía fotos de su hermana.

Hawk le había dado mucha información sobre su carrera profesional. Ellie había pasado innumerables horas preguntándose qué ocultaba su bella mirada agua marina. Era curioso que en su hermana los mismos ojos parecieran exóticos y misteriosos.

Se frotó los suyos, deseando poder dormir un rato y sabiendo que no lo conseguiría. Su cerebro no podía parar. Había mantenido muy bien el frente estoico, aunque por dentro estaba a punto derrumbarse. Pero los Wentworth no se derrumbaban. Además, su padre y su hermana la necesitaban en ese momento.

Llevaban menos de una hora volando y Ellie bostezaba por quinta vez cuando, sin previo aviso, se sintió que la levantaban del asiento.

—¿Qué haces? —se agarró a Sandor, atónita.

—Necesitas descansar —la miró con expresión de enfado—. ¿Has dormido alguna noche entera desde el día que regresaste de España?

—No —admitió ella—. Pero tampoco dormiré ahora.

—Ya lo veremos.

—No puedo —ella sonrió contra su pecho—. En serio, Sandor. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Él ignoró sus palabras y la llevó al diminuto dormitorio que había al fondo del avión.

—Esto está muy bien. El avión de mi padre no tiene habitación —comentó Ellie.

—Lo sé. Por eso hemos utilizado el mío.

—¿Por el dormitorio?

—Sí. No estás durmiendo bien. Es obvio para cualquiera que tenga ojos en la cara. Quería que descansaras cómodamente durante el vuelo.

—Gracias —susurró Ellie, con un nudo en la garganta. No estaba acostumbrada a que la mimasen.

—De nada —la tumbó en la cama y colocó su cabeza sobre una mullida almohada—. ¿Cómoda?

—Mmm… sí.

—Bien —se sentó a los pies de la cama y le quitó los zapatos y los calcetines. No se detuvo ahí. Un segundo después desabrochó sus pantalones de seda negra y empezó a bajárselos.

—¿Qué haces? —siseó ella, agarrando sus muñecas—. No puedes desnudarme —musitó, aunque era improbable que su padre la oyera con la puerta cerrada.

—No puedes dormir vestida. Relájate, pethi mou. Yo cuidaré de ti.

—No voy a dormirme —protestó ella—. No tiene sentido desnudarme.

—Estarás más cómoda —liberó sus muñecas y terminó de quitarle los pantalones. Los colgó en un diminuto armario—. ¿No estás mejor así?

Ellie lo miró boquiabierta. Estaba allí tumbada, en blusa y bragas, preguntándose qué haría a continuación. No tardó en descubrirlo. Se sentó a su lado y empezó a desabotonarle la blusa.

—Creo que me dejaré la blusa puesta —dijo, levantándose de un salto—. De hecho, debería ponerme los pantalones y salir a reunirme con papá.

La mirada de él le dejó claro que iba a desnudarse y meterse en la cama, lo quisiera o no. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No me gusta que me den órdenes, Sandor.

—A mí no me gusta ver a mi mujer a punto del colapso por agotamiento —dijo él, apoyándose contra la puerta e impidiéndole salir.

—No soy tu mujer.

—Estamos enfadados —se acercó a ella—. Lo acepto. Pero eres mía.

—No —susurró ella, aunque le sonó a mentira.

—Igual que yo soy tuyo.

Las palabras la acariciaron en lo más profundo. Movió la cabeza, incapaz de negar con la voz los sentimientos de su corazón.

—Entonces, ¿no te importaría que me acostara con otra mujer?

—puso las manos sobre sus hombros.

—No seas grosero —dijo ella con tono distante.

—No me mientas —contraatacó él con censura.

—No tengo ningún derecho a impedir que te acuestes con otra mujer —tragó saliva, deseando que no estuviera tan cerca, o que no la afectara tanto.

—Te doy ese derecho —la besó brevemente, pero con firmeza—. Te doy ese derecho —repitió.

Ella no pudo decir palabra. Era incapaz de rechazar el derecho, pero aceptarlo tenía demasiadas connotaciones que no estaba preparada para asumir. Echó la cabeza hacia atrás y lo besó con suavidad.

—Llegaremos a solucionarlo —prometió él. Cerró los ojos, tomó aire y volvió a abrirlos—. Ahora deja que me ocupe de ti.

Volvió a alzarla en brazos y a depositarla en la cama, con cuidado, pero con una expresión implacable que le exigía que descansara.

Después, con ternura infinita, terminó de desabrocharle la blusa y se la quitó. La colgó en el armario junto con su propia chaqueta. Ella se sentó y rodeó sus rodillas con los brazos, pero no protestó cuando él siguió desvistiéndose, sin dejar de mirarla a los ojos. Ya en calzoncillos, volvió a la cama.

—¿Sandor? —ella se lamió los labios.

—A mí también me iría bien una siesta, Ellie. He dormido mal desde que te fuiste de Boston. Descansaremos juntos. No haremos más… de momento.

Ella no protestó, a su pesar. Confiaba en que no le impondría una relación sexual si ella no la deseaba. Y necesitaba su abrazo. Su mundo era un caos y Sandor, aunque había traicionado su confianza, era una isla de consuelo para su corazón atormentado.

En silencio, se metió bajo las sábanas y le hizo sitio a su lado. Le pareció que él emitía un suspiro de alivio. Él apagó la luz y la rodeó con sus brazos.

Ella no luchó, pero tampoco pudo relajarse. Seguía amándolo y sintiendo deseo por él. Pero no quería actuar al respecto. No tenía fuerzas para manejar la situación en ese momento.

Apenas le quedaba control y si él la tocaba derrumbaría las barreras que había erigido para protegerse desde que descubrió la traición de él y de su padre. Además, él tenía razón… necesitaba y quería el descanso del sueño. Necesitaba sentirse abrazada y segura durante unas horas.

Él pareció comprender y no intentó convencerla de que se

relajara. Acurrucó su cuerpo grande y cálido alrededor del rígido de ella y murmuró palabras suaves y tranquilizadoras en su oído hasta que empezó a adormecerse. Poco a poco, se fue relajando y cayó en un sueño más reposado que ninguno desde la última vez que había compartido su cama.

Despertó unas horas después con la sensación de que alguien acariciaba su mejilla. Supo que era Sandor antes de que su mente recuperara la conciencia.

Capítulo 11

—Despierta, agape mou. Llegaremos pronto.

Ella parpadeó y lo vio vestido y sentado a su lado en la cama.

—¿He dormido todo el vuelo? —inquirió, incrédula.

—Necesitabas descansar.

—Eso dijiste —la noche anterior también había necesitado descansar, pero había dado vueltas toda la noche, levantándose antes del amanecer.

—Tenía razón.

—No hace falta que parezcas tan satisfecho.

—¿A qué hombre no le gusta tener razón?

—No conozco a ninguno —arrugó la nariz—. Me cuesta creer haber dormido tan bien.

—Es porque estabas en mis brazos. Confieso que yo, también, he dormido mejor que en semanas.

—Sí, bueno —se sentó, sujetando la sábana contra el pecho—, tendremos que comprarnos ositos de peluche a juego, o algo así.

—O algo así.

—¿Cuándo aterrizaremos? —preguntó.

—En media hora.

—Oh —miró a su alrededor. Había una puerta que daba al baño —. Necesito refrescarme.

—Yo te veo muy bien, pero entiendo que quieras reservar ese aspecto de haber sido amada para nuestros momentos de intimidad.

—No he sido amada.

—¿Estás segura de eso?

Ella se preguntó si estaba insinuando que la quería. No creía en el amor, pero podía haber cambiado. Su padre lo había hecho. Tal vez Sandor también había tenido un cambio emocional. Se tragó las preguntas para las que no deseaba respuestas en ese momento y lo miró fijamente.

—Me refería a que no ha habido sexo.

—En eso estoy de acuerdo. Vendrá después, creo.

—No —musitó ella, sin vehemencia alguna.

—¿Estás segura de que ésa es la palabra que dirás? —se inclinó hasta que su boca estuvo a un centímetro.

Ella abrió la boca para contestar, pero no pudo porque él la besó. Su boca la reclamó, moldeándose a sus labios y acariciándola con su lengua. Sus protestas murieron mientras le devolvía el beso con pasión.

—Hablaremos de esto después —dijo él. Se puso en pie como si no acabara de besar su alma y le dio un golpecito en la nariz—.

Prepárate, Ellie mou. Iré a ver cómo está tu padre —salió.

Mareada, salió de la cama y fue al baño a cepillarse el pelo y lavarse un poco antes de vestirse.

El viaje desde el pequeño aeropuerto a casa de Helen Taylor duró menos de una hora, pero la tensión en la limusina era palpable. Cuando aparcaron ante la modesta casa, Ellie tocó el brazo de su padre.

—¿Crees que estarás bien?

—Sí —sonrió él con calidez—. ¿Qué me dices de ti?

—Tengo miedo —admitió ella, sorprendiéndose a sí misma. También estaba cambiando. Saberse querida incidía en su forma de reaccionar a los demás.

—Todo irá bien —puso la mano sobre la suya—. Créeme, cariño.

—No quiero hacer daño a Amber —ni a su padre, ni a sí misma. Ni a Helen Taylor. Pero no veía como evitar cierta angustia emocional.

—Yo tampoco. Lo haremos lo mejor que podamos y confiaremos en que el resultado sea bueno.

Ella tragó saliva y asintió. Su padre salió de la limusina primero y después Sandor, que la ayudó. Rodeó su cintura con un brazo mientras iban hacia la puerta y ella lo agradeció. Se acurrucó contra él con un despliegue de afecto que no habría tenido un mes antes. Algo en ella había cambiado, sin duda.

Su padre llamó al timbre. Menos de un minuto después la puerta se abrió. Helen Taylor llevaba el pelo rubio y rizado recogido en una coleta y era pequeña y delgada. Estaba igual que en las fotos que Hawk le había suministrado.

Sus ojos avellana se ensancharon y oscurecieron de miedo cuando reconoció a George Wentworth. Miró a Ellie, luego a Sandor y de nuevo a Ellie.

—Eres igual que ella. Igualita que mi niña —sus ojos se llenaron de lágrimas y le fallaron las rodillas.

El padre de Ellie la agarró antes de que cayera al suelo. La alzó en brazos como si no pesara más que una niña y la llevó al interior. Sandor y Ellie los siguieron, y él cerró la puerta con el pie. En ningún momento dejó de rodear su cintura con el brazo.

Sólo se oían los quedos sollozos de Helen mientras iban a la sala de estar. El padre de Ellie dejó a Helen en el sofá. Ella lo miró con ojos llenos de lágrimas, como si no pudiera creer lo que veía.

—Todo irá bien —dijo él, sentándose a su lado y tomando su mano entre las suyas.

—No puede ser —la mujer movió la cabeza y las lágrimas

surcaron sus mejillas—. Sabía que este día llegaría, pero deseaba que no lo hiciera. Fui muy injusta, lo sé. He sido muy egoísta.

—Dígame por qué se llevó a mi hija —lo dijo con tanta amabilidad que Ellie deseó abrazarlo. Nunca lo había visto tan paciente y amable.

—Yo… —Helen se esforzó por serenarse.

—Mamá, ¿qué ocurre?

Ellie sintió que todo se helaba en su interior. Se apartó de los brazos de Sandor para mirar a la recién llegada, cuya voz tanto se parecía a la suya. Las lágrimas le quemaban los ojos y tuvo que parpadear para mantener cierto control.

— Amber…

— ¿Quién eres tú? —Amber la miraba como si estuviera viendo un fantasma.

—Es tu hermana —dijo Helen con voz temblorosa.

—¿Mi hermana? —Amber movió la cabeza—. No es posible —miró a su madre—. No tuviste gemelas. Lo comprobé. Siempre tuve la sensación de que faltaba algo. Así que investigué. Y soy la única hija nacida de Helen y Leonard Taylor.

Ellie supo que, a pesar de su compostura, su hermana temblaba por dentro. Ella misma era experta en ocultar sus emociones.

—Señorita Taylor, quizá sería mejor que se sentara —Sandor dio un paso hacia Amber y le ofreció su mano, haciéndose cargo de la situación.

—¿Quién eres tú? —exigió Amber.

— El prometido de tu hermana, Sandor Christofides.

—¿El magnate naviero?

—¿Lees las páginas financieras?

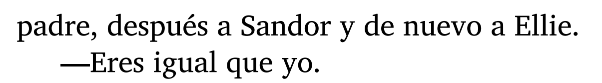
—A veces. Cuando me aburro. Y él es George Wentworth —dijo, mirando al padre de Ellie.

Parecía segura de sí misma, pero Ellie veía algo muy distinto en sus ojos. Reflejaban su preocupación por Helen Taylor y confusión e ira porque unos desconocidos hubieran llevado la inquietud a su hogar.

—Soy… —su padre se levantó—. Sí, soy George Wentworth —afirmó, tras aclararse la garganta.

—Ven aquí, cariño —Helen se incorporó, se secó las lágrimas con la mano y extendió los brazos hacia ella—. Tengo que contarte algo.

Amber fue hacia su madre, mirando a George Wentworth como si fuera una serpiente a punto de atacar. Él se sentó en una silla cercana al sofá. Amber se sentó junto a su madre. Miró a Ellie, a su


padre, después a Sandor y de nuevo a Ellie.

—Eres igual que yo.

—Casi.

—Tienes el pelo más oscuro. No te pones reflejos.

—No.

—Y es más corto.

—Sí. Y no me depilo las cejas y peso al menos cinco kilos más que tú. No me visto a la moda y no me gusta correr —dijo Ellie, mencionando una afición a la que Amber dedicaba mucho tiempo —. Pero me encantan las películas antiguas, usamos el mismo número de zapato y también me gusta más la plata que el oro.

Helen Taylor emitió un sollozo.

—¿Qué ocurre, mamá? —Amber le dio la mano.

—Por favor, no me odies. Amber. Me lo merezco, lo sé, pero podría soportarlo todo menos eso.

—Nadie va a odiarla, señora Taylor. Solucionaremos esto —dijo George Wentworth con voz firme, pero amable. Ellie se sintió orgullosa de él.

—Nunca podría odiarte —juró Amber.

— Antes de que entraras en la habitación, el señor Wentworth me hizo una pregunta —Helen movió la cabeza, con expresión resignada y firme—. Quería saber… —calló, se recompuso y siguió —. Quería saber por qué le robé a su hija.

—¿Qué? —el impacto de las traumáticas palabras reverberó a través de Amber por toda la habitación.

Ellie sintió el golpe mientras veía a su hermana ponerse rígida. De inmediato, Sandor estuvo junto a ella, rodeándola con sus brazos y sentándola a su lado. La mantuvo apretada contra él mientras Helen parpadeaba para dejar de llorar y tomaba aire.

Capítulo 12

—Cuando lo hice, no creía estar robando a nadie. Por favor, créelo. Pensé que eras mía —Helen le apartó a Amber el pelo de la cara—. Te quiero tanto —tragó saliva y siguió—. Perdí a mi bebé tras el horrible accidente que le costó la vida a Leonard y me provocó un parto prematuro.

Miró a George Wentworth, intentando explicarse.

—Unos adolescentes drogados se saltaron un semáforo y se estrellaron contra nuestro coche. Sobreviví por pura suerte. Entonces vivíamos cerca de Boston. Me llevaron al hospital y cuando mi hija murió empecé a recorrer los nidos de todos los hospitales de la zona. Estaba presente la noche que llegó su mujer. Todo el mundo corría, hablando del accidente. Se parecía mucho al mío. Si no hubiera sido tan parecido, no me habría sentido como si estuviera reviviéndolo todo, supongo.

Hizo una pausa y tragó saliva.

—Médicos y enfermeras decían lo mismo que la noche de mi accidente. Es difícil explicarle, pero algo se rompió en mi interior. Era como revivir una situación con un final diferente. Creé unos recuerdos nuevos que podía soportar mejor que la realidad. Su mujer entró en coma, pero los bebés sobrevivieron. Yo sobreviví y mi bebé murió. Esa noche, en mi mente, mi bebé vivió y era Amber.

El padre de Ellie asintió, como si entendiera.

—No me preguntes cómo conseguí sacarte del hospital —le dijo Helen a Amber—. No lo recuerdo. Cuando llegué a casa, todo estaba preparado para ti y creí que eras mi pequeña Amber —se le cascó la voz—. Te quería tanto, y eras lo único que me quedaba.

—Está bien, mamá —Amber puso un brazo en su hombro.

—No está bien. Creí mi fantasía por completo, durante cinco años. Tenía pesadillas recurrentes en las que perdía a mi bebé, pero lo demás iba bien. Sin embargo sentía la necesidad de trasladarme a otra parte del país. Pensaba que era para alejarme de los dolorosos recuerdos de tu padre… quiero decir de mi marido. Más adelante comprendí que huía de otra cosa. Tenías menos de un año cuando vinimos aquí.

—Pero algo te hizo recordar —sugirió Amber, con voz tan suave como la de George.

— Vi un artículo sobre George Wentworth en una revista de negocios —asintió Helen. Miró a todos los demás—. Soy analista financiera.

—Lo sabemos —dijo George.

— Claro —asintió ella. Apretó las manos—. El artículo

mencionaba la desaparición de su hija y, de repente, lo supe. No recordaba habérmela llevado, pero sí que mi bebé había muerto. Comprendí que la niña a quien quería más que a mi vida era de otra persona.

—No lo entiendo… me habrías devuelto. Mamá, te conozco…

—Sí. Lo intenté —miró a Amber con ojos suplicantes—. Pero cuando llegué a Boston contigo investigué a George Wentworth. No podía entregar a mi bebé a cualquiera, por muy padre biológico tuyo que fuera. Temía las consecuencias para mí, pero sobre todo me aterrorizaba perderte. Pensaba suplicar compasión… —se tragó un sollozo—. Confiaba en que me dejara visitarte. Pero descubrí que era un tiburón despiadado. El artículo mencionaba como ni siquiera esa tragedia personal lo había detenido a nivel empresarial. Actuaba como si nunca hubiera perdido una hija y como si no le importase mucho la que le quedaba.

Miró a George como si le costara creer que fuera el hombre al que iba a describir.

—Comprendí que ese hombre me denunciaría y terminaría en la cárcel. Eso lo habría soportado. Pero vi cómo trataba a la hija que aún tenía. La ignoraba. La criaban niñeras y sirvientes y él apenas la veía —volvió a mirar a su hija—. Eras una niña muy afectuosa. Te habrías muerto de pena en esa situación. No pude hacerlo. No pude devolverte. Y él nunca cambió. Envió a su hija Eleanor a un internado cuando apenas tenía ocho años.

Helen miró a Ellie con los ojos llenos de lágrimas.

—Me dolía mucho que te tratase así. Quería a tu hermana con todo mi corazón y a ti por extensión. No podía cambiar tu vida, pero tampoco permitir que tu padre le hiciera lo mismo a Amber.

— Lo entiendo —dijo Ellie. Y era verdad. Ella era quien había vivido en ese vacío emocional—. Me alegro de que mi hermana no viviera una infancia como la mía. Me alegro de que te tuviera a ti.

—Pero mi hermana me necesitaba. Si me hubieras devuelto, nos habríamos tenido la una a la otra —susurro Amber.

— Lo pensé, pero no podía sacrificar tu felicidad por la suya — Helen ocultó el rostro entre las manos y empezó a sollozar—. Lo siento.

El padre de Ellie se sentó al otro lado de Helen y la abrazó como si él fuera el único en la habitación capaz de entender su dolor y culpabilidad. Y quizá fuera verdad. Si todo lo que había dicho desde su infarto era verdad, su sentimiento de culpabilidad por cómo había tratado a Ellie era tan fuerte, si no más, que el de Helen.

— Si mi padre biológico era tan horrible, ¿por qué no la

amenaza con la cárcel ni le grita? —preguntó Amber a Ellie, con ojos llenos de confusión.

—Estuvo a punto de morir hace unas semanas y eso lo ha cambiado. Creo que por fin me quiere y sé que también te querrá a ti.

—Pero, ¿mi madre?

—A tu madre no le ocurrirá nada. Papá no quiere hacerle daño y yo tampoco. Sólo quiero conocerte. También me gustaría conocerla a ella, si me deja. Fue una buena madre para ti. Te cuidó y, por lo que he oído, sé que no actuó con malicia.

—¿Eres real? —preguntó Amber—. Nadie reacciona así a algo como esto.

—Ellie es una mujer especial —rió Sandor, abrazándola.

—Me alegro —a Amber le tembló la barbilla—. No quiero que mi madre sufra.

—Eso no ocurrirá —aseguró George, sin soltar a la llorosa mujer —. Cuidó de mi hija mejor que yo. Dejé de buscarte cuando sólo había pasado un año. No tengo excusa para eso. Fui un mal padre para tu hermana, pero ella me quiere aun así.

—Hay padres peores que tú, mucho peores —dijo Ellie.

—Gracias, cariño, pero cuando pienso en las veces que tus ojos me suplicaban que te demostrara afecto y no lo hacía… Nunca me perdonaré a mí mismo.

—A veces me abrazabas.

—Apuesto a que recuerdas cada vez porque eran tan poco frecuentes.

—Fuiste un auténtico bastardo —dijo Amber.

— Sí. Lo fui y gracias a Dios, Ellie nunca se rindió. He comprendido mis errores y quiero compensarlos. Creo que podemos construir una familia. Todos nosotros, si estáis dispuestas.

—No dejaré a mi madre de lado.

—Igual que a Ellie, me gustaría llegar a conocerla.

Al oírlo, Helen se apartó de sus brazos y se limpió el rostro. Parecía destrozada y atónita pero en paz.

—Llevo años aterrorizada. No puedo creer que esto esté sucediendo así.

—Habría sido muy distinto… hace unas semanas —dio el padre de Ellie con una mueca.

—Me alegro de que no me encontraras entonces.

Ellie estuvo de acuerdo, pero no dijo nada. La visita adquirió un tono más positivo a partir de ese momento. Ellie se retrajo, escuchando a su padre hablar con Amber y con Helen. Absorbió

todo lo que decían y disfrutó oyéndolo, pero no podía participar.

Se sentía tan asombrada y traumatizada por los hechos como Amber. Aún no se había acostumbrado a tener un padre que quisiera serlo de verdad, y además tenía una hermana. Había estado sola tanto tiempo que no sabía cómo ser parte de una familia y se preguntaba si ésa era una de las razones por las que había retrasado hablar de su relación con Sandor.

Supo que Amber estaba allí para rodar una sesión y pensaba reencontrarse con Miguel después. Hablaba de él con mucha animación y eso hizo sonreír a Ellie y a su padre. Sandor encargó la cena por teléfono y comieron juntos, aún hablando.

—Ellie necesita descansar —dijo Sandor ya tarde, levantándose —. Han sido unas semanas muy traumáticas para ella. Quizá podríamos seguir mañana.

—No has dicho mucho —Amber la miró y se mordió el labio con un gesto que Ellie reconoció.

—Estoy absorbiéndolo todo. No estoy… acostumbrada a ser parte de una familia —explicó.

—Nuestro padre parece un hombre maravilloso, es difícil creer que te criara como supuestamente hizo.

—No es tan malo como lo pintan —sonrió Ellie.

—Sí. Lo fui.

—Ya no importa —Ellie se encogió de hombros—. Eres mi padre y te quiero. Siempre te quise. Pero esto de la familia… tardaré en acostumbrarme. Me gusta, eso sí —volvió a sonreír con sinceridad.

—Tengo la sensación de que tú también vas a gustarme — apuntó Amber.

— Tendrás que quererla, igual que ella te querrá a ti —corrigió Sandor con una sonrisa cálida—. Es adorable y es obvio que tú también eres muy especial.

Ellie se sintió mareada. Las indirectas de Sandor se sucedían, no las estaba imaginando.

—Me gustaría quedarme un rato aquí… —dijo su padre—. Para hablar con Helen de lo que opinan mis abogados respecto al secuestro y sus repercusiones.

—¿Irá todo bien? —preguntó Ellie—. ¿No irá a la cárcel?

—No. Ya he tomado medias para que Helen no sufra las consecuencias de la tragedia de su pasado.

—¿Hiciste eso antes de conocernos? —preguntó Amber con voz de admiración.

—Sí.

—Gracias —se levantó de un salto y lo abrazó.

Ellie sintió un pinchazo… no de envidia, sino de tristeza. Quería a su padre, pero se preguntaba si llegaría a tener una relación tan espontánea con él como la que ya estaba desarrollando su hermana. Incluso si no lo conseguía, todo sería mejor que antes. Se sentía bendecida. Superada, pero bendecida.

—Entonces, ¿no os importa que me vaya al hotel?

—No, claro que no. Me alegro mucho de que tengas a Sandor para cuidarte —dijo Helen, como si también fuera la madre de Ellie. Fue muy agradable.

Ellie descubrió que Sandor había reservado una habitación para los dos en el hotel. Su maleta estaba con la de ella, junto a la pared.

—¿Compartimos habitación? —preguntó.

—Siempre.

Ella asintió y Sandor se quedó inmóvil.

—¿Qué significa ese gesto afirmativo? —preguntó.

—¿Qué significaban las referencias al amor que has hecho hoy? —contraatacó ella.

—Que te quiero —replicó él sin dudarlo.

—No. No puedes.

—Te aseguro que sí.

—Pero no crees en el amor.

—Creer no siempre es necesario para alcanzar un estado. Descubrí cuánto te quiero cuando te negaste a volver conmigo o a hablar de nuestro futuro.

—Pero no antes.

—Fui lento, pero lo que me faltó en velocidad, lo compensaré en longitud —la tomó entre sus brazos—. Te amaré para siempre.

Ella enterró la nariz en su pecho, inhalando el aroma masculino que asociaba sólo con él.

—Una vez pensé que un hombre me amaba, pero me equivoqué —susurró.

—¿Tu otro amante?

—¿Tan seguro estás de que sólo ha habido uno?

—Sí. Tu corazón está unido a lo sexual para ti. No permitirías que un hombre al que no quieres tomara tu cuerpo, y si hubieras amado a otro después, te habrías casado con él.

—¿Estás seguro?

—Del todo. Sólo un tonto te dejaría ir si lo amaras.

—¿Tan seguro estás de que habría correspondido mi amor?

—Es indudable —besó la punta de su nariz—. Eres irresistiblemente adorable.

—Él no lo veía así.

—¿Tu primer amante? Ése era un idiota.

Ella asintió. Había llegado a la misma conclusión por diferentes razones.

—Yo tenía diecinueve años. Era mi guardaespaldas. Confundí el placer sexual con el amor de una vida hasta que lo oí comentar el golpe que iba a dar casándose conmigo. Quería parte del imperio de mi padre y no le importaba utilizarme para conseguirlo. Lo tenía todo planeado. Ni siquiera era guardaespaldas de profesión. Era un hombre de negocios que aceptó el trabajo para acercarse a mí. Por lo visto, todo el mundo sabía que mi padre me ignoraba y pensó que me sentiría sola y sería fácil seducirme. Acertó. Me hizo el amor sin utilizar protección con la esperanza de dejarme embarazada. Por suerte, eso no ocurrió.

—Menudo bastardo —Sandor tensó los brazos, irradiando cólera.

—Sí que lo era. Pero me enseñó una lección muy valiosa: el sexo no es amor —dijo ella, esperando que él captara lo que quería saber, sin decírselo.

—No, no lo es —besó su sien y luego sus labios—. Una persona puede vivir sin sexo, pero si me niegas tu amor, me marchitaré y moriré.

—No acabas de decir eso —gimió ella.

—Sí lo he dicho.

Ella negó con la cabeza.

—Oh, sí. ¿Qué ocurrió con el guardaespaldas?

—Le dije a mi padre que se sentía atraído sexualmente por mí y me acosaba. Lo despidió. Nunca se enteró de que las cosas habían ido mucho más lejos.

Sandor la arrastró hacia la cama y cayeron encima. Se quedaron de costado, mirándose.

—Siento atracción sexual por ti, Ellie. Más de la que puede ser cómoda con ropa —ilustró sus palabras clavando contra ella su indudable erección—. Pero también te quiero, agape mou.

—¿Qué significa eso?

—Mi amor.

—Oh —no era la primera vez que se lo decía.

—Has perdonado a tu padre cosas peores, ¿no puedes perdonarme a mí por acusarte de estar con otro hombre? —preguntó él, agitado.

—Sé que las fotos eran muy incriminatorias —acarició su mejilla—. Si hubiera discutido contigo, te habría convencido de que no era yo y me habrías ayudado a encontrar a mi hermana. Lo sabía. Pero

me enfadó mucho más descubrir tu trato con mi padre.

—Has usado el pasado. ¿Ya no estás enfadada?

—¿De qué serviría? —ella suspiró—. Aferrarse a la ira sólo lleva a la amargura y corrompe el alma.

—¿Pero sigues sin querer casarte conmigo?

—Puedo perdonar, pero no sé si puedo confiar. Y necesito confiar en ti para casarme contigo.

—No te conté lo de la fusión porque sabía que no te gustaría.

—Tenías razón.

—Pero te habría deseado incluso sin la oferta de tu padre. Te quise desde la primera vez que te vi. Tu padre notó mi interés. Fue después cuando me hizo la oferta.

—Me lo dijo. Y también que pensaba que a mí me interesabas.

—Y así era.

—Cierto —corroboró ella.

—Ellie necesito que seas mía toda una vida. Puedes confiar en mí. Nunca volveré a ocultarte nada.

—¿Porque me quieres?

—Sí.

—¿Igual que a tu madre?

—Exactamente.

—Tengo miedo, Sandor. Hoy comprendí que no sé ser parte de una familia. No sé cómo creer en lo bueno que sucede a mi alrededor… cómo creer que puedes quererme —le dolió esa admisión.

—Te engañas al pensar eso —afirmó él—. Se te da muy bien creer. Tuviste fe en tu padre muchos años, cuando cualquier otra persona se habría rendido. Tuviste fe en mí, o no habrías vuelto de España dispuesta a casarte conmigo. Eres una mujer llena de fe y yo soy el hombre dispuesto a demostrarte que se basa en algo real.

—¿Crees que puedes hacer eso?

—Dame una oportunidad.

Ella lo miró fijamente. No podía ser tan fácil.

—¿Hablas del final feliz de los cuentos de hadas?

—No soy ningún príncipe azul, Ellie, pero creo que hablo del feliz principio de dos personas tan enamoradas que no pueden vivir la una sin la otra.

—¿No me abandonarás?

—Nunca.

—No volveré a estar sola.

—Seré tu ancla y tú mi mar. Rodeándome, surcando sobre mí, teniéndome siempre a tu lado.

—Sí te quiero, Sandor.

—Eso me dijo mamá.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Cuando me eché a llorar por haberte perdido.

—No hiciste eso.

—Desde luego que sí. Puedes llamarla y preguntárselo, pero después… ahora se me ocurren cosas mejores que hacer con tu boca.

Ella la había abierto para preguntarle cuándo iba a besarla.

Después de años de soledad, tenía una familia. Sintió una oleada de calidez y gratitud mientras su cerebro perdía contacto con la realidad al sentir el amoroso y provocador beso de Sandor.

Ellie volvió a visitar a su hermana al día siguiente, como había prometido. Y esa vez no pudo dejar de hablar. Charlaron sin descanso hasta que Sandor declaró que era hora de volver al hotel. Pasaron tres días en California y volvieron a Boston con la promesa de que Helen y Amber los visitarían pronto.

Cuando Ellie y Sandor se casaron, un mes después. Amber entregó a Ellie mientras George Wentworth, Helen Taylor y Hera Christofides los contemplaban llorosos de felicidad. Había otro hombre allí. A Ellie le resultaba familiar, pero no lo conocía. Cuando rodeó a Hera Christofides con un brazo y sonrió, Ellie estuvo a punto de desmayarse. Se volvió hacia Sandor en mitad de sus votos de matrimonio.

—Encontraste a tu padre —le espetó.

—Lo hizo Hawk.

— No estaba casado.

—Nunca se casó. Por lo visto, cuando un hombre de nuestra familia ama, lo hace toda su vida.

Los ojos de Ellie se llenaron de lágrimas de jubilo y se volvió hacia el pastor para finalizar sus votos.

—También rompí el acuerdo de fusión que habíamos firmado tu padre y yo —dijo Sandor antes de que hablara, apretando su mano.

—¿Qué? —exigió ella, con la piernas temblorosas.

—Eliminé la última razón para que dudes de mí.

—Pero, ¿y la empresa de papá? —preguntó ella, casi mareada.

—Aún tengo muchos buenos años por delante. Helen trabajará conmigo como asesora. Es una buena mujer de negocios. Y algún día tendré nietos.

Ellie miró al pequeño grupo de personas que conformaba su familia. El pastor sonreía, como si no le importara esa ruptura de protocolo en la ceremonia. Después Ellie se encontró con los ojos

posesivos y llenos de adoración de Sandor.

Amaba y su amor era correspondido. Por fin era parte de una familia, tal y como había deseado toda su vida. Era una sensación maravillosa.

Dijo el último de sus votos sin apartar la mirada del hombre que, a su manera, había conseguido que todo eso fuera posible.

Era su caballero de resplandeciente armadura, dijera él lo que dijera, y su futuro se presentaba tan brillante que necesitaría unas gafas de sol nuevas para enfrentarse a él.

Fin